

CAT PATRICK

Forgotten

Recuerdo el futuro y olvido el pasado.

Lectulandia

London Lane tiene 16 años. Cada noche, cuando se va a dormir, todo su mundo desaparece. Por la mañana sólo encuentra notas que le explican lo que pasó durante el día anterior, del que ella no se acuerda. Le cuesta tener una vida normal, en el insti o cuando queda con un chico atractivo del que no recuerda el nombre. Pero cuando Lane experimenta visiones inquietantes y sin sentido, tanto del pasado como del futuro, decide que es hora de aprender más sobre el pasado olvidado, antes de que éste no destruya su vida.

Lectulandia

Cat Patrick

Forgotten

ePUB v1.0

ariclfrn 16.11.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Forgotten*
Cat Patrick, Junio del 2011.
Traducción: Yolanda Porter.

Editor original: ariclfrn.
ePub Base v2.0.

«Nada graba tan fijamente en nuestra memoria una cosa como el deseo de
olvidarla».

MICHAEL DE MONTAIGNE

¿No se supone que los viernes tienen que ser buenos?

Este ha empezado mal.

La nota en la mesilla de noche no me ha dicho nada útil. Se me cerraban los párpados, mis vaqueros favoritos estaban en el cesto de la ropa sucia y no había leche en la nevera.

Lo peor de todo: el móvil no funcionaba, el de color rojo piruleta que tendré hasta que se me caiga por la boca de una alcantarilla, el que tiene el calendario y los avisos y básicamente es una versión socialmente aceptable y portátil de ese osito de peluche que cuando eras pequeña te hacía sentir a salvo.

—Todo irá bien —ha dicho mi madre esta mañana cuando me llevaba en coche al instituto.

—¿Cómo lo sabes? —he preguntado—. Hoy quizá tenga un examen de matemáticas importantísimo. Puede haber una asamblea escolar que ni sabré que existe.

—Solamente es un día, London. Por un día, te las apañarás sin tu teléfono.

—Para ti es fácil decirlo —he murmurado, mirando por la ventana.

Ahora, justo ahora, tengo la prueba de que mi madre estaba equivocada. No me las apaño sin mi teléfono ni un día.

Hoy es el día que necesitaba una camiseta nueva para la clase de gimnasia. Si mi teléfono no hubiera estado fuera de combate, el teléfono que mi madre y yo programamos juntas al principio de curso con pequeños recordatorios importantes como este, me habría dado las instrucciones necesarias, con sus letras diminutas, para que trajera una camiseta a educación física.

Por lo tanto, hoy es el día que estoy como un pasmarote en pantalones cortos de gimnasia y mi jersey de invierno, sin saber qué hacer.

No puedo ponerme un jersey para jugar al baloncesto (que es lo que nos toca hoy, según la pizarra que hay junto a la puerta del vestuario), así que le pido a Page si le sobra una parte de arriba.

Aunque nunca seremos amigas de verdad, me responde con un entusiasmo exagerado:

—Claro, London, aquí tienes. Otra vez has olvidado la camiseta limpia, ¿eh? ¿Otra vez?

Tomo nota mentalmente para escribirme después una nota de verdad, mientras me pregunto por qué la nota de hoy no mencionaba traer una camiseta de gimnasia.

Page interrumpe el hilo de mis pensamientos. Sonríe y me da una camiseta enorme de color amarillo chillón con un dibujo de un gato radiante que dice: «¡que tengas un día perrrrfecto!».

—Gracias, Page —me quejo mientras cojo la camiseta y me la pongo rápidamente.

Casi me tapa los pantalones cortos —¡cortos!— que ya llevo puestos. No tengo ni idea de por qué en mi taquilla había unos pantalones cortos en lugar de cualquier otra prenda de ropa deportiva que abrigara más, fuera más mona y me tapara el trasero.

Nota personal: debo añadir también llevar pantalones a la nota personal.

Siento como si Page me estuviera observando. La miro y, sí, me está observando. Intercambiamos un gesto de cortesía antes de que tire la ropa que lleva puesta al interior de la taquilla, la cierre de un portazo y me dirija hacia el gimnasio.

Mientras camino, hay dos cosas que me rondan por la cabeza. Primera, me pregunto si la señorita Martínez me dejará ir a la enfermería a buscar una tirita para la ampolla que tengo en el talón, porque me roza con la zapatilla de deporte a cada paso que doy y me duele. Y segunda, tengo que agradecer a mi buena estrella que solo las otras doce infelices que tienen clase de gimnasia a primera hora me verán con este conjunto tan espantoso. Desgraciadamente, la señorita Martínez no tiene compasión.

—No —dice cuando le pregunto si puedo ir a la enfermería antes de que empiece el partido.

—¿No? —pregunto incrédula.

—No —dice otra vez, y sus ojos negros me desafían a discutirse. Tiene el silbato preparado para dar a señal de empezar.

No soy tonta, así que no insisto. En cambio, vuelvo cojeando al banquillo, me uno a mis compañeras de equipo y me prometo a mí misma que jugaré ignorando el dolor.

Entonces, a la mitad de lo que asumo que es el partido de baloncesto en el que se han marcado menos puntos en la historia de los deportes de instituto, un ruido retumba haciendo eco por todo el gimnasio, e inmediatamente se me erizan los pelos de los brazos, se me colapsan los tímpanos y me rechinan los dientes.

Por un momento, no sé lo que pasa.

La señorita Martínez agita los brazos y señala la salida, y mis compañeras de clase comienzan a caminar perezosamente hacia la puerta de entrada.

Entonces lo entiendo.

Es un simulacro de incendio.

Nosotros, los estudiantes del Meridian High School, tenemos que salir del edificio. Los 956 al completo. Y yo, London Lane, llevo puesta una camiseta de color amarillo chillón con un gato que dice «¡Que tengas un día perrrfecto!» y unos pantalones cortos cortísimos para el deleite de todos los estudiantes.

Sí, realmente este es un buen viernes.

\1.gimnasio está cerca de una salida, así que somos de los primeros en llegar a salvo al aparcamiento de los profesores. Rodeados por la extraña variedad de vehículos, de un coche familiar por aquí a un Porsche rojo cereza por allá, veo a los apáticos estudiantes salir paseando del bloque de cemento que es nuestro instituto, como si fueran insensibles al fuego.

No creo que haya un incendio.

Supongo que algún imbécil ha disparado la alarma para hacerse el gracioso, sin prever que él o ella se vería forzado a quedarse plantado en pleno frío durante una hora mientras espera a que lleguen los camiones de bomberos y a que estos evacuen el edificio y finalmente hagan que se detenga el chirriante sonido de la alarma.

Hace viento, y creo que veo copos de nieve. Con cada ráfaga, me acurruco cada vez más, como si fuera una bola, para intentar mantener el calor.

No funciona. Deshago de un tirón el moño revuelto que llevo en la nuca, con la esperanza de que el pelo me haga de bufanda. Inmediatamente, el viento hace que mis rizos de color caoba brillante emprendan el vuelo, me cieguen la vista y a la vez me den latigazos en la cara una y otra vez.

Mientras las manadas de estudiantes se van agrupando, oigo susurros y risitas, probablemente acerca de mi conjunto.

Podría jurar que oigo el clic de la cámara de un teléfono, pero para cuando puedo ver algo por entre mi melena salvaje, el fotógrafo ha escondido la evidencia. De todas maneras, el rastro de las risitas provenientes del círculo apretado de animadoras me pone nerviosa.

Clavo los ojos en sus espaldas hasta que Alex Morgan gira de repente su mata de cabello negro brillante hacia mí y me mira directamente a los ojos. Tiene el aspecto de haberse tomado el tiempo necesario para aplicarse una capa extra de delineador de ojos negro azabache antes de salir del edificio.

Cuestión de prioridades.

Alex me sonrío con desdén, se vuelve hacia el grupo, y de él emergen más risitas.

En este momento, desearía que mi mejor amiga Jaime estuviera conmigo. La chica tiene sus defectos, pero nunca se dejaría intimidar por el desdén de una animadora.

Sola, con las piernas al descubierto y una camiseta perrrfecta, oigo trozos de conversaciones aquí y allá sobre planes para el fin de semana: «el examen que nos perdemos en este momento» y «simplemente nos las piramos y vamos a Reggie's a desayunar, aprovechando que ya estamos aquí fuera». Me abrazo el torso con los brazos todavía con más fuerza, en parte para protegerme del tiempo, en parte para ocultar el gato.

—Bonita camiseta —dice una voz suave y masculina, con un ligero toque de guasa.

Usando la mano izquierda como coletero improvisado, agarro todo el pelo que puedo y me doy la vuelta en dirección a la voz.

Y entonces el tiempo se detiene.

Veo la sonrisa primero. La burla rezuma un tono inequívoco de dulzura. Mi armadura empieza a desmoronarse antes de que mi mirada haya llegado a la altura de sus ojos; lo que queda de ella se funde en cuanto los veo. Brillantes, azul claro como el aciano con algunas manchas oscuras, rodeados de unas pestañas que cualquier chica envidiaría.

Me están mirando.

Directamente a mí.

Sus ojos sonríen incluso más que la boca.

Si hubiera alguna cosa cerca de mí —un mueble, incluso una persona que no me fuera hostil—, podría estirar un brazo y aferrarme, porque en su presencia siento que pierdo el equilibrio. En el buen sentido de la expresión.

Guau.

Y entonces todo desaparece. La camiseta, el teléfono, el baloncesto, Alex Morgan.

No hay nada excepto el chico que tengo delante.

Tiene una pinta que encajaría perfectamente en Hollywood o en el cielo. Podría mirarlo todo el día.

—Gracias —digo después de quién sabe cuánto. Me obligo a parpadear. Su cara me resulta algo familiar, pero solo en la medida que yo quiero.

Espera un momento... ¿me acuerdo de él?

Por favor, ay, por favor, por favor que lo recuerde...

Repaso años y años de caras en el álbum de mi cerebro. Esta cara no aparece en ningún lado.

Por una fracción de segundo, esto me hace sentir triste.

Luego se antepone mi lado optimista. Probablemente estoy equivocada. Tiene que andar por ahí en algún lugar.

¿Dónde estábamos? Uy, el conjunto...

—Intento lanzar una nueva moda —bromeo.

Cambio de posición para que el viento me aparte el pelo de los ojos; me esfuerzo a prestar atención a alguna otra cosa que no sean los suyos.

—Me gustan tus zapatillas —añado.

—Ah, gracias —dice él incómodo mientras también baja la mirada a sus Converse All Star de color marrón chocolate. Sin nada más que decir sobre zapatillas, abre la cremallera de la sudadera marrón claro con capucha y se la quita.

Antes de que sepa lo que ocurre, me la pone alrededor de los hombros y es como si estuviera protegida del mundo, no solo de los elementos. El interior de forro polar conserva el calor de su cuerpo y desprende un ligero olor a jabón y a suavizante y... a chico. A un tipo perfecto de chico.

Para ser un extraño, está demasiado cerca de mí, y ahora solo lleva su camiseta. Parece antigua. Nunca había oído hablar de ese grupo.

—Gracias —digo de nuevo, como si fuera una de las diez únicas palabras que conozco—. Pero ¿no tienes frío?

Se ríe, como si esa fuera la pregunta más absurda del mundo, y simplemente dice: —No.

¿Es que los chicos no tienen frío?

—De acuerdo. Bueno, gracias —digo por enésima vez en dos segundos.

Pero ¿qué problema tengo con esta palabra?

—No pasa nada, de verdad —dice él—. He pensado que te iría bien ponértela. Te estás quedando azul —añade mientras señala mis piernas con la cabeza—. Por cierto, me llamo Luke.

—London —es todo lo que soy capaz de decir.

—Que nombre más guapo —dice con una sonrisa fácil. Alcanzo a ver un indicio de hoyuelo en una de sus mejillas—. Memorable —añade—. Muy gracioso, creo.

Un chillido me arranca del trance que me ha inducido Luke.

—London, pero ¿QUÉ llevas puesto? —Jamie Connor chilla tan fuerte que al menos cinco personas interrumpen su conversación y se vuelven hacia nosotros—. Por favor, dime que por lo menos llevas bragas.

Retiro el deseo de que apareciese Jaime. Ahora ya puede irse.

—Chis, Jaime, que la gente nos está mirando —digo, y tiro de ella hacia mí para intentar que se calle. Puedo oler el perfume que mi mejor amiga llevará el resto de su vida.

—Perdona —dice ella—, pero eres un poco desastre —añade con una risa breve. La miro con el ceño fruncido.

—¿Una mala mañana? —pregunta mientras me coge del brazo.

—Sí —respondo en voz baja, aún muy consciente de que Luke está cerca—. He olvidado la camiseta de gimnasia. Otra vez.

Jamie me da un empujón compasivo en el hombro antes de cambiar de tema.

—No quiero ni preguntar quién te ha prestado esta. ¿Has visto a Anthony por aquí fuera? —pregunta mientras busca entre la multitud. Pero entonces su interés en Anthony se para en seco cuando ve a Luke. Mi Luke.

—Eh —le dice.

—Eh —responde él.

Se niega a mirar a Jamie directamente, y esto quizá me gusta un poco.

—¿Quién eres? —pregunta ella, con la cabeza ladeada como una gata curiosa.

—Luke Henry —dice finalmente, fijándose en ella durante un instante—. Es mi primer día en Meridian.

Desvía la mirada de nuevo y busca entre la multitud, como si se hubiera cansado de estar donde está. Me doy cuenta de que mantiene la cabeza baja, como si no quisiera llamar la atención.

Jamie no está acostumbrada a que los chicos desvíen la mirada y, francamente, con la minifalda y el top ajustado que lleva, me sorprende la apatía de Luke. Cambia el peso al otro pie, saca la cadera hacia fuera y continúa.

—¿En qué curso estás? —pregunta Jaime.

—Penúltimo —responde Luke.

—Genial. Nosotras también —dice. Pienso que ya habrá terminado con las preguntas, pero no tengo esa suerte—. Oye, ¿por qué empiezas en viernes?

Luke mira a Jamie, luego sus ojos se encuentran con los míos, y ahí está otra vez. Ha vuelto.

—No tenía nada mejor que hacer hoy —dice simplemente—. Ya estaba todo desempaquetado. ¿Por qué no?

—Ya veo... ¿Y de dónde vienes?

¡Que pare ya!

—Acabo de mudarme de Boston.

—No tienes acento —señala Jamie.

—No nací allí.

—Te pillé —dice Jamie mientras se aparta el pelo rubio de los ojos. Es uno de los gestos que la caracterizan, uno que también hará en la universidad e incluso después, y, sea mi mejor amiga o no, tengo las uñas preparadas.

Obviamente, he adoptado una postura más rígida, porque Jamie se echa un poco hacia atrás para examinarme la cara. Mira a Luke, y luego a mí de nuevo.

—Humm —murmura, y me aterroriza pensar que va a decir lo que es obvio, pero en lugar de eso continúa con el tercer grado—: Bueno, dónde estabas antes de Boston...

Una calma silenciosa interrumpe de repente a Jamie. La alarma está controlada. El director Flowers coge su megáfono y nos dirige de vuelta adentro como si fuéramos un rebaño, en un tono que demuestra que odia cada minuto del día que pasa en nuestra presencia.

Jamie y yo nos miramos la una a la otra, y entonces nos echamos a reír del vozarrón que sale del diminuto director Flowers. Al menos eso es de lo que yo me río.

Cuando nos recuperamos, miro hacia atrás a Luke. Bueno, quiero mirar hacia atrás a Luke.

Pero ya se ha ido.

Busco en el grupo furiosamente, pero todo lo que resalta en el mar de colores monótonos es el rojo vivo, blanco y negro de los jerséis de las animadoras. Definitivamente, no es lo que busco. Siento como si empezara a tener un ataque de pánico, como cuando pierdes algo que realmente te gusta, como un reloj, o un bolígrafo, o tus vaqueros favoritos.

Nos movemos, Jamie y yo, cogidas del brazo. De hecho, estoy segura que ese es el motivo por el cual me muevo: porque Jamie me arrastra hacia delante.

Finalmente lo veo.

Al atisbar la camiseta de Luke que se abre camino hacia el edificio, noto como si mis entrañas dieran volteretas. Camina despacio y con la cabeza baja, pero con intención, y transmite una serenidad intocable. Estoy encantada de haberlo visto, pero a continuación me siento decepcionada.

¿Cómo puede irse de esa manera?

Hemos sentido algo, ¿verdad?

Hemos tenido un momento especial, él me ha prestado su sudadera y se ha ido. Y ahora se va andando de vuelta a clase como si no hubiera pasado nada. Como si nunca hubiera conocido a una pelirroja interesante aunque un poco bajita.

Hemos tenido nuestro momento, y ahora Luke Henry de Boston ya lo ha superado, y yo me agarro al brazo de mi mejor amiga con tanta fuerza al verlo de espaldas que la mencionada mejor amiga me lanza una mirada y suelta el brazo.

De repente, la mañana vuelve a decaer y yo me siento con menos ánimos que cuando he descubierto que mi móvil estaba fuera de combate. Es curioso como la posibilidad te puede levantar los ánimos. Es curioso como la realidad te puede hundir.

Miro a la espalda de Luke desde seis metros de distancia mientras anda a grandes zancadas por el pasillo de educación física, pasa los vestuarios y las clases educación vial y de entrenamiento del Cuerpo de Oficiales de Reserva y sigue hacia las zonas comunes. Es como si no hubiera pasado nada. Nada de nada. Y ¿quién sabe? Quizá no haya pasado nada.

Pero mientras veo cómo Luke Henry da la vuelta a la esquina y se escabulla de mi vista, hay una cosa que sí sé a ciencia cierta. Una cosa que me da un trocito de un fragmento de un átomo de esperanza de que nos encontraremos de nuevo.

Todavía llevo puesta su sudadera.

—¿Has tenido un buen día?— pregunta mi madre cuando me monto en el Prius.

—No ha estado mal —digo, y enciendo la radio.

—Parece que has sobrevivido sin el móvil. ¿Ha pasado algo interesante? —Sale del aparcamiento del instituto y gira en dirección a casa.

Me encojo de hombros y digo:

—Hoy ha empezado un chico nuevo.

Mi madre mira en mi dirección y luego hacia adelante. Noto que intenta no sonreír, pero sus esfuerzos son infructuosos.

—¿Un chico mono? —pregunta. No puedo evitar sonreír yo también.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Luke.

—¿Has hablado con él?

—Un poco. Hemos tenido un simulacro de incendio y hemos terminado uno cerca del otro. Es un tío enrollado.

Mi madre se queda callada un momento, probablemente detecta que voy a poner fin a la conversación. Pero entonces, fisiona como será siempre, no puede resistir la tentación de hacerme una pregunta más.

—¿Salía en tus notas esta mañana? —me pregunta como por casualidad. Me planteo cambiar de tema o subir el volumen de la radio aún más, pero como ella es una de las dos personas con las que puedo hablar de la afección que padezco, me doy la vuelta en el asiento para mirarla y respondo.

—¡Eso es lo que es más raro! —contesto.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta emocionada.

—Bueno, no estaba en mis notas esta mañana, pero he tenido toda una conversación con él y eso —digo—. Ha sido extrañísimo.

—Quizá solo se te ha olvidado mencionarlo —ofrece mi madre.

Estamos entrando ya en el complejo. Sacudo la cabeza en señal de negación.

—Quizá —digo sin querer hablar más de él. En realidad, sé que es imposible que me haya olvidado mencionar a Luke Henry.

Estamos casi en casa cuando el móvil de mi madre suena en la guantera del coche.

—Perdona, cariño, tengo que cogerlo.

—No pasa nada —digo, feliz de que me deje sola para soñar despierta.

En mitad de la noche, bolígrafo en mano, se me escapa todo rastro de esperanza. La sudadera de Luke está con la ropa sucia, pero su cara casi se me ha borrado de la mente. He intentado relacionarlo con mis recuerdos del futuro durante tres horas. Me he interrogado a mí misma: ¿Vamos juntos a alguna clase? ¿Saldremos juntos? ¿Seremos amigos durante años?

Pero con el reloj en plena cuenta atrás, hacia las 4:33 de la mañana —el momento en que mi mente se reinicia y se me borra la memoria— tengo que admitir que no encuentro a Luke Henry por ninguna parte.

No está en mi memoria, lo que significa que no está en mi futuro.

Cuando finalmente lo acepto, la verdad escuece. Pero no hay tiempo para pensar en ello, y solo quedan dos alternativas: puedo dejarme una nota a mí misma sobre

alguien que no es parte de mi vida, o puedo dejarlo fuera de mis recuerdos para ahorrarme tener que volver a pasar por todo esto mañana.

Siendo tan tarde, con la mente a unos pocos minutos del reinicio, no parece que tenga alternativa. Aprieto los dientes y cojo el bolígrafo y hago lo que tengo que hacer.

Me miento a mí misma.

3

.

La casa está tranquila, aún es temprano.

Miro con atención la habitación y trato de identificar las diferencias entre dos imágenes casi idénticas: la que recuerdo de mañana y la escena que tengo ahora frente a mí.

En el escritorio hay un tazón vacío sobre un posavasos, con una bolsita de té usada atada alrededor del asa. Hay una sudadera que cuelga del borde del cesto de la ropa sucia como si quisiera intentar salir. Mañana, el tazón ya no estará. Habrá libros de texto en el escritorio; el cesto de la ropa sucia estará vacío.

Tengo una nota que me explica menos lo que me he perdido. Bueno, al menos lo más destacado.

17/10 (domingo)

Conjunto:

Sudadera de chico supersuave (la nota del viernes decía que la he sacado de la pila de reciclaje del instituto).

Mallas negras.

Botas de montaña.

Instituto:

Llevar tiritas para la ampolla casi curada.

Llevar pantalones de yoga, camiseta para gimnasia (tuve que pedirle a Page una prestada, feísima, el viernes). MÓVIL (mamá lo tiene en el coche).

Otros asuntos:

J estaba en L.A. con su padre este fin de semana.

Evitar a Page esta semana.

Médico esta mañana (tropecé el viernes en educación física).

Dejo la nota a un lado y leo otros mensajes parecidos de la semana pasada, prestando especial atención a los comentarios del viernes sobre ropa y cosas del instituto. Entonces, sintiéndome aún como si me adentrara en el mundo parcialmente ciega, salto de la cama y empiezo el día.

De camino a la consulta del médico, mi madre toma Hudson Avenue, que corta a través del cementerio principal. En el cruce de Hudson y Washington, nos quedamos paradas en el semáforo.

—Vamos a llegar tarde —murmura mi madre en voz baja. Golpea el volante con las manos, y me pregunto si se perderá una reunión por acompañarme.

Reclino la cabeza hacia el lado derecho y miro las tumbas. Están en formación, líneas que salen rectas desde donde estoy y se curvan un poco en la distancia.

El semáforo se pone verde y, mientras el coche coge velocidad, un movimiento me llama la atención. Dos personas, un hombre y un niño, se paran delante de una lápida. En mi cerebro racional, sé que visitan a un ser querido que han perdido. Nada que dé miedo. Pero hay algo en los que sufren que hace que se me queden los hombros tensos y sienta una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Me estremezco en el asiento; mi madre no se da cuenta.

—¿Te acuerdas de lo que dirás cuando el médico te pregunte qué ha pasado? —pregunta mi madre, interrumpiendo mis pensamientos. Ya entramos en el aparcamiento.

—Sí —respondo, agradecida por la distracción—. Tropecé con una pelota en la clase de gimnasia.

—Bien —dice ella antes de salir del coche.

Yo hago lo mismo. Pasamos rápido por el aparcamiento y el vestíbulo, y luego subimos dos pisos en el ascensor en silencio. Durante todo este tiempo, tengo la mente aún en el cementerio.

¿Cita en el médico?

—Sí —le digo a Henne Fassbinder, la secretaria del instituto y evidente amante de los gatos, y pongo mi sonrisa más inocente.

Por toda respuesta, frunce el entrecejo mientras teclea algo en mi ficha electrónica. Tiene unas uñas tan largas que seguro que pueden abrir las latas de refresco de lado.

Doy pequeños saltitos mientras espero que se dé prisa. Quiero llegar a mi taquilla antes de que salgan de clase: de esta manera hay menos oportunidades de equivocarse.

—¿Tienes prisa? —pregunta Henne.

—No —digo, e intento otra sonrisa. Vuelve a fruncir el entrecejo.

Por fin, la señorita Fassbinder termina de teclear y se sienta cómodamente de nuevo en su silla giratoria. Abre un armario y enseguida localiza la carpeta con mi nombre, y a continuación incluye la nota que mi madre ha escrito hace solo unos minutos.

Asumo que la señorita Fassbinder esperará a que me haya ido para comparar el tipo de letra de hoy con las de días anteriores.

Me doy la vuelta y miro el reloj industrial que hay colgado en la pared detrás de mí. Son las 9:52 de la mañana. La campana sonará en tres minutos, lo que, por algún motivo, me pone nerviosa. Me he perdido educación física, la hora de estudio y precálculo. No está mal.

Finalmente, la secretaria me ofrece un pase para estar fuera de clase las horas lectivas y lo cojo, pero no antes de darme cuenta que tiene las uñas adornadas con pequeños gatos. Parece como si hubieran andado inocentemente sobre un cemento rojo brillante cuando este se secó y los atrapó para siempre.

Pobres gatos.

Me echo la bolsa al hombro derecho y en un salto estoy fuera de la oficina. Camino con rapidez a través de las zonas comunes —ignorando el tobillo con «contusión aguda» que es lo que ha anotado el médico en la excusa— y empiezo a subir por el pasillo principal que bordea la biblioteca. A medio camino, suena la campana que indica el final de la tercera clase y me encuentro nadando a contracorriente entre estudiantes distraídos, parejas cogidas de la mano y pandillas cuyos miembros parece como si dijeran: «Ni se te ocurra intentar acercarte a nosotros».

Intento evitar mirar a nadie a los ojos, pero a veces es imposible. Page Thomas, con aspecto de haberse levantado de la cama ahora mismo, se acerca en dirección contraria y me saluda con la mano con lo que considero un poco demasiado de

entusiasmo. Por un instante, no tengo idea de por qué está tan contenta de verme. Me cambio la bolsa al brazo izquierdo para poder devolverle el saludo educadamente cuando nos crucemos.

Entonces me acuerdo.

En un segundo me arrinconará y me pedirá que le consiga una cita con Brad, el de la clase de mates. Uf. ¿Acaso tengo pinta de Cupido?

En la intersección entre el pasillo principal y los accesos a las aulas de matemáticas y ciencias, Carley Lynch y su círculo tienen el pasillo bloqueado. Todas llevan uniformes rojos y negros y, de hecho, algunos miembros de la cuadrilla hasta toman notas mientras Carley habla.

Al pasar por delante, observo que en la parte de arriba del perfecto pómulo derecho de Carley hay un tatuaje temporal con una pequeña mascota de los Tigers. Me la imagino esta mañana delante del espejo antes de salir para el instituto, intentando ponerse el tatuaje en el lugar justo, lo que hace que me ría sola.

Carley ve mi expresión y me mira con los ojos entreabiertos. Hace toda una escena al escudriñar la ropa que llevo puesta, y luego proclama:

—Eh, pringada, te felicito porque has conseguido vestirme casi decentemente hoy. ¿Has comprado el modelito en un mercadillo?

Sin tener ni una pista del origen de la ropa que llevo puesta o por qué Carley me odia tanto, noto como un bulto me crece en la garganta. Aunque tengo el beneficio de saber que yo cada día estaré más guapa — y que Carley nunca tendrá mejor aspecto del que tiene ahora—, el comentario duele. Justo cuando creo que voy a perder los nervios ante la hermandad de animadoras, alguien me coge de la mano.

—Vamos —dice Jamie en voz baja, antes de tirar de mí hacia la taquilla y sortear el grupillo.

—No lo entiendo —digo en voz baja.

Jamie mueve la cabeza de un lado a otro mientras abre la puerta de la taquilla por mí. Descargo la bolsa de libros, respiro profundamente y hago un esfuerzo por olvidarme de asunto. Entretanto, Jamie se apoya en la taquilla de al lado de la mía, lo que le da un preocupante aspecto de buscona.

—Eh, chata —le dice Jason Rodríguez a Jamie al pasar—. Bonitas piernas.

—Gracias —responde ella con un destello en los ojos.

Miro a mi amiga y pienso que la admiro y me preocupo a la vez, a pesar de saber cómo van a ir las cosas. Jamie goza de esa belleza típica de una chica surfista sin tener que esforzarse, y eso que en su vida se acercará a una ola. Su pelo rubio oscuro, largo hasta la barbilla, parece como si lo hubiera lavado con agua salada y luego lo hubiera dejado secar al sol cálido, y sus ojos verdes como el océano. Está delgada como una modelo, bronceada y con piernas atléticas sin medias, bajo una falda muy corta. En octubre.

Al final del pasillo, Jason choca los cinco con su amigo; no quiero ni saber si es por Jamie.

Jamie siempre será esa chica con la que los chicos flirtean encantados —pero nunca salen con ella— y a las que las chicas les encanta odiar. Y yo siempre seré la única amiga de esa chica.

—¿Cómo ha ido el médico? —pregunta Jamie—. No me puedo creer que te hayas caído otra vez. Eres una patosa.

—Ja, ja —digo con sarcasmo—. El médico ha ido bien. No me ha preguntado mucho, así que no he tenido que mentir.

—¡Qué bien!

—Sí —digo, y saco mi libro de español—. ¿Cómo te va el día?

—Peor imposible —empieza Jamie mientras cierro la puerta de mi taquilla de golpe—. Me han castigado a detención.

—¿Qué has hecho?

—Teníamos un examen de historia y no había estudiado, así que le he dado una pequeña hojeada a las respuestas de Ryan Creene, y de repente el señor Burgess estaba de pie delante de mí. El caso es que detención empieza a esa hora impía de las siete de la mañana, y tengo que ir durante unas dos semanas. ¿No te parece un poco injusto?

Sin esperar a que le conteste, continúa:

—Ni siquiera sé adónde tengo que ir. Supongo que será mejor que me entere antes de mañana a las siete. Jamie se queda callada un segundo y entonces algo le viene a la cabeza.

—Oye —dice, y me da un golpecito en el brazo—. ¿Por qué no me avisaste de lo del señor Burgess? ¿De que me iba a pillar? Esta la tendrías que haber visto venir.

—Supongo que no la vi —digo, y me encojo de hombros—. No estaba en mi nota de esta mañana. Lo siento.

—No pasa nada —dice Jamie—. Después de mañana ya no seré virgen en eso de la detención.

Nos reímos, y me digo a mí misma que esta no será la última vez que Jamie verá el interior del aula de detención. Sin embargo, será la primera vez que coquettee con el monitor del aula de detención, el señor Rice, y el principio de una sórdida aventura amorosa que terminará en divorcio para él. A Jamie le mandarán a un campamento solo para chicas este verano, para que aprenda la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal, con la ayuda de la poesía, la cerámica y Jesús.

Jamie sigue cotorreando mientras vamos hacia español. Hoy somos casi de la misma altura porque llevo botas altas, pero ella anda más erguida, con confianza en sí misma, y aguanta la mirada en los estudiantes que se cruzan con ella. Yo, en cambio, miro sus zapatos cuando pasan e imagino quién los llevará puestos.

¿Zapatillas de deporte blancas con cordones y el anagrama de Nike a juego con el carmesí del equipo del colegio?

Demasiado fácil.

Una animadora.

¿Zapatillas de tenis Adidas con calcetines de deporte?

Un jugador de fútbol fuera de temporada (he visto sus piernas peludas).

¿Eso son unas pantuflas de andar por casa? ¡Anda ya!

Uy, aquí vienen unas botas rojas muy monas. Parecen entre orientales y modernas, y quiero pedir las prestadas ahora mismo. ¿Quién puede ser? ¿Quizá la reina del baile de principio del curso que viene, Lisa No-sé-qué? Va a la moda.

Incapaz de soportar el suspense, levanto los ojos para darme cuenta de que estoy equivocada. La chica de las botas es Hannah Wright. No puedo evitar sonreír: Hannah tiene un futuro brillante; en tan solo unos años, será una superestrella de la música country.

Qué pena que no puedo decírselo.

De vuelta a mi juego, veo unas Converse All Stars marrones que vienen hacia mí —de hecho, directamente hacia mí—, pero antes de que choquemos o lo identifique, Jamie me da un tirón y me aparta de su camino. Hemos conseguido llegar hasta el pasillo de español.

—¿Estabas jugando otra vez a esa estúpida historia de los pies? —pregunta mientras me suelta el brazo.

Encojo los hombros como respuesta.

—Oye, deberías mirar por dónde vas. Casi te atropella ese bicho raro —dice mientras entramos en la clase de la señorita García.

—¿Qué bicho raro? —pregunto intrigada. Las notas sobre esta mañana no mencionaban nada sobre un bicho raro.

—Ese chico raro con el que hablaste en el simulacro de incendio. Jake. No Jack. ¿Lance? Lo que sea. Ya sabes, el chico que se acaba de mudar aquí. Parecía que quería hablar contigo justo ahora, pero estabas demasiado ocupada mirándole los pies. No importa, porque no te deberías relacionar con bichos raros. Tú ya eres suficiente rara tal cual.

Jamie se da la vuelta y me dirige una sonrisita tonta antes de que suene la campana y termine nuestra conversación.

Cuando la señorita García coge un rotulador y empieza a escribir la agenda de la clase de hoy en la pizarra, me inclino hacia mi mejor amiga y le susurro suavemente:

—Jamie, hoy estás guapa.

—Gracias, London —dice con una sonrisa dulce, antes de darse la vuelta en su silla hacia Anthony Olsen, que le mira las piernas descaradamente.

No ha sido un sueño: no dormía.

Casi, pero no del todo.

En aquel momento entre el reposo y el sueño profundo, la imagen se ha estrellado en mi cabeza como un tren de mercancías. Ahora estoy sentada con la espalda erguida y parpadeo con furia, como si esto fuera a hacer que los ojos se ajusten más rápido, respiro deprisa y sudo, aunque el calefactor está al mínimo, como lo estará cada noche mientras viva aquí.

Como esa foto desagradable de mi libro de anatomía que encontraré en unos meses y en la que ya ahora no puedo dejar de pensar, el recuerdo no desaparecerá.

Quiero cruzar el pasillo y meterme en la cama con mi madre.

En lugar de hacerlo, intento calmarme yo sola.

Respiro hondo al menos cinco veces para tranquilizarme, quizá hasta más de cinco. Compruebo que cada forma oscura de la habitación es inofensiva. Finalmente, me meto de nuevo en el caparazón aún caliente que forman los dos almohadones en forma de uve invertida que tengo en la parte alta de mi cama.

Como me siento un poco mejor, engaño a mi cerebro para que piense en otras cosas. El pesado del médico de esa mañana; Jamie coqueteando con Jason; Jamie coqueteando con Anthony. Zapatos blancos, botas rojas, pantuflas ridículas, zapatos negros, zapatillas de deporte marrones...

¡Zas!

Tengo los ojos abiertos como platos otra vez.

Intento sacudir la cabeza. Intento pensar en los zapatos de nuevo. Incluso intento pensar en otros pensamientos desagradables, como Jamie y su futuro... lío.

No funciona nada.

Respiro con fuerza y decido dejar que mi mente haga lo que quiera. Intentar no pensar en ello no hace más que empeorar la situación.

Tiro de la ropa de la cama hasta que me llega a la barbilla y parpadeo en la oscuridad profunda de la habitación.

Y de repente estoy en un cementerio. Estar ahí me hace temblar.

Estoy en un funeral. Por lo menos eso es lo que creo.

No puedo distinguir mucho, excepto las figuras negras y borrosas que podrían ser gente, y una pared de piedra de color neutro detrás de ellas en todas las direcciones. En mis fosas nasales noto el aroma inequívoco de la hierba recién cortada. Podrían ser las 8:30 de la mañana o las 3:14 de la tarde. Está nublado: no sabría decirlo.

No entiendo la escena, pero igualmente me hace sentir triste.

Y sola.

Y asustada.

Me planteo encender la lámpara y añadir detalles de este recuerdo a la nota de hoy —justo debajo de las cavilaciones sobre el bicho raro que Jamie ha mencionado—, pero al final me quedo donde estoy.

Es obvio que los que hoy lloraban a un ser querido me han provocado este recuerdo en particular. Pero saber el porqué no suaviza el golpe de la dura realidad de trasfondo.

Recuerdo hacia adelante.

Recuerdo hacia adelante, y olvido hacia atrás.

Mis recuerdos, malos, aburridos, o buenos, todavía no han tenido lugar.

Así, me guste o no —y no se puede decir que me guste—, recordaré estar de pie en la hierba recién cortada con las figuras vestidas de negro rodeadas de lápidas hasta que lo haga de verdad. Recordaré el funeral hasta que ocurra, hasta que alguien se muera.

Y después de eso, lo olvidaré.

Llego pronto a la clase de estudio. Me he cambiado la ropa de gimnasia deprisa para esquivar a Page Thomas y su petición, lo cual es una tontería, porque me acuerdo cuándo ocurrirá... No es hoy. Pero igualmente me he apresurado. Me he ahorrado un viaje inútil a mi taquilla cerca del pasillo de mates y, ¡voilà!, aquí estoy.

Pronto.

Esto debe ser algo inusual en mí, porque la señorita Mason me mira como si fuera algo asqueroso que le han pedido que ingiriera. Le sonrío, y desvía la mirada.

Llegan más estudiantes. Cojo el libro de precálculo y el cuaderno de ejercicios de mi bolsa, junto con un lápiz portaminas rojo. Afortunadamente, ningún otro estudiante se sienta a mi mesa y la tengo toda para mí.

Empiezo la tarea que la nota de esta mañana decía que no había hecho la noche anterior. Los demás estudiantes charlan entre ellos y comparten los últimos chismes antes de que suene la campana.

—Nos encontramos de nuevo —dice una voz masculina suave que sale de la nada.

Me imagino que le habla a alguien de la mesa de al lado, pero de todos modos levanto la mirada de mi trabajo.

Entonces inspiro con fuerza. El chico que está de pie al otro lado de la mesa, con aspecto de estar a punto de sentarse junto a mí, es lisa y llanamente guapísimo.

—¿Hola? —digo, más como una pregunta que como un saludo.

—No sabía que tenías estudio a esta hora —dice el chico, que deja caer su bolsa de manera informal en una silla y coge la que está junto a ella. Se sienta, sin dejar de mirarme a los ojos.

¿Lo conozco?

—Obviamente —respondo, lo que parece un poco insolente porque estoy preocupada.

¿Estoy en el lugar adecuado?

Escudriño las caras de mis compañeros de clase. Andy Bernstein. Sí. Hannah Wright. Sí.

Mañana es miércoles, por tanto, hoy es martes. Sí.

¿Segunda hora?

Sí, acabo de tener educación física.

El chico está hablando de nuevo.

—... porque después del simulacro de incendio tuve que terminar el curso de orientación, y me llevó toda la segunda hora también. Pero ayer no estabas aquí. ¿Dónde estabas?

Estoy dando golpecitos con mi lápiz en la libreta. Esta conversación me provoca

ansiedad. Pienso de nuevo en mis notas antes de responder.

—En el médico —digo sin añadir ninguna otra explicación.

—Ah, perdona —dice el chico, que mira a la mesa durante un instante—. No pretendía entrometerme.

Parece avergonzado. Qué mono.

—No pasa nada —digo, todavía dando golpecitos con el lápiz—. Tropecé con una pelota en gimnasia. Mi madre pensó que tenía un esguince en el tobillo.

—¿Lo tenías?

—No, solamente una magulladura —digo.

Ahora doy golpecitos con el lápiz más deprisa.

Todavía me mira directamente. Directamente a mí.

En serio, ¿lo conozco?

—Que bien —dice. Suena la campana y todavía nos estamos mirando a los ojos, él con cara divertida y yo probablemente con aspecto de que voy a explotar. Por lo menos así es como me siento.

—¿Estás bien? —pregunta con un pequeño gesto con la cabeza en dirección al lápiz que golpea con furia la libreta.

Que se haya dado cuenta de mi energía nerviosa me empuja a hacer una torpeza: el lápiz se me escapa de las manos y vuela a través del aire para después caer al suelo. Sintíendome como una completa idiota, me deslizo de vuelta a mi silla y me agacho para recuperarlo. Cojo el lápiz y, cuando me incorporo, observo algo interesante.

Converse All Stars de color marrón chocolate.

El corazón me da un vuelco al acordarme de la nota de esta mañana. Este chico es mi bicho raro.

Mi bicho raro está muy bueno.

De alguna manera me las arreglo para sentarme erguida y deslizarme de vuelta a la mesa sin acabar de humillarme a mí misma. Le sonrío. Me devuelve la sonrisa, y yo sonrío más.

—Oye, me robaste la sudadera, ¿sabes? —dice con un destello en el ojo—. Puedes tomarla prestada un tiempo, siempre y cuando...

—¡Chist! —Mirada Asesina Mason lo interrumpe con un susurro fuerte desde su posición.

—... prometas... —Bichorraro intenta continuar susurrando antes de que la señorita Mason dé un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—¡Señor Henry! —grita. La boca de Bichorraro se cierra de golpe, y la mira a regañadientes. Me alegro de saber al menos una parte de su nombre.

—Lo siento —dice.

—Eso espero. Es nuevo, así que por esta vez no se lo tendré en cuenta. Pero entienda, hijo, que no se habla en mi clase. Este tiempo es para estudiar. En silencio.

Esta no es una hora para hacer una vida social.

Un par de chicas se ríen bajitas. La señorita Mason mata sus risitas con una mirada. Me recuerda a un pájaro. Un pájaro cruel.

—Perdón —dice el chico de nuevo, antes de sacar un bloc y unos lápices de carbón de su bolsa.

Estoy contenta con toda la información que he recogido. Su apellido es Henry. Es nuevo en el instituto. Y es un artista. Antes de ponerse a trabajar, el chico me sonríe una vez más. Mientras que yo me quedo con un sentimiento empalagoso, él abre su bloc de dibujo y pasa unos cuantos bocetos en busca de una página en blanco. No puedo evitar darme cuenta de que tiene talento, a la vez que el objeto de su elección es... intrigante.

¿Orejas?

Como si pudiera oírme los pensamientos, el señor Bichorraro Henry se aparta una onda de cabello de los ojos con los dedos y me mira una última vez. Se encoje de hombros y sonríe tímidamente, como diciendo: “Me gustan las orejas, ¿y qué?”.

Está de vuelta a su dibujo antes de que pueda pensar en ello otra vez, y me veo obligada a continuar con mis deberes de matemáticas en silencio. Pero a mitad del problema número tres, algo se manifiesta en mí: la sudadera de chico que hay en mi habitación debe ser la que Bichorraro Henry ha nombrado. Aparentemente, no viene de la pila de reciclaje, como decía mi nota.

Así que parece ser que me he mentido.

A medianoche, enciendo el ordenador portátil. Voy más rápido tecleando que garabateando. Además, la nota de la mesilla de noche ya está abarrotada en los corazones en los márgenes y palabras con flores sobre un chico que acabo de conocer hoy.

19/10 (martes)

Un recuerdo horrible me ha venido a la mente cuando me estaba quedando dormida esta noche. El peor que puedo recordar, de verdad. No puedo ver mucho... solo sé que formo parte de una multitud de gente vestida de negro. Tienen las caras borrosas y hay alguien muerto. Al principio, pensé que podría ser el funeral de mamá, pero entonces recordé haberla oído sollozar. Ella también está ahí. Viva.

Oigo algún pájaro de vez en cuando, y llantos. Los llantos son horribles, así que me centro en los pájaros. Creo que es por la mañana, pero esta gris, así que no estoy segura.

Hay una estatua terrorífica de una santa (¿quizá un ángel?) una parcela más a la izquierda... esculpida en piedra de color verde, y parece que nos observa.

Termino de teclear y guardo el archivo en el escritorio de mi ordenador, con el nombre, muy apropiado, de *Recuerdo Oscuro*.

Imprimo la página, y entonces pongo esa nota debajo de la escrita a mano. Corazones y flores sobre la crónica en blanco y negro de los días oscuros del futuro. Vuelvo a la cama y apago las luces por segunda vez esta noche; pienso en el chicho cuyo nombre de pila desconozco y me siento culpable por pensar en él cuando hay asuntos más importantes delante de mí.

De algún modo, en medio de todas las emociones contradictorias, el sueño me coge de la mano y me vence.

Y en ese momento todo lo que no está escrito se esfuma.

De camino al instituto, pienso en contarle a mi madre el recuerdo del funeral, hasta que me doy cuenta de que podría asustarla. No todo el mundo necesita saber lo que se avecina.

Cuando me deja, me dirijo derecha hacia la biblioteca. Es un día de bloques pares, por lo que solo tengo clase en las horas 2-4-6-8: nunca había estado tan contenta de perderme la primera hora de educación física. La campana de aviso aún no ha sonado, pero quiero llegar pronto y recomponerme para el chico de mis notas.

El señor Henry.

Me abro paso hacia las mesas del fondo de la biblioteca y saco un espejito de mi bolsa. Me arreglo el maquillaje de los ojos con la manga y luego cambio el espejito por el libro de español.

No lo oigo acercarse.

De pronto, sin aviso, está delante de mí, apoyado sobre la mesa, con los ojos fijos en mi cara.

—Hola.

Bajo el libro y me quedo boquiabierta. Pensaba que estaba preparada, pero no. No para esto.

—Hola —consigo decir.

—¿Tienes un buen día? —pregunta.

—En realidad, no —contesto sinceramente.

Se le pone cara de preocupación, y eso me hace sentir bien.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—No, nada —contesto—. Solo que me quedé dormida y mi madre estaba un poco pesada y... nada. No merece la pena hablar de ello.

Suena la campana, y él y yo nos estamos mirando fijamente a los ojos. Cuando el tono estridente se para, susurra.

—De acuerdo, pero si decides que quieres hablar, me lo puedes contar.

—Gracias —digo sinceramente.

—De nada —responde en un susurro íntimo, antes de que la señorita Mason lo haga callar.

—Luke Henry y London Lane, os aviso por última vez. ¡Nada de hablar!

Una sensación de cálido bienestar me invade al oír su nombre junto con el mío, y mientras él busca los deberes en su bolsa llena de cosas, digo su nombre tan bajito que casi no puedo ni oírlo yo misma:

—Luke.

No podemos hablar durante los noventa minutos de la clase, pero su presencia me hace sentir mejor. Me permite olvidar la mañana de locura que llevo y, más

importante aún, la nota de esta mañana.

A mitad de la clase, mis dedos rozan los de Luke al otro lado de la mesa por accidente. Me siento como si alguien me hubiera inyectado adrenalina directamente en el corazón; inspiro con fuerza y rápidamente muevo la mano hacia el regazo. Luke me echa una mirada y sonrío, lo que me hace sonrojar y desviar la vista. Lo oigo reírse un poco en voz baja, y luego pasa una página.

Consciente de que parece que no puedo acordarme del Luke de mañana o del futuro, todo lo que quiero hacer en este preciso momento es hacer novillos y pasar el resto del día para conocerlo un poco mejor antes de que desaparezca otra vez. En vez de eso, me siento, le echo miraditas de vez en cuando y hago todo lo posible por comportarme con normalidad.

Respondo el teléfono antes de que mi madre lo oiga sonar y me eche la bronca por estar levantada tan tarde.

—¿Qué pasa? —susurro.

—¿Estabas dormida? —me pregunta Jaime, más sorprendida que preocupada porque me pudieran haber despertado.

—No, pero mi madre piensa que sí.

—¿No sabías que te iba a llamar? —pregunta.

—Sabes que no me acuerdo de hoy, solo de mañana en adelante —digo, y pongo los ojos en blanco, aunque no puede verlo.

—Lo sé, solo es una broma.

—Ah —digo, cansada—. ¿Qué pasa?

—Necesito que me prestes esa camisa verde supermona que compraste aquella vez que tu madre nos llevó a la ciudad por tu cumpleaños. — Estoy callada. Por supuesto, no tengo ni idea a qué viaje del pasado se refiere, pero pienso hacia delante en lo que llevará puesto mañana.

—¿Hola? —pregunta Jaime.

—Perdona, estoy aquí. Sí claro, está bien —digo en voz baja—. Vendrás a casa a buscarla antes del instituto, ¿verdad?

—Sí, pero acuérdate de que tengo que ir a detención, así que será...

—¡Calla! —la interrumpo. La madera del suelo de fuera de mi habitación cruje—. Viene mi madre. ¡Tengo que dejarte!

Cuelgo el teléfono y lo tiro en la mesilla de noche justo cuando mi madre echa un vistazo a la habitación.

—Cariño, es tarde —dice.

—Lo sé, justo ahora me iba a dormir.

Mi madre me mira con cara de reproche.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Estás segura de que no hablabas por teléfono? —Sonríe de aquella manera que me dice que me ha pillado. Y aun así, sin ningún motivo en particular, lo niego.

—Estoy segura —digo, y me meto despacito bajo las sábanas—. ¿Apagas la luz? —le pido. Lo hace.

—Buenas noches, mamá —digo entre bostezos para continuar con la farsa, pero también sinceramente.

—Buenas noches, London —dice, y antes de que oiga cerrarse la puerta de su habitación, estoy dormida.

Estoy en el vestidor, temblando de frío, solo con el sujetador, una camiseta de tirantes y las bragas, con el pelo mojado que me gotea por la espalda, cuando Jamie me da un susto de muerte al aparecer por la puerta.

—Buenos días —dice sin previo aviso.

—Pero ¡qué demonios! —grito, y doy un brinco hacia el interior del vestidor.

—¿Estamos muy tensas? —bromea Jamie mientras mira la ropa que cuelga ordenadamente de la barra—. Ponte esta —dice señalando una minifalda escocesa.

—Esta es demasiado corta —protesto—. No tengo ni idea de por qué la tengo.

—Te la hice comprar yo —dice con orgullo—. Me encanta esta falda.

—Te la puedes quedar —digo. Doy media vuelta y continúo probándome la ropa—. ¿Qué haces aquí tan pronto? —pregunto despreocupadamente.

—Estás como una cabra —dice Jamie—. Hablamos ayer por la noche. Me llevo prestada... —Va hacia una fila de camisas y busca rápidamente entre ellas. Localiza la manga de la que busca y arranca de un tirón la prenda de la percha—.... esta camisa verde.

—Qué mona —digo.

—Lo sé —coincide Jamie. Deja caer su bolsa y el abrigo al suelo, intercambia su propia camisa con la verde y después se arregla, dejando su camisa hecha un montón en el suelo del vestidor.

—¿No la quieres? —pregunto mientras la recojo.

Jamie se encoge de hombros.

—La cojo luego. Te veo en español.

Y, después de decir eso, desaparece.

—¿Ya te vas? —pregunta Page Thomas ansiosamente mientras cierro la puerta de mi taquilla de un portazo—. Madre mía, qué rápida eres.

—Sí, tengo que ponerme en marcha —le digo por encima del hombro—. Te veo mañana.

—El lunes —me corrige Page, con una voz que gotea decepción.

—Ay, sí, el lunes —contesto en voz alta, ahora ya de camino a las pesadas puertas de los vestidores. Page me sigue.

—Espera, London —dice—. ¿Puedo hablar contigo minuto?

Suspiro, sabiendo lo que viene.

—Claro —digo, con tanto entusiasmo como soy capaz de sacar de mi total decepción. Quiero salir e ir a encontrarme con él.

—Gracias —dice Page, radiante. Me doy cuenta de que sus ojos de color azul como el hielo son tan claros que casi se confunden con la parte blanca. Con esos ojos y su pelo rubio casi plateado, parece una princesa de hielo.

Una princesa de hielo que lleva gafas pasadas de moda y ropa holgada y descoordinada que un día podrían reportarle un billete para un programa de «antes y después».

Me quedo mirando a Page hasta que habla.

—Bueno, pues me siento un poco tonta por pedirte esto —empieza—, pero aquel día que estaba ayudando en la oficina y entregué aquella nota de tu madre en tu clase de mates, me di cuenta de que Brad Thomas se sienta a tu lado, y me pregunto si sabes si tiene novia.

Brad Thomas. Me sentaré a su lado en matemáticas el resto del curso. Su letra parece la de un niño de tercer grado. Lo sé porque le echaré un vistazo a la nota de su examen en un par de semanas. Aparte de eso, definitivamente tampoco es que sea un genio de las matemáticas. Buscando evasivas, miro alrededor para ver si alguien nos mira. Mis ojos aterrizan en la mochila de Page: tiene el nombre bordado ahí. Page Thomas.

—¿Te gusta un tío con el mismo apellido que el tuyo? —pregunto al azar.

—Sí —Page admite con libertad, como si lo hubiera planeado de esa manera—. Es práctico.

Más bien asqueroso.

Ahora Page es la que se me queda mirando fijamente. Espera alguna cosa. Sé que tengo que decir algo, pero no sé exactamente qué. No puedo decirle que recuerdo lo que le pasará —que Brad le va a romper el corazón—, pero tengo que irme. El reloj no se para, y, aparte del hecho de que quiero encontrarme con Luke Henry desesperadamente, tampoco puedo llegar tarde a clase. No quiero tener que acabar en detención con Jamie y presenciar desde primera fila su desastre en ciernes.

—Page, tengo que irme. Voy a llegar tarde —digo. La sonrisa desaparece de su rostro, pero no dice nada.

—Mira, no conozco demasiado a Brad —continúo—. No somos amigos ni nada parecido, así que no tengo ni idea si sale con alguien. Lo siento.

Su cara está tan hundida que podría tocar el suelo perfectamente. Aparentemente, soy su única esperanza, lo que es irónico, si lo piensas. La persona que puede ver el final es la misma con la que cuenta para que la ayude al principio.

Todo lo que quiero es irme, me siento atrapada por sus ojos suplicantes. Sin salida aparente, tengo en consideración lo que pide. ¿Se le pasaría lo de Brad si le dijera que él va a humillarla y a romperle el corazón? Probablemente, no. Me diría que estoy loca y buscaría otra manera de salir con él.

Con ese pensamiento en la cabeza, me rindo.

—De acuerdo, intentaré entablar conversación él y sacarle algo de información. Un día de estos, ¿vale?

Page sonrío de alegría y me abraza dando un grito agudo. Después desaparece. La

sigo hacia las zonas comunes, luego giro a la derecha y ella continúa recto. Corro por el pasillo que lleva a la biblioteca y tomo nota mentalmente de incluir la promesa en mi recapitulación del final del día. También tomo nota mentalmente de no obsesionarme sobre lo mal que está ayudar a que todo eso progrese.

Page puede no estar tan segura como yo de lo que se le viene encima, pero toda relación tiene la posibilidad de fracasar. En algún rincón muy dentro de sí misma, tiene que saber que hay esa posibilidad. Y aun así, lo acepta. Eso es suficiente para mí.

Intento no pensar en mi propio aviso en lo que se refiere a Luke —el aviso grande y con luces de neón que dice ¡NO TE ACUERDAS DE ÉL!—, pero lo ignoro por la posibilidad de que pueda haber una relación. Supongo que eso me hace un poco como Page.

Un chico que no reconozco me da un golpe accidentalmente al pasar a toda prisa. Está bastante bien, y no puedo evitar preguntarme: ¿era ese Luke? Miro algunas de las otras caras masculinas que pasan volando, y de repente caigo en la cuenta de que no tengo ni idea de qué aspecto tiene Luke. Ahora mismo podría andar a mi lado y no lo sabría. ¿Qué pasaría si él pensara que soy una chalada por el hecho de que no hable con él? ¿Qué pasa si no le gusta mi aspecto?

Me pongo a cubierto en el lavabo de las chicas para contener mi ansiedad. Allí me miro atentamente en el espejo y busco algo que pueda hacer que Luke pierda el interés en mí. Por suerte, estoy completamente sola, y así puedo arreglarme un mechón de pelo descontrolado y después mirarme los dientes, la nariz y el trasero en el espejo.

Suena la campana cuando salgo del lavabo; corro lo que queda de camino hasta la biblioteca.

—Llegar tarde es inaceptable —me dice la señorita Mason sin levantar los ojos de su revista. Me dirijo hacia el único sitio libre: el que está enfrente de un chico que parece muy contento de verme. De alguna manera lo sé: ese es Luke.

Cuando me siento, él desliza un trozo de papel de bloc a través de la mesa como quien no quiere la cosa, y luego vuelve a lo que sea en qué estaba trabajando. Saco mis deberes antes de leer la nota; la espera es insufrible, pero no quiero parecer demasiado ansiosa. Cuando leo lo que ha escrito, tengo que esforzarme mucho para mantener mi expresión bajo control.

London:

Parece ser que tenemos un problema para hablar en clase. ¿Qué te parece si me das tu número y lo intentamos más tarde?

Luke

PD: Hoy estás guapa.

Aprieto la mejilla sobre el hombro para ahogar un resoplido. Luke ha escrito la nota antes de que llegara; no tenía ni idea de qué aspecto tenía antes de que me sentara.

Durante el resto de la hora de clase, he soñado despierta sobre un futuro con Luke como harían las chicas normales que no pueden recordar el futuro cuando tienen un flechazo. Al menos esa es la parte positiva de olvidarme de él cada noche: puedo fantasear.

Dos minutos antes de la campana, garabateo mi número al final de la nota de Luke y se la devuelvo. Me llevo una sorpresa cuando, arriesgándose a ser castigado, saca el móvil y guarda mi número allí mismo. Por suerte, la señorita Mason no se da cuenta.

Cuando suena la campana, Luke y yo nos levantamos a la vez y andamos juntos hacia las puertas de la biblioteca, cerca pero sin tocarnos. Hannah Wright sale delante de nosotros y sujeta la puerta para que no nos dé un golpe en la cara. Me mira, seguidamente mira a Luke y vuelve a mirarme a mí. Después sonrío como si nos quisiera dar ánimos, antes de darse la vuelta. En el pasillo, Luke y yo tomamos direcciones distintas.

—Hablamos pronto —dice.

—Me parece bien —respondo.

Quiero decirle más, pero el pasillo principal está abarrotado de gente, nos movemos despacio y tenemos el tiempo justo entre clases. En lugar de hablarle, lo saludo con la mano, doy la vuelta y me fuerzo a caminar, sin saltar, hacia mi taquilla.

Más tarde, en historia mundial, el señor Ellis dice que nos va a poner una película sobre la Alemania nazi.

—Es perturbadora, pero espero que todos vosotros actuéis como adultos maduros. A quien no sea capaz de hacerlo lo enviaré al despacho del director.

Después de la clase de estudio con Luke, aún me siento más una colegiala mareada que una mujer adulta y madura. Intento amordazar mi sonrisa permanente, pero es incontenible. Vuelvo la cabeza hacia la ventana para que el señor Ellis no me vea sonreír y se piense lo que no es.

Me sorprende descubrir enormes copos de nieve a la deriva que caen perezosamente del cielo. La nieve cubre el patio como una manta de espuma sobre el café con leche más perfecto. Es bonito e intacto, y me calma.

Con el mareo ahora bajo control, giro la cabeza en dirección al señor Ellis, que

consulta un bloc de notas de su mesa. Con el dedo índice como guía, examina una lista. Luego levanta la vista hacia mí.

—London Lane, ¿ha traído hoy su hoja de permiso?

Todo el mundo en la clase se da la vuelta para mirarme. No puedo evitar sonrojarme por la atención. De momento, mi sonrisa se ha esfumado.

—Ay, perdón —digo mientras me inclino sobre mi bolsa, que está debajo del asiento. A no ser que la pusiera ahí ayer y me olvidara de recordármelo, sé que la hoja de permiso no está dentro. Sin embargo, hago un poco de teatro y la busco.

—Lo siento —digo después de unos segundos—. Imagino que se me ha vuelto a olvidar.

—Entonces tendrá que ir a la biblioteca —dice el señor Ellis.

—De acuerdo —digo, y me levanto con la bolsa en la mano.

Me hierva la cara cuando voy a la parte delantera de la clase para recoger de la mano estirada del señor Ellis el permiso para estar en los pasillos. Salgo de la clase, y en el pasillo mi vergüenza disminuye rápidamente. Este es el tipo de desliz que odiaré toda la vida: los pequeños errores que me hacen parecer retrasada.

Pero hoy no.

Hoy tengo nieve en el patio.

Hoy tengo a Luke.

A pesar de los copos de nieve que caen y me obstruyen la visión, veo la silueta de Jamie en la ventana de delante mientras doblo con dificultad la esquina de su calle.

—¿Por qué no te pones aquel abrigo tan mono que conseguiste cuando fuimos a comprar prendas usadas? —pregunta incluso antes de que la puerta de su casa de los años setenta esté completamente abierta—. ¿Y por qué vas vestida como si exploraras el Ártico?

—¿Por qué estabas pendiente de que llegara? —respondo a sus preguntas con una pregunta mientras me sacudo la nieve de las botas y la empujó para pasar adentro. Empiezo a quitarme las capas de ropa.

—Está oscuro —se encoge de hombros.

Jamie nunca lo admitirá, pero es muy protectora, al menos conmigo.

—Pero ¿por qué has venido andando hasta aquí?

—No lo sé —digo mientras me sacudo el pelo mojado de la cara—. Parecía una buena idea.

Termino de quitarme las capas de ropa y a continuación pongo las prendas de abrigo cuidadosamente sobre el banco de la entrada. Pero no sin antes coger el móvil, por si acaso Luke me llama esta noche.

Justo cuando estamos listas para ir hacia la habitación de Jamie, su madre asoma la cabeza por la esquina y me dedica una sonrisa radiante.

Lleva un delantal con un estampado retro sobre su formal traje del trabajo.

—¡Hola, London! —grita.

—Hola, Susan —digo, y la saludo amigablemente con la mano.

Jamie pone los ojos en blanco, me coge de la mano y tira de mí en dirección a las escaleras.

—¿Cómo estás, mi vida? —pregunta Susan cuando pasamos.

—Estoy bien, gracias por preguntar —grito mientras soy arrastrada hacia abajo, hacia el sótano reconvertido en la leonera de Jamie.

A medio bajar la escalera, mi madre llama para asegurarse de que he llegado sana y salva. Le digo rápido que estoy bien y cuelgo.

Treinta minutos más tarde estoy sobre la cama de Jamie. Intentando no salpicar el edredón con esmalte de uñas de color rojo como la sangre.

—¿Por qué tienes esa mirada tan rara? —pregunta Jamie—. Me pones nerviosa.

—No lo sé —digo—. Soy feliz.

—¿Por el bicho raro? —bromea Jamie.

—No es raro; está bueno —le contesto.

Jamie se encoge de hombros.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Recuerdas que vas a tener niños con él o algo

así?

Dejo con cuidado la laca de uñas y miro a mi mejor amiga con atención.

—No —digo con un susurro. Jamie se me acerca—. No puedo recordarlo para nada.

—Entonces, ¿qué sentido tiene? —pregunta mientras pone los ojos en blanco y cara de decepción. Se centra de nuevo en las uñas—. ¿Por qué molestarse?

—Bien, ese es el problema —digo—. Si lo piensas, no es que él no esté en mi futuro.

Eso le llama la atención. Levanta la mirada.

—¿Eh?

—Mira, he releído las notas de esta semana. El lunes no recordaba al Luke del martes. Pero entonces el martes hablé con él y eso. ¿Ves?

—Humm... no.

—Estaba en mi futuro el lunes: sencillamente, no lo recordaba. No es que no esté en mi futuro...

—Entonces probablemente es porque te hizo algo malo. Lo estás bloqueando —Jamie deja con cuidado el esmalte de uñas y me mira seriamente—. London, deberías mantenerte alejada de ese chico.

—No significa necesariamente algo tan malo —digo con ganas de defender a Luke—. Quiero decir que no me va a matar o algo así.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Jamie.

—¡Pues porque lo sé! —digo sin realmente saberlo. Pero, lógicamente, recuerdo una buena parte de mi futuro, así que asumo que no voy a ser asesinada a corto plazo.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —grita Jamie juguetonamente, y levanta las palmas de las manos en señal de rendición—. Sencillamente, creo que deberías apuntar un poco más alto.

No respondo, por miedo a lo que viene a continuación. Me preparo a mí misma para la conversación que mi nota de esta mañana me ha dicho que tendríamos esta noche aquí.

—Mira a Ted, por ejemplo —empieza Jamie. Se refiere al monitor de detención, que casualmente también es el profesor de educación vial. El que casualmente también está casado.

—¿Qué pasa con él? —me quejo.

—Oye, eso no está bien —dice Jamie, y frunce el ceño de forma infantil.

—Está casado, Jamie —digo sin mirarla.

Intento evitar recordar cómo cojo la mano de Jamie en la cama del hospital después de que un bote de pastillas no haya funcionado, pero tratar de no pensar en el recuerdo solo hace que se incruste en mi cerebro.

—No es feliz en su matrimonio, y realmente es un tío genial —Jamie defiende al

señor Rice como yo definiendo a Luke.

No puedo evitar pensar en el matrimonio infeliz de Jamie, aún por llegar, o en el matrimonio infeliz de sus padres, que puede haberla influido de alguna manera.

Me recuerda a una nota de la semana pasada que he leído esta mañana.

—Oye, ¿cómo está tu padre? —le pregunto sin darle importancia. Jamie y yo pasaremos unas vacaciones de primavera en su casa de L.A. cuando estemos en la universidad—. ¿No fuiste a visitarlo recientemente?

Me mira con una cara rara.

—¿Por qué te comportas como si lo conocieras? Ni siquiera lo has visto una vez.

—Ay, perdón —digo—. De todos modos, ¿cómo fue el viaje?

Jamie me mira con escepticismo y se aplica la laca de las uñas.

—Ya habíamos hablado de esto. El viaje fue bien. Él está bien. La cutre de su nueva mujer sigue siendo cutre.

—Me pregunto si mi padre tiene una nueva mujer cutre —digo en voz baja.

Cierro fuertemente el tapón del potente esmalte rojo.

—¿Tienes alguno de color negro? Tengo las uñas descascarilladas — digo mientras evaluó el daño.

—Rojo en la parte de abajo y negro en la parte de arriba, ¿eh? Te veo muy metida en el espíritu del instituto —comenta Jamie mientras rebusca en una cesta de diminutos frascos de cristal de todos los colores. Encuentra uno negro y me lo pasa. Aun así, está concentrada.

—¿Qué pasa de repente con tanto hablar de los padres? —pregunta Jamie, pero no me deja contestar—. Se han ido. Fin de la historia. De todos modos, deja de tratar de cambiar el tema. Voy en serio con Ted. Es realmente un tío genial.

—Ajá —murmuro mientras pinto.

—Me ha pedido que nos veamos después de clase el lunes —dice como si fuera la cosa más natural de la Tierra. Paro de pintar a mitad de la uña.

—Jamie, en serio, no puedes hacerlo.

—¿Por qué no?

Se ríe como si fuera un juego. No es capaz de ver lo que esta aventura va a hacerle al final, pero yo sí.

—¿Por qué no? Te voy a decir por qué no.

—Adelante, te escucho —dice, pero coge un frasco de esmalte de color rosa intenso y se pone a hacerse los pies.

—Él es un profesor; tú eres una estudiante. Él es un adulto, tú eres una menor. Es ilegal, Jamie. Lo podrían despedir y mandarlo a la cárcel.

—No lo harán. Eso no pasa nunca.

¿Eso no pasa nunca? ¿Vivimos en un mundo en el que esto es tan común que Jamie tiene argumentos para decir que eso no pasa nunca?

La ignoro y continúo.

—Es viejo.

—Solo tiene veinticuatro años —contesta Jamie—. ¿Y no lo has visto? Esta buenísimo.

Pienso en la semana que viene, cuando pasaré al lado del señor Rice en el pasillo: tiene razón, está bueno. Pero eso no significa que esto esté bien.

Consulto mis notas mentalmente y me acuerdo del par de menciones de tíos con los que Jamie ha estado relacionada últimamente.

—¿No te gusta Jason? ¿O Anthony?

—Son unos chicos. Son buenas distracciones, pero Ted es un hombre.

—Evidentemente, es un hombre con problemas si persigue a una chica de instituto.

—Yo no soy cualquier chica del instituto. Y, de verdad, London, no me puedes hacer cambiar de idea. ¡Me gusta! ¿Por qué no puedes alegrarte por mí?

Mi argumento no va a ningún lugar, así que saco la artillería pesada.

—¿Tengo que decirte cómo va a terminar esto? —le pregunto en voz baja.

Jamie gira la cabeza bruscamente en mi dirección. Me mira en los ojos. En los suyos, veo un fuego ardiendo.

—¿No me dices que me van a pillar copiando, pero estás encantada de arruinar las cosas con Ted?

—No estoy encantada, es solo que yo...

—Para —dice con la palma de la mano levantada—. No quiero oírlo. Ya veremos. ¿De acuerdo? Ya veremos cómo resultan las cosas. Podrías estar equivocada.

—No lo estoy —digo con seguridad.

—Lo que sea, no me importa —dice Jamie bruscamente. Quedamos en silencio durante unos momentos. Pienso en la larga caminata hasta casa en la nieve, y al final me sacrifico por el bien de las dos.

—Lo siento, J, solo me preocupo por ti.

—Ya lo sé —dice—. Pero para. Estoy bien.

—Ya sé que lo estás —digo.

—De verdad, London, escúchame —empieza Jamie, sentándose más erguida en la cama—. Puedes meterte en tus propios asuntos como más te plazca, pero guárdate esos recuerdos sobre mí para ti misma. Ya es suficientemente extraño saber que sabes cómo me van a ir las cosas. No soy una de esas personas que va a que le lean la palma de la mano. Me gustan las sorpresas. Simplemente, déjame vivir mi vida. —Antes de que pueda abrir la boca, añade—: ¿Por favor?

—Así lo haré —prometo con tristeza.

—Gracias —dice Jamie con una sonrisa débil.

Creo que ahora ya hemos hecho las paces, pero al salir de su habitación para ir

arriba a cenar espaguetis, Jamie murmura:

—Mejor te lo apuntas en tu libretita para que no se te olvide.

—No te preocupes —digo en voz baja—. Así lo haré.

Estoy en el cementerio. Mi madre solloza a mi derecha. Hay un amenazador ángel de piedra a mi izquierda. Al otro lado de un semicírculo de personas vestidas de negro, resaltan unas caras: una mujer mayor con un pañuelo de lazo blanco, una mujer más joven con un vestido escotado, un hombre calvo imponente que parece una pared de ladrillos.

Durante un momento fijo la mirada en un pequeño broche negro sujeto al jersey de la mujer mayor. Desde donde estoy, parece una joya con forma de escarabajo, y parece extrañamente elegante para un funeral. Entonces recuerdo otra vez vagamente que leeré algún día un artículo sobre egipcios a los que enterraban con escarabajos. Quizá tenga un significado para ella. Quizá solo es que le gustan los insectos.

Inspiro con cuidado, temiendo el hedor a cadáveres podridos, pero en lugar de eso huelo dos de mis aromas preferidos: hierba y lluvia. Algunos de los asistentes al funeral llevan paraguas. Otros se están mojando. Miro el camino que va hacia donde estamos reunidos: es de tierra y roca, mayoritariamente tierra en algunos lugares. Debido a la lluvia, en esos trozos hay huellas. Algunas pequeñas, otras grandes. Muchas huellas.

Quiero andar por encima de las huellas y borrarlas, pero no lo hago. En lugar de eso, me quedo de pie bajo la lluvia y me pregunto qué pasa.

Se me han ajustado los ojos a la mañana de octubre; intento leer la nota en la oscuridad. No funciona. Ruedo hacia un lado y salgo de debajo del edredón cómodo y calentito.

Me estiro para prender la lámpara de la mesilla de noche que continuaré teniendo en años venideros. Tiro un vaso de agua que no recuerdo haber dejado en la mesilla.

Un error tonto.

Rápidamente, enciendo la lámpara y seco el pequeño charco con la manga del pijama. El pijama es de forro polar color rojo; no recuerdo habérmelo puesto.

Situación bajo control. Me hundo hacia atrás contra los almohadones. Entorno los ojos por culpa de la luz, sujeto la nota a pocos centímetros de la nariz y leo.

24/10 (domingo)

Ropa:

Pijama de forro polar rojo la mayor parte del día.

Jersey de manga larga de color azul verdoso y vaqueros ajustados (mamá y yo hemos cenado en Casa de Amigos... se me cayó la salsa picante en la parte de arriba de la pernera de los vaqueros... comprobar si la mancha ya ha desaparecido).

Instituto:

Llevar diccionario español-inglés a español para ejercicios de traducción.

Examen de anatomía (verificar guía de estudios al lado del ordenador antes de ir al instituto).

Empezar el proyecto de diseño gráfico.

Otros:

J todavía estaba muy rara por la conversación del viernes (me ha dicho otra vez que NO le diga nada sobre su futuro).

Las notas sobre J y yo hablando sobre padres me han hecho sentir curiosidad... Hoy he curioseado por la habitación de mamá mientras ella estaba fuera. Es una locura lo que he encontrado. Sobre en el cajón derecho del escritorio. No estoy segura de lo que tengo que hacer, excepto escondérselo a mamá por ahora.

Luke tampoco me ha llamado hoy (releer; parece genial, menos por el asunto de no llamar).

Aparto el pesado edredón y ando lenta y trabajosamente hasta el escritorio. Cojo la guía de estudios de encima del escritorio, y del cajón un sobre que está a rebosar.

De vuelta a la cama, paseo la mirada por las fotos enmarcadas de Jamie y mías, de una época que parece secundaria.

Hay un collage tonto con fotos y recortes de revistas que podría adivinar que lo hicimos juntas Jamie y yo. Es infantil, pero me gusta. Sin ser capaz de recordarlo con exactitud, asumo que entonces las cosas eran bastante más sencillas.

Media hora más tarde, mi madre llama a la puerta y me apresuro a tapar la pila de contrabando. Como no respondo, abre la puerta igualmente.

—He llamado a la puerta —dice.

—Lo sé.

Me mira inquisitivamente en respuesta a mi expresión, que seguro que es una mezcla a partes iguales de enfado y de culpabilidad.

—Vas a llegar tarde al instituto —dice.

—Vale, me daré prisa —respondo.

—¿Qué pasa? —pregunta con una expresión rara todavía estampada en la cara.

«Mejor me lo dices tú a mí», pienso para mí.

—Nada, ¿por qué? —digo en cambio.

—Pareces... extraña. También parecías extraña ayer por la noche —dice con una mano en la puerta abierta y la otra en el marco.

—Pues no lo estoy —replico.

Levanta las manos en un gesto de rendición.

—De acuerdo, está bien, London. Simplemente, ponte en marcha. Vas a llegar tarde. —Se vuelve y cierra la puerta detrás de ella.

Veinte minutos más tarde, durante el trayecto hasta el instituto, me interrumpe los pensamientos.

—¿Es por ese chico?

Giro la cabeza bruscamente hacia ella.

—¿Has leído mis notas? Eso es una invasión total de la privacidad —digo bruscamente.

—Espera —dice mi madre con calma—. Te puedo asegurar que no he leído tus notas, London Lane. Nunca lo haría. ¿Por qué sugieres algo así?

—Porque conoces la existencia del chico.

—London, me lo contaste tú —dice mi madre con una sonrisa irritante.

—Ah —digo avergonzada—. Bueno, no quiero hablar de él.

—Lo que tú digas —dice mi madre con una sonrisa que me provoca ganas de gritar. Por suerte, hemos llegado al instituto.

En el momento en que el coche se para en el área para dejar a los estudiantes, salto fuera, cierro la puerta de un portazo y entro decididamente en el Meridian High.

Según avanza la mañana, la hostilidad hacia mi madre se transforma en rabia hacia el mundo. Cuando Jason Samuels me da sin querer un golpe en el hombro con la pelota de baloncesto durante educación física, se la devuelvo.

Con fuerza.

Cuando Page Thomas se atreve a aproximarse para hablarme de su estúpido cuelgue, la silencio con una mirada asesina.

Cuando tropiezo en el pasillo con esa chica gótica guapísima que pasará la mayoría de los días en el aparcamiento durante el resto del curso, no me disculpo.

Y cuando abro las puertas de la biblioteca de par en par, paso como una furia a través del detector de metales y me dirijo a mi asiento para la hora de estudio, estoy preparada para enfrentarme a Luke por no llamar o, simplemente, para ignorarlo por completo.

Pero entonces llega. Y habla.

—¿Quieres venir a mi casa a comer hoy? —pregunta todo hoyuelos y ojos azules.

—Sí —digo—. Sí quiero.

—¿Qué es eso?

Jamie se pasa un rato de fisgona. Solo he abierto mi bolsa para poner en ella el libro de texto de español antes de clase, y ha sido capaz de hacer inventario en menos de dos segundos.

—Nada —digo, y echo un vistazo al sobre grande, cierro la cremallera de la bolsa y me la pongo sobre el hombro.

Jamie me mira fijamente. No se traga lo de «nada».

—Vale —digo mientras la aparto de mi taquilla y tiro de ella en dirección a Español—. Te lo diré, pero no tiene mayor importancia.

—Parece interesante —dice, y me coge del brazo. Jamie y yo siempre andaremos así: cogidas del brazo. Es un hábito que tenemos y me gusta, especialmente esta mañana, que siento que necesito su fuerza para pasar lo que se avecina.

Entonces recuerdo de nuevo la nota de esta mañana y sé que ella también necesita hoy mi fuerza.

Jamie me mira con expectación.

—Son fotos viejas y cosas —digo en voz baja, como si fuera un secreto.

—¿De quién? —pregunta Jamie.

—De mi padre —digo con una mueca.

—Tú y el rollo de tu padre últimamente... —la voz de Jamie se apaga y mira al frente para conducirnos a través del pasillo bullicioso.

—Las he encontrado escondidas en una caja en el armario de mi madre junto con algunas corbatas y cosas viejas de mi padre.

—¿Has estado fisgoneando en el armario de tu madre? —pregunta Jamie, que obvia por completo la parte importante.

—Sí —digo sin dar explicaciones—. De cualquier modo, esto no es lo peor.

—¿Qué es lo peor? —Los bonitos ojos de Jamie me miran de nuevo.

—Él me envió felicitaciones por mi cumpleaños cuando era pequeña —digo, y me siento mareada—. Exactamente tres. Exactamente tres felicitaciones de cumpleaños que, según parece, mi madre me escondió.

—¿Qué decían? —Jamie pregunta intrigada.

—Pues lo normal —miento. En realidad, las tarjetas son depresivas.

Son breves y se deshace en disculpas.

Pero están ahí.

Jamie y yo andamos en silencio el resto del trayecto hasta español, yo pensando en mi padre, y Jamie cogiéndome fuerte del brazo porque creo que sabe que necesita hacerlo en este momento.

¿Es ese? —susurra Jamie, que se inclina hacia delante en mi dirección. Nuestros pupitres están puestos uno junto al otro, de cara. Se supone que traducimos un artículo del periódico del español al inglés.

En lugar de eso, Jamie flirtea con Anthony, y yo miro fotos descoloridas que he escondido hábilmente entre las páginas diccionario de español.

—Supongo —le contesto también con un susurro.

No tengo claro por qué susurramos; se supone que hemos de hablar durante el laboratorio de idiomas. La señorita García nos mira con curiosidad, así que Jamie traduce el titular de la noticia.

UN TERREMOTO SACUDE LA CIUDAD DE MÉXICO.

—El terremoto... —lee en voz alta en español mientras escribe la frase, acentuando las erres con la lengua para hacerme reír. Sé que intenta aligerar mi estado de ánimo.

Oigo detrás de mí a Amber Valentine, que tiene dificultades para pronunciar para pronunciar hambre. Se da por vencida y decide divertir a su compañero diciendo tengo hamburger, y sospecho que la razón por la que él se ríe tanto de su estúpida broma es que Amber Valentine tiene el aspecto de alguien llamada Amber Valentine.

—Déjame ver otra —me ordena Jaime cuando termina de escribir. Le paso el diccionario con las fotos dentro.

Mientras las observa, miro las fotos del revés y en orden inverso y me digo a mí misma que mi padre tiene exactamente el aspecto que me imaginaba.

Tiene los ojos amables, y una sonrisa grande y muy abierta. Está claro, el color del pelo lo he sacado de él, pero él tiene la piel blanca como la leche y con pecas, mientras que la mía es más de porcelana color crema, como la de mi madre. Si me pongo un bloqueador solar de 90 FPS, puedo llegar a coger un poco de moreno; veo por las fotos que mi padre o está blanco o quemado.

Casi puedo oír una risa fácil y estridente que emana de las imágenes gastadas. Su uniforme preferido parece consistir en unos vaqueros descoloridos y una camisa por fuera, y vestido así se le ve grandullón y fuerte, listo para luchar contra monstruos reales o imaginarios.

Jamie se para en una foto de mi padre que me enseña a nadar a mí en edad preescolar. En la foto, él mira a una versión mía más joven y más desaliñada, con una mezcla de admiración, curiosidad y amor evidente. Siento como si fuera a ponerme a

llorar.

Jamie echa una mirada en mi dirección y entonces gira la página.

—¿Es esta tu abuela? —pregunta en voz baja.

—¿Dónde? —digo, y ahora soy yo quien se inclina hacia ella. Gira el libro hacia mí y señala el fondo de una foto de mi padre que me coge en brazos de bebé.

Allí, de pie detrás de nosotros, hay alguien de quien ni siquiera me había percatado.

Alguien que no conozco, pero que reconozco.

Alguien a quien no he conocido todavía, pero que conoceré.

Se me acelera el pulso al coger el diccionario y pasarlo de un tirón a mi lado del escritorio. Me inclino cada vez más cerca y deseo tener una de esas pequeñas lupas que usan los comerciantes de diamantes.

Allí, en medio de español, con Jamie mirándome como si se avergonzara de conocerme, algo hace clic.

La mujer en el fondo de la foto es claramente mi abuela. Me mira a mí de bebé con un amor y una devoción tales que casi duele.

Más que su expresión, es su apariencia física lo que la delata. Su pelo es igual al mío y al de mi padre, y mucho del resto de ella ha sido fotocopiado en él y salpicado sobre mí.

—Veinte minutos —dice la señorita García a la clase, interrumpiendo mi análisis.

Jamie murmura alguna cosa soez en voz baja y coge nuestro trabajo. Empieza a traducir con furia.

—¿Te ayudo? —ofrezco.

—No, sigue obsesionándote —dice sin levantar la vista.

—Gracias.

—No pasa nada.

Veinte minutos más tarde, Jamie ha entregado el trabajo del laboratorio de idiomas, que nos devolverán la semana que viene con notable alto escrito en color rojo brillante en la parte de arriba, y recogemos nuestras cosas. Deslizo con cuidado el diccionario dentro de mi bolsa, tratando de no dejar ninguna foto suelta.

—¿Qué hacemos para comer? —pregunta Jaime mientras se cuelga la bolsa sobre el hombro. Justo entonces, me acuerdo de qué hago yo. Me pongo erguida y miro a mi amiga.

—Luke me ha pedido que comamos juntos —digo.

—Oh —dice con tono de decepción. Creo que le veo un destello de algo en los ojos. ¿Enfado? ¿Celos?—. No pasa nada, iré con Anthony —añade.

—Perdona, J.

Luego me doy cuenta de que Anthony se marcha deprisa y me pregunto cómo pasará Jamie realmente la hora del almuerzo.

Mientras camino para encontrarme con Luke, mi cabeza sigue pensando en las fotos.

En realidad, en una foto. Concretamente, en una persona: mi abuela.

No puedo creer que no la haya reconocido esta mañana. Ahora pienso en lo que ese reconocimiento significa.

Por un lado, tengo un modelo a seguir, más mayor y más sabio, que (presuntamente) me quiere y podría querer hacerme galletas y trenzas en el pelo. Bueno, vale solo las galletas.

Pero, por otro lado, mi único recuerdo de ella es el más oscuro que tengo: mi abuela es la mujer mayor que lleva el bonito broche con forma de escarabajo en el funeral.

Mi cerebro se estruja y gira mientras doblo la esquina que va a las zonas comunes. Veo a Luke apoyado contra la pared del fondo, la bolsa en el suelo junto a él. Mira hacia abajo; parece como si estuviera absorto en sus pensamientos. Tan pronto como me pregunto qué debe de estar pensando, sus ojos se encuentran con los míos. Sonríe, empuja el cuerpo contra la pared de ladrillos para incorporarse y recoge la bolsa.

Por algún motivo mi cerebro escoge ese preciso momento para entenderlo. Me paro a medio camino del pasillo común. Un chico casi choca conmigo. Luke parece confuso.

El funeral.

La abuela.

Mi madre.

Solo hay una explicación lógica. No quiero pensar en ello, pero de todas maneras el pensamiento se abre camino hasta ponerse en primer plano.

Es el funeral de mi padre.

Mi padre se va a morir.

Aquí está.

Reflexión.

Estoy casi totalmente absorta cuando Luke y yo acabamos por fin de cruzar las filas de coches de los alumnos y llegamos a su...

¿Monovolumen?

Se ríe ante la cara de desconcertada que pongo al ver un coche que suelen llevar mujeres con hijos. Por lo visto, era de su madre antes de que lo sustituyera por un oh-qué-económico todoterreno.

Cuando pone el motor en marcha, Luke me pregunta si aún me parece bien ir a su casa a almorzar en lugar de salir a comer una pizza o algo así. Parece ser que su madre se ha llevado hoy a sus hermanas pequeñas a comprar ropa nueva en la ciudad.

Me entero de que Luke tiene hermanas pequeñas.

—¿Qué edad tienen? —pregunto mientras miro a mi alrededor en la furgoneta.

—Casi tres —dice Luke.

Cuando intento concentrarme para hacer las cuentas, me sale una mueca.

—¿Te estás preguntando si uno de mis padres se ha vuelto a casar? —dice Luke con una carcajada.

—Más o menos —confieso—. Hay una diferencia de edad bastante considerable.

—Sí, la hay —dice Luke—. Mis padres me tuvieron jóvenes.

—¿Y decidieron tener más hijos después?

—Sí —dice Luke—. Se divorciaron y se volvieron a casar el uno con el otro. Entonces tuvieron a las gemelas.

Debo de tener todavía cara de extrañada, porque Luke continúa hablando.

—Sé que es raro. ¿Quieres oír todo el culebrón?

—Sí —digo con entusiasmo.

—De acuerdo —dice Luke, sonriendo—. Así pues vivimos en Chicago cuando nací. Mis padres eran novios desde el instituto. Se casaron jóvenes, justo después de graduarse. ¿Te imaginas? —pregunta, pero no me deja contestar.

»En resumidas cuentas, me tuvieron a los veinticinco o algo así. Eran superpobres, así que vivíamos en el sótano de la casa de mis abuelos. Mi padre iba a la universidad, donde estudiaba Derecho, y mi madre me cuidaba y trabajaba de noche para ayudar a pagar los estudios. Supongo que eran bastante felices a pesar del asunto de no tener dinero.

»Después de la universidad, a mi padre lo contrataron en un importante bufete de abogados de Nueva York. Nos mudamos allí cuando yo tenía unos cinco años o así.

—¿Viviste en Nueva York? ¡Qué pasada! —digo, y recuerdo la ciudad por las visitas que haré cuando sea adulta. Estoy impaciente por ir.

—Sí, lo fue. Bueno, era pequeño, pero me acuerdo de muchas cosas. Mi madre solía llevarme por toda la ciudad. Fue muy divertido. ¿Sabes esos recuerdos de la

infancia que se te quedan grabados?

—Sí —miento, e intento plasmar una expresión de nostalgia en la cara.

Luke hace una pausa y me sonrío. Parece como si quisiera preguntar algo, pero no lo hace. En lugar de eso, continúa con su historia.

—De cualquier manera, la diversión no duró mucho. Mi padre logró que lo hicieran socio en el bufete, y los dos empezaron a pelearse porque pasaba mucho tiempo en el trabajo. Pero mucho. Recuerdo que apenas lo vi por casa durante unos años.

«Al menos recuerdas algo», pienso.

Luke sale de la autopista y gira a la derecha, hacia el complejo de casas más nuevo que está justo al otro lado que el mío. Me alegra descubrir que vivimos tan cerca el uno del otro.

Luke continúa.

—Así que cuando tenía unos diez años se divorciaron. Durante dos años, no vi a mi padre para nada. Me enviaba felicitaciones por mi cumpleaños y esas cosas...

Mal rollo.

—... y sé que pagó la manutención. Nos mudamos a Boston. Mi madre cogió un trabajo en una tienda de muebles. Trabajaba un montón, así que pasé los veranos con mis tíos.

Luke hace una pausa de nuevo, como si esperara que yo dijera algo. No estoy segura de cómo responder, así que miro hacia atrás hasta que se ve forzado a poner otra vez la vista a la carretera.

Continúa.

—Entonces, un día mi padre apareció con flores y le rogó a mi madre que le diera otra oportunidad. Con el tiempo, ella accedió, y él buscó trabajo en Boston en un bufete más pequeño y venía a casa a las cinco y media cada día. Era como si lo de Nueva York no hubiera pasado nunca.

»Fue todo un poco extraño, pero mis padres son así. Entonces un día me sorprenden con la noticia de que van a tener gemelas.

—Uf —digo cuando termina.

—Lo sé, perdona. Ha sido realmente largo y aburrido —dice Luke.

—No, en absoluto. Parece una película.

Luke se ríe y dice:

—Oh, estoy seguro que todos tenemos nuestros dramas de película. —De alguna manera me hace sentir como si pudiera ver dentro de mi alma.

—¿Y tus padres? —pregunta con naturalidad.

—Mi madre vende propiedades —digo con los ojos fijos en las casas ante las que pasamos.

—¿Y tu padre? ¿Qué hace?

—No lo sé —digo en voz baja.

Luke me mira.

—Siento haber sacado el tema —dice.

—No pasa nada —miento. En realidad, es un gran problema, concretamente hoy, pero no es algo que necesite compartir con un posible novio que parece que no tiene ningún papel en mi futuro. Me siento aliviada cuando llegamos a la casa, muy nueva y muy grande, de Luke.

Entramos, y después de enseñarme rápidamente la planta principal, Luke prepara sándwiches de pavo en la cocina mientras miro con atención la repisa de la chimenea en la biblioteca, llena a rebosar de fotos enmarcadas de él y sus hermanas pequeñas. Siento una pequeña punzada de celos al ver a los hermanos felices.

Me llama la atención una foto en particular, en la que Luke parece tener once o doce años. Como un imán, me atrae cada vez que desvío la mirada, unas cuantas veces. En ella está pasando claramente por una fase de estilo chico malo, por cómo va vestido. Pero no puedo evitar mirarla.

Al final, me concentro en las fotos de sus hermanas pequeñas.

—Son adorables —digo sobre las niñas cuando Luke trae el almuerzo.

—Sí que lo son. Deberías verlas en persona. Dicen las cosas más divertidas que te puedas imaginar. —Luke tiene una sonrisa radiante, y pensar en él haciendo de hermano mayor de estas dos preciosas damiselas me hace sentir bien—. De todos modos, ya las conocerás algún día —añade—. Aquí tienes —dice, y me ofrece un plato.

—No sabía que estabas en el equipo de remo —digo antes de darle un mordisco al mejor sándwich de pavo del mundo.

Frunce el ceño, y pienso que quizá ya me lo había contado. En lugar de eso, contesta:

—Tengo que mantenerte alejada de las fotos.

—Pues mola —murmuro entre dos mordiscos de pan y pavo, y admiro una foto de Luke y sus compañeros de equipo. Parece de alguna manera fuera de lugar entre los pijos intelectuales destinados a ir a las universidades de élite, pero a la vez curiosamente cómodo entre ellos.

—Ja, ja —contesta con sarcasmo, y a continuación sonríe—. No me interesan del todo los deportes de equipo, pero el remo fue muy divertido. No tienes ni idea de lo que es el frío hasta que te tiran al río Charles a las seis de la mañana.

Nos reímos y terminamos el almuerzo antes de que Luke me haga una visita guiada por el resto de la casa. Es espléndida, y en cada nueva estancia busco rastros de él.

Luke hace sus deberes aquí. Luke mira la tele allí. Luke juega con los videojuegos aquí. Luke cena allí.

Arriba hay cuatro habitaciones bordeadas por un balcón en forma de U que tiene vistas sobre la entrada. En una esquina está el dormitorio principal, el más cercano al dormitorio de las gemelas. El siguiente es el dormitorio de invitados.

Y finalmente nos acercamos a la habitación de Luke.

Se me acelera un poco el corazón mientras asimilo la madera oscura y las paredes azul oscuro, que contrastan mucho con la claridad del resto de la casa. Puedo distinguir una guitarra muy usada apoyada contra una silla baja en la esquina. Una enorme pintura al óleo de la oreja de una chica se apoya contra la pared. Es extraña y bonita a la vez, y no puedo evitar preguntarme a quién pertenece la oreja. ¿Querrá Luke pintar mi oreja?

La colcha está tirada apresuradamente, en un modesto intento de hacer la cama, y me encuentro a mi misma con ganas de correr y oler los almohadones.

De algún modo, consigo evitar comportarme como una auténtica obsesa.

Tenemos el tiempo un poco justo, así que no llego mucho más lejos del marco de la puerta, y muy pronto Luke me guía con gentileza hacia el exterior del único lugar en el que me importa estar en este instante.

—Debemos irnos —dice con calma, y pone la mano sobre mi espalda—. No quiero meterte en un lío.

Accedo de mala gana, pero mientras hacemos el camino de vuelta por la gran escalinata y salimos hacia el monovolumen, siento una inequívoca atracción por su dormitorio.

Hay simplemente tanto de Luke en esa habitación... Quiero más.

Vamos en el coche de vuelta al instituto en un cómodo silencio, y entramos cogidos de la mano. Justo antes de ir cada uno por su lado en medio de la zona común, Luke se vuelve para mirarme a la cara.

—¿Quieres salir el sábado por la noche?

—Sí —digo quizá incluso antes de que haya terminado la pregunta. Le sonrío y él se ríe de mí.

Y entonces se acerca.

Aguanto la respiración y me planteo que Luke podría besarme aquí mismo, en medio de la zona común. Justo cuando trato de decidir si soy capaz de besar en público, Luke me mira intensamente a los ojos y levanta una mano en dirección a mi cara. Despacio, con suavidad, me hace una caricia con el pulgar a lo largo de la mandíbula. Estoy hipnotizada por la caricia más perfecta. Curiosamente, me parece incluso más íntima que un beso.

—Hablamos más tarde —susurra Luke antes de romper el trance e irse en dirección a su próxima clase.

—Adiós —digo mientras lo veo marchar.

Me quedo quieta, saboreando el momento. Entonces, justo antes de volverme para

ir flotando hacia historia, un conjunto que me es familiar me llama la atención. Al otro lado de la vasta área común, Jamie está de pie frente a la máquina de refrescos, mirándome.

La saludo con la mano y ella me responde con otro saludo, pero algo falta en ese simple gesto. Me planteo si debería ir hasta allí y hablar con ella. Pero antes de que mis pies se puedan mover, Jamie se da la vuelta y se va.

—Jamie?

—¡Hola! ¿Por qué contestas así?

—Supongo que estoy sorprendida de que llames —admito.

—¿Por qué? —Jamie se hace la tonta.

—Hoy parecías disgustada —digo suavemente.

—No sé de qué me hablas. —Imagino el aspecto de culpabilidad en su rostro al otro lado del teléfono. Puedo oírlo en su voz, y eso es suficiente para mí. Sigo adelante.

—¿Qué pasa?

—No demasiado —dice—. He cenado, he visto un poco la tele.

—Yo también.

—¿Le has dicho algo a tu madre sobre las cosas que encontraste?

—¿Qué? ¡No! —prácticamente grito en el teléfono—. No puedo hablar de eso con ella —añado en un tono más bajo.

—Te entiendo —dice Jamie de un modo que me irrita.

La madre de Jamie nunca será tan retorcida como la mía. Siempre apoyará a Jamie en todo.

—Pues lo he hecho —dice.

—¿Has hecho qué? —pregunto.

—Uf, tu memoria fastidiada es a veces muy irritante —dice con un suspiro profundo—. Me encontré con Ted después del instituto.

Entonces me acuerdo.

Me acuerdo de la relación que va a destrozar un matrimonio, arruinar una carrera y romper el corazón de mi mejor amiga.

Recuerdo notas sobre intentar convencerla para que lo deje, y más notas sobre intentar ignorarlo. Me acuerdo del futuro cuando todo sucede, y de repente me siento mal del estómago. Jamie es tozuda, pero yo debería haberlo intentado más.

—Oh, Jamie. ¿Estás bien?

—¿Bien? ¿Lo dices en serio? Estoy mejor que bien. Él es maravilloso.

No puedo evitar preguntarme si esto es en respuesta a que Jamie me ha visto con Luke.

—Jamie, creo que tienes que plantearte en serio lo que haces. Esto es importante. —Intento parecer una amiga preocupada y no un padre o una madre, pero me sale al revés.

—Pensaba que te sentirías feliz por mí.

—J, quiero que seas feliz. Simplemente, no creo que eso esté bien. De verdad estoy preocupada por ti.

—Pues no lo estés —dice Jamie con brusquedad.

Sé que está cabreada y, a pesar de todo, tengo que seguir intentándolo. Ignoro las notas que me han dicho que nunca le hable a Jamie de su futuro.

—No va a dejar a su mujer, y tú solo terminarás herida. Incluso intentarás...

—¡CÁLLATE, LONDON! —Jamie grita en el teléfono—. Te dije que no me contaras nada, y lo escribiste, así que sé que lo sabes. Ni siquiera te atrevas a hacer como que no lo sabes.

—Muy bien —digo enérgicamente—. No te lo diré. Pero no es necesario recordar el futuro para saber que un hombre adulto solo quiere una cosa de una chica de instituto.

—No seas cerda, London.

—No lo seré si tú dejas de comportarte como una guarra.

Nos quedamos las dos en silencio, e inmediatamente quiero tragarme las palabras que he dicho. Pero es demasiado tarde. Mi recuerdo es correcto: Jamie y yo no volveremos a hablarnos durante un tiempo después de esto. A pesar de todo, intento arreglar la situación.

—J, solo me preocupo por ti.

—Pues ya no tienes que preocuparte más. Hemos terminado.

Clic.

27/10

Ropa:

Chaqueta azul marino con camiseta de tirantes amarilla debajo.

Levi's descoloridos.

Instituto:

Examen de mates (leer capítulos 5 y 6 antes de ir al instituto).

Me he bajado un par de muestras muy chulas para el logotipo del trabajo de diseño gráfico (en la mochila).

Terminar el ensayo de inglés e imprimirlo antes del viernes.

Drama:

Mirar fichero «Recuerdo oscuro» en el ordenador. Creo que podría ser el funeral de mi padre. ¡No puedo lidiar con lo injusto que es eso! Hoy casi le pregunto a mamá por él, pero he decidido que era una mala idea (ver sobre de cosas que ha escondido de mí). ¿¿Por qué?? Quiero conocerlo antes de que pase algo.

¡Jamie está seriamente cabreada! Me ha ignorado en español (las notas dicen que lo ha hecho toda la semana), luego vino a casa después del instituto para devolver la ropa que había tomado prestada, como si hubiéramos roto. Casi no me ha hablado. ¡Y luego ha rasgado por la mitad el póster de Mejores Amigas para Siempre! Me siento mal, pero esto es una locura.

Lado positivo:

¡¡Luke y yo tenemos una cita el sábado por la noche!! Desgraciadamente, no hemos hablado mucho hoy en la clase de estudio. Ha estado haciendo un esbozo de una oreja gigante (¿?) la mayor parte del tiempo, y luego se ha tenido que ir para ayudar a su madre a la hora del almuerzo. ¡Creí que iba a besarme antes de irse!

Quizá el sábado.

Has cambiado alguna vez algo que se suponía que pasaría? —le regunto a mi madre cuando se detiene en el aparcamiento, tes de que empiecen las clases. Tengo la cabeza pesada y solo son las 7:24 de la mañana.

—¿Qué quieres decir?

—El futuro —digo, y por un segundo deseo que pueda leerme el pensamiento para no tener que explicárselo—. Mis recuerdos. ¿He cambiado un recuerdo alguna vez?

—Hum, déjame pensar —dice, y reflexiona sobre ello demasiado. Finalmente, encuentra algo—. Te saltaste el treceavo cumpleaños de Jamie.

—¿Por qué?

—Te acordaste de que te ibas a romper la nariz —dice entre risas. No tiene gracia, creo, pero me quedo quieta y escucho—. Era una fiesta en la piscina del centro de recreo, fuera, en la terraza. Había puertas correderas de cristal y recordaste que te abalanzaste a toda velocidad contra una de ellas. Así que te saltaste la fiesta.

—¿Y qué paso?

—Te perdiste la diversión y te rompiste la nariz más adelante ese mismo año, cuando tropezaste con un perro callejero que trajiste a casa.

Estamos paradas en el área para dejar a los estudiantes, y tengo que bajar de inmediato. Me mira y me toca la punta de una nariz que me ha parecido perfectamente bien mañana en el espejo.

—¿Así que en realidad no cambié nada? —pregunto, en parte desanimada y en parte irritada. De verdad me cuesta, no preguntarle por qué me ha estado engañando toda mi vida, tal como decían las notas de esta mañana.

—Supongo que no —dice mi madre. Cuando espiro fuerte, añade—: Eso no quiere decir que no puedas, ¿sabes? Quizá no lo conseguiste en esa situación, eso es todo. ¿Qué, pasa, London?

—Me siento mareada —digo, porque en este momento, es lo que siento.

Otro padre le da un toque al claxon con suavidad para pedirnos educadamente que nos vayamos de allí. Mi madre mira por el retrovisor, y luego me mira a mí muy seria.

—¿Sabes?, London, la cosa es que a no ser que tú me lo hubieras dicho o lo hubieras escrito, en realidad no sabrías que cambiabas tu futuro, incluso aunque lo hicieras. ¿Tiene sentido lo que te digo?

Me tomo un momento para meditar sobre lo que ha dicho. Digamos que en este mismo momento me atropellará un autobús. No se lo digo a mi madre ni lo anoto esta noche, así que mañana esa información estará completamente perdida.

Pero mañana tomo una ruta distinta para ir al instituto y, sin saberlo, evito el incidente del autobús que se me lleva por delante. Entonces he cambiado mi futuro sin saberlo.

Por primera vez en toda la mañana sonrío sinceramente.

—Tiene perfecto sentido —digo mientras me desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta.

Le digo adiós con la mano, corro hacia dentro y me dirijo a mi primera clase.

Aún no he puesto un pie en los vestuarios, y me aborda Page Thomas.

—¿Se lo has preguntado ya? —me pregunta, ahí de pie, incómoda dentro de su holgada ropa de deporte.

En la taquilla de Page puedo distinguir un disfraz en lugar de la ropa de calle. Voy vestida con un jersey negro de cuello redondo, falda vaquera negra y medias a rayas naranjas y negras que he encontrado en la cómoda. No es un disfraz, pero es igual de llamativo.

Page me mira fijamente, con los brazos cruzados, como si fuera mi deber sellar su destino romántico. Durante una milésima de segundo, me planteo decirle la verdad. Pero entonces pienso en Brad Thomas y lo que le hará a ella. Pienso en su rechazo público. Pienso en la tristeza que sentirá cuando ocurra.

Y entonces pienso en mí misma.

En el fondo, no puedo negar que quiero intentar cambiar alguna cosa pequeña para saber si podré ser capaz de cambiar algo grande.

Con todo esto en la cabeza, en lugar de decirle a Page Thomas la verdad —que en realidad nunca hablé con Brad—, me vuelvo para mirar a la chica vestida con ropa de deporte holgada y le escupo una mentira a la cara.

—Page —digo, simulando compasión—, lo siento muchísimo, pero parece ser que Brad Thomas es gay.

Adiós —le grito a mi madre antes de cerrar la puerta delantera y encontrarme con Luke en el porche. Aquí está: nuestra primera cita.

He escrutado las notas durante todo el día, riendo y quedándome boquiabierta, justo hasta el momento de empezar a arreglarme.

Esto me ha llevado una hora, y entonces he pasado la siguiente hora disimulándolo un poco para que pareciera que no me había esforzado tanto.

Llega tarde, pero no me importa. Está aquí.

Luke me lleva hasta el monovolumen marrón que está aparcado delante del garaje (me alegra que mis notas me advirtieran de esto, porque de otra manera estaría preocupada). Me sujeta la puerta de una manera más natural que forzada. Parece un caballero, probablemente el producto de unos padres bien educados.

Nos instalamos en los asientos y nos abrochamos los cinturones.

—Perdona que haya llegado tarde —dice.

—No pasa nada —digo.

—Me he quedado enganchado en una pintura —explica tras poner en marcha el motor y ajustar la calefacción—. He perdido la noción del tiempo.

Me empieza a invadir una sensación de fastidio. ¿Estaba pintando? Respiro profundamente y me la quito de encima. Ahora está aquí.

—¿Cómo estás? —pregunta de una forma tan íntima que quiero agarrarlo. Ya he superado el hecho que haya llegado tarde.

—Estoy bien —digo con una sonrisa—. ¿Y tú qué tal?

—Ahora mejor —dice, y da marcha atrás hábilmente para salir hacia la calle tranquila.

—¿Huelo a pizza? —pregunto, y la boca se me hace agua de repente. Luke mira hacia mí y luego de nuevo hacia adelante.

—Perdona —dice—. Acabo de ir a por una para mi familia antes de salir.

—Oh —digo, y me encojo de hombros para mí misma mientras Luke cambia la marcha a «drive» y acelera la furgoneta.

La radio suena bajita mientras Luke conduce por entre las calles de mi complejo como si hubiera vivido aquí desde hace años. Muy pronto vamos a toda velocidad hacia el norte por una de las dos autopistas que entran y salen de la ciudad.

—¿Qué ha pasado con la película? —pregunto.

Luke le había dicho a mi madre que la cita consistía en cena y película, pero no me importa adónde vayamos. No me importa quedarme mirando fijamente a una pared blanca, siempre y cuando lo haga en presencia de Luke.

—No te preocupes, no le he mentado a tu madre —dice críptico.

—No estoy preocupada, y no pasaría nada si lo hubieras hecho —digo mientras

miro hacia fuera a la clara y fría noche.

Luke conduce y yo me encuentro yendo más y más y más hacia el norte de la ciudad, y por un segundo efímero me pregunto si soy esa chica de las películas de terror que anda en dirección al monstruo en lugar de correr hacia un lugar seguro. Permito despreocupadamente que este chico tan mono, del que ni siquiera me acuerdo, me lleve al quinto pino. Entonces, tan rápido como ha llegado, me deshago del pensamiento. No hay nada monstruoso en Luke Henry. No hay nada que dé miedo en el chico que conozco de mis notas. Me siento del todo segura en esta furgoneta que huele a pizza. Miro al cielo durante el trayecto, y cuanto más lejos estamos de la ciudad, más estrellas aparecen.

—¿Sabes siquiera hacia dónde vas? —le pregunto, sin importarme si nos perdemos—. ¿No te acabas de mudar?

—Esta tarde he buscado las direcciones para llegar a nuestro destino —admite.

—Pero qué organizado eres —digo, y me instalo de nuevo en el asiento, sintiéndome muy relajada.

Estoy completamente calmada cuando Luke sale de la autopista y toma una calle lateral, gira a la derecha hacia una calle residencial más pequeña, y otra vez a la derecha, hacia un camino de tierra que sube por una pequeña colina sumida en la oscuridad.

Me siento lo más segura que me sentiré en años mientras este extraño hace salir con facilidad el monovolumen de su madre del camino de gravilla y conduce despacio a través de la pradera hasta el borde de una pequeña colina.

Luke aparca directamente frente a un cartel de Prohibido el Paso que hay en la valla de alambre de púas que evita que caigamos por la pendiente. Apaga el motor del coche y las luces con él. Admiro el centelleo de la ciudad esparcida que hay ahí abajo y que se expande por más de treinta kilómetros de extensión, simplemente porque puede hacerlo.

En lugar de intentar pasar de forma grácil entre nuestros asientos, salgo de la furgoneta y entro por la puerta corredera de mi lado. Agachada, camino hacia la parte de atrás del vehículo y me siento al lado de Luke, que ha quitado la manta y la nevera portátil de la tercera fila y ha dejado un cojín en el asiento de atrás para que me apoye contra él. De algún compartimento secreto saca un mando a distancia.

—¡Uy! —dice al levantarse y deslizarse hacia la parte frontal de la furgoneta.

Alcanza el salpicadero y pone el motor en marcha, manipula la calefacción y otros controles, para luego volver a nuestro asiento. No me había percatado del reproductor de DVD desplegable hasta ahora; ilumina el asiento de atrás. Un aviso de derechos de autor nos hace de lamparita de noche mientras Luke extrae una pizza milagrosamente caliente de la bolsa térmica (parece ser que la ha tomado prestada), saca platos de papel y servilletas de la bolsa de plástico y coge unos refrescos de la

nevera portátil.

Reconozco la película por las cinco primeras notas de la banda sonora. Mientras el clásico inicio de La guerra de las galaxias va subiendo por la pequeña pantalla, me acerco a Luke Henry en nuestro sofá improvisado en el medio de la nada. Soy lo más feliz que seré en años.

—Me encanta esta película —susurro.

—Sí —sonríe, mirando aún a la pantalla.

—¿Sí que? —pregunto.

—Pensé que te gustaría.

Luke me mira como si pudiera ver dentro de mi alma, y de repente me siento desnuda. Para romper la tensión, alcanzo la pizza que está a mis pies y empiezo a comer. Luke sigue el ejemplo, y entre los dos hacemos que desaparezca toda entera en un momento.

Llenos y satisfechos, vemos la película en silencio. A la mitad, estiro la manta sobre mis piernas. Alguien le manda un SMS a Luke, pero no responde; pone el teléfono en modo silencioso y lo tira al asiento delantero. Me pone el brazo alrededor de los hombros, y nos acurrucamos juntos como si nos conociéramos de toda la vida.

Después de la película, Luke se abre paso hacia la parte delantera de la furgoneta y me explica que debe apagar el motor un rato para ahorrar gasolina.

—No quiero que nos quedemos tirados aquí fuera —explica.

—No me importaría —contesto.

—A mí, tampoco —dice seriamente—. Pero creo que a tu madre sí.

En lugar de volver donde estoy yo, Luke abre el techo solar y me pide que le pase los cojines. Los pone en fila contra la parte de atrás de los asientos del conductor y del copiloto y se estira apoyando la cabeza en uno.

—Ven —dice más como una pregunta que como una orden.

La furgoneta se ha enfriado rápidamente, así que arrastro la manta conmigo al deslizarme a la sección delantera y me tumbo en paralelo a Luke. Nos tapamos con la manta y la remetemos alrededor de nuestros cuerpos para atrapar el calor. Luke y yo miramos a través de la gran ventana hacia el cielo de invierno, abarrotado de estrellas. Me empiezan a rechinar los dientes y a temblarme el cuerpo, pero no es por el frío. Luke se acerca a mí y me coge la mano debajo de la manta.

—Qué bonito —dice suavemente, después de unos momentos de silencio.

—Sí, lo es —digo en voz baja.

—Como si nos conociéramos desde hace tiempo, ¿verdad? —dice.

—Ajá —murmuro, y me deslizo más cerca del hombro cálido de Luke.

—¿Quieres que te explique mi teoría? —pregunta Luke, rodando hacia un lado con cuidado para ponerse de cara a mí. Se le ven los ojos misteriosos, como si tuviera un gran secreto que contar.

—Sí, por favor —digo, aún con la espalda en el suelo, pero ahora de cara a él en lugar de a las estrellas.

—Reencarnación.

—¿Reencarnación?

—Sí, sabes lo que es eso, ¿verdad? —pregunta.

—Pues claro que lo sé. No soy tonta. Sencillamente me pregunto qué tiene que ver con nosotros.

—Bien, mi teoría es que estuvimos casados en alguna vida pasada. Quizá yo era un gran rey y tú eras mi reina y nos mató una multitud enfurecida.

—¿Qué hicimos para que la multitud estuviera tan enfurecida y quisiera matarnos? —bromeo.

Luke se ríe y continúa.

—De acuerdo, olvídalo. Quizá éramos solo gente corriente que vivió en algún momento en algún lugar. Simplemente, en otro lugar.

—En *otrépoca*.

—Eso no es ni siquiera una palabra —dice, desviándose del tema.

—Lo sé. Me la acabo de inventar. Continúa.

—Muy bien, estábamos casados en otra época. Sea como fuere, nos morimos de cualquier cosa de la que uno se suele morir, digamos que de causas naturales. Pero estábamos enamorados, así que nuestras almas aún se buscan en cualquier forma que tomen nuestros cuerpos.

—¿Eres hindú o algo así? —pregunto, y trato de ignorar el hecho de que tengo el estómago hecho un nudo después de oír esta teoría tan bonita.

—No, éramos católicos. Pero tuve una clase de religión en mi último instituto que nos expuso a diferentes ideas. Creo que el concepto de la reencarnación es una de las buenas.

—Si eres católico, ¿no deberías creer en el cielo y el infierno y todo eso?

—He dicho que antes era católico —contesta.

—Sin cielo entonces, ¿eh? —insisto.

—¿Quién lo sabe hasta que lo experimentemos? Creo que el cielo y la reencarnación son dos maneras de hacernos sentir mejor sobre lo que pasa a las almas de la gente después de la muerte. Espero que al menos una de ellas sea verdad. No me gusta pensar en que seré solo comida para los gusanos.

—Sí, realmente no me gusta pensar en la muerte para nada —contesto honestamente.

Estamos los dos callados durante unos minutos, y entonces Luke rompe el silencio.

—Creo que la conversación sobre la muerte se supone que se deja hasta al menos la tercera cita. —Soltamos una risita con poco entusiasmo, y Luke rueda de nuevo

sobre su espalda.

Para aligerar el ambiente, pregunto:

—¿Cómo nos llamábamos?

—¿Nuestros nombres? —dice Luke, que parece confundido.

—Sí, nuestros nombres. En otrépoca. Cuando estábamos locamente enamorados y casados y todo eso.

—Parece muy cursi cuando lo dices así. —Luke desvía la mirada unos segundos, y yo creo que se ha sonrojado, pero no puedo estar segura.

—No —digo rápido—. Me gusta. No te sientas avergonzado.

Me mira de nuevo a los ojos y nos quedamos así por unos momentos. Y entonces, antes de que me pueda preocupar por lo que hace, Luke se inclina sobre mí y me besa. Muy ligeramente al principio, luego con más determinación; el beso es suave y eléctrico a la vez. Es tan perfecto que, antes de que termine, se me parte el corazón porque no lo recordaré.

Cuando nos separamos, los ojos de Luke se quedan fijos en los míos. El momento es más intenso incluso de lo que él se piensa; desvío la mirada.

—¿Estás bien? —pregunta—. ¿Tan mal ha estado?

Rápidamente, me reencuentro con su mirada.

—¡No! —digo un poco demasiado fuerte—. Para nada. Ha sido increíble. —Me alegro de estar en la oscuridad: noto cómo me sonrojo.

—Bien —dice Luke—. Porque ya hacía tiempo que quería hacerlo.

—Bien, me alegro de que lo hayas hecho —respondo con una sonrisa.

Quizá sea el hecho de admitir la situación, pero de repente me siento como una tonta. Puede que Luke también; se acomoda sobre su espalda otra vez, con cuidado para dejar espacio para que yo me acurruque cerca.

Se produce un silencio incómodo otra vez.

Hasta que lanzo una piedra en él.

—Así que en *otrépoca*... creo que me llamaba Heloise. O Elizabeth. No, ya lo tengo. Era Caroline. Luke espera un instante, y entonces se une al juego.

—Es un buen nombre —responde con seriedad—. Y yo me llamaba Benjamin.

—O William —interrumpo.

—Ah, sí, este también es bueno. Yo me llamaba William. Era albañil.

—Pues claro. Y yo era una ama de casa que criaba a nuestros tres hijos: Eliza, Mathilda y...

—Rex, por nuestro dinosaurio mascota.

—¿¿Rex?? —doy un chillido. Todo el nerviosismo de felicidad me sale de golpe; me ponga a reír y no puedo parar. Estoy loca de la alegría. Luke se ríe conmigo durante un minuto y luego se calma y me mira asombrado mientras me quedo hecha un ovillo y casi empiezo a hiperventilar.

Para cuando me he recompuesto, me caen lágrimas por las mejillas y me duelen los músculos del estómago.

—Te parece divertido, ¿eh?

Se me escapan unas risas residuales mientras me despliego y aliso la manta de nuevo sobre las piernas.

—Bastante divertido —reconozco—. O quizá es que tengo la risa fácil.

—Una cita barata —bromea. Me inclino sobre él y juguetonamente le doy un puñetazo con la mano izquierda. Él la coge y se la queda en custodia.

—Eres sorprendente —digo, mirando al cielo.

—¿Por qué? —pregunta.

—La mayoría de los tíos no se inventan historias como esta —digo en voz baja, pensando en los chicos y hombres que me encontraré a lo largo de mi vida—. Especialmente no los que tienen tu aspecto.

—Bueno, la mayoría de las chicas que tienen un aspecto como el tuyo son reinas del baile de graduación —dice Luke, en el mismo tono que el mío—. Pero tú parece que evitas ser el centro de atención. Tienes una buena amiga y vas a tu rollo. Eso me gusta de ti. —Me da un beso en los nudillos y una chispa me recorre el cuerpo.

—¿Dónde vivíamos? —pregunto suavemente mientras aparto la mano con delicadeza para poder tumbarme con la espalda en el suelo y estar cómoda. Me deslizo incluso más cerca de él, si es que eso es posible—. Veamos... yo diría que vivíamos en... Irlanda —contesto a mi propia pregunta.

—Ah, sí —coincide Luke, claramente de acuerdo con volver a la fantasía—. Y cultivábamos patatas.

—Estábamos ocupados —murmuro, y me siento extenuada. Las emociones, las risas, el entusiasmo, todo esto me pesa como si fuera un lastre.

—Sí, lo estábamos. Muy, muy ocupados.

—Era pelirroja —continúo, me siento tan cómoda como si estuviera en mi propia cama. Obviamente, Luke no estaría ahí conmigo, por tanto, estoy contenta de estar aquí.

—Ahora eres pelirroja —dice.

—Lo sé. Creo que siempre seré pelirroja.

—Eso espero. Es uno de tus mejores atributos. —Las palabras de Luke son confusas y estoy hechizada por el tono constante de su voz y la vasta oscuridad del universo que tenemos encima.

—Gracias —hablo en un tono casi inaudible.

Ahora la respiración de Luke es constante, y la mía cae en el mismo ritmo. Estoy agradecida por este día, este chico junto a mí y esta manta que nos mantiene calientes.

Una pregunta distante se forma en la profundidad de mi mente.

¿Qué hora es?

La pregunta es efímera, fugaz, abandonada a favor de un pensamiento más prevalente y maravilloso: creo que me estoy enamorando.

No, sé que está pasándome.

Me estoy enamorando de Luke.

El peso de todo esto hace que cierre los ojos, solo un momento.

Unos cuantos momentos.

Un rato.

Y ahora estoy en Irlanda.

Por lo menos estoy en la Irlanda que he visto en las películas. De pie en un campo verde gigantesco con un muro bajo de piedra que delimita unos perímetros demasiado lejanos para alcanzarlos; sé que esta es nuestra tierra, de Luke y mía.

La diminuta casita de piedra que está detrás de nosotros, con el humo que sale de la chimenea, es nuestra también. A mi lado, Luke lleva un jersey grueso de lana color marfil y una bufanda a cuadros escoceses, y fuma una pipa.

¿Desde cuándo Luke fuma en pipa?

Más importante aún: ¿qué hacemos en Irlanda?

Lo más importante de todo: ¿por qué ese tiranosaurio rex hambriento carga hacia nosotros, enseñando los dientes?

Oh, no.

¡Oh, NO!

¡¡¡¡¡No, no, no, no, no!!!!

Esto no me puede estar pasando.

De algún modo, desde el fondo de mi consciencia me doy cuenta de que estoy dormida. Sé que esto de llevar jersey, fumar y ser irlandés no es del Luke de verdad, el que ya no puedo recordar. El pensamiento de él es casi inalcanzable, pero en todo caso se ha esfumado. Como algo que ibas a decir pero se te olvida y no puedes recuperarlo.

Metó la mano en los bolsillos del delantal que llevo en el sueño y busco frenéticamente la nota que no me he dejado a mí misma. No está en el sueño; no estará ahí cuando me despierte.

No hay nota.

No habrá recuerdo.

El Luke de verdad se ha esfumado.

DÓNDE ESTOY? —grito aterrorizada.

Me siento y me subo la manta hasta el pecho. ¿De quién es esta manta?

Exploro el entorno.

Estoy en una furgoneta.

Estoy en una furgoneta con un tío desconocido.

Estiro el cuello para mirar por la ventana y me doy cuenta de que estoy en medio de la nada. ¡En una furgoneta! ¡Los violadores llevan furgonetas! Me pregunto si me han violado y me concentro en mis partes privadas en busca de cualquier indicación de fechoría. Las partes parece que siguen siendo privadas, pero no puedo estar segura.

Me invade la histeria a través de las venas y grito de nuevo, esta vez más alto:

—¿DÓNDE ESTOY?

El desconocido se despierta de un salto.

—¿Eh? —dice, y me mira como si estuviera loca.

Parpadea un par de veces, y entonces sacude la cabeza como si se estuviera despertando de una pesadilla.

—¿Qué ...? —Se incorpora y mira por la ventana—. ¡No! —grita—. ¡Oh, no! No puede seeeeeer. ¡Hay luz afuera!

Obviamente, pienso, pero no lo vocalizo. No quiero echar más leña al fuego.

—¿Qué hora es? —pregunta en voz baja.

Intenta desenredarse con furia de su mitad de la manta que yo estoy sujetando, así que la suelto. Lo consigue y le da a un botón para abrir la puerta corredera de su lado. Salta fuera de la furgoneta, cierra la puerta corredera y se lanza al asiento del conductor. En un momento, la furgoneta ruge y vuelve a la vida.

—Tenemos que irnos —dice; y ajusta el retrovisor—. ¿Te quedas ahí detrás? —pregunta.

Pienso que, si fuera necesario, sería más fácil saltar desde el asiento del copiloto, así que me traslado hacia la parte frontal del coche.

Mantengo la mano firmemente agarrada al tirador de la puerta mientras el chico misterioso da marcha atrás, se aleja de una valla de alambre de púas y se dirige hacia un camino de arena.

—¿London, estás bien? —pregunta una vez que hemos entrado en una carretera residencial pavimentada.

Por lo menos sabe mi nombre. Y parece tener mi edad. Es posible que consiguiera meterme en esta situación voluntariamente y luego me olvidara de escribir una nota.

—¿London? —pregunta, y me mira con unos ojos que no sabía que alguien pudiera tener, a no ser que fuera una estrella del cine.

Su voz parece casi asustada. Esto me tranquiliza un poco, lo que es bueno, porque creo que estoy al borde de un fenomenal ataque de pánico.

—Estoy bien —contesto antes de desviar la mirada de él hacia fuera de la ventana.

—Lo siento muchísimo —dice. Como no respondo, añade—: Tu madre debe de ser bastante estricta, ¿eh? Espero que no vayas a tener muchos problemas.

Nos quedamos en silencio durante el trayecto, y entonces salimos de la autopista hacia el complejo donde vivo. Se me empiezan a relajar los hombros al darme cuenta de que este extraño al menos me lleva a casa.

El terror ha desaparecido. Debo de conocer a esta persona; solo necesito llegar a casa y preguntarle a mi madre quién es o mirar en mis cuadernos con espiral para averiguarlo.

Y entonces se establece una nueva situación de terror cuando pienso que dormir en medio de la nada en furgonetas con chicos desconocidos no es algo que mi madre vaya a perdonarme. Tampoco lo es llegar a casa a... Y a todo esto, ¿qué hora es?... las 7:14 de la mañana.

Tan pronto como el chico da la vuelta a la esquina de la calle de mi casa, casi puedo verla cargada de furia materna.

Estamos justo llegando a la entrada del garaje cuando la puerta principal se abre de par en par y mi madre sale corriendo a buscarme. El coche aún no está parado y ella ya empieza a tirar de la manilla de la puerta.

—Dios mío —susurra el chico mientras forcejea para poner el cambio de marchas en posición de aparcar para que los seguros automáticos se abran.

—Lo siento mucho, London —dice de nuevo, y esta vez me siento mal por él.

—¡Adentro de casa, los dos! —nos ladra mi madre a mí y al desconocido.

Él apaga el motor del coche y se desabrocha el cinturón de seguridad, dubitativo. Imito sus movimientos y los sigo a él y a mi madre hacia la casa. Mi madre entra por la puerta principal a la sala de estar hecha una furia y se para en seco en el centro de la estancia.

—¡Sentaos! —nos ordena cuando ve que esperamos en la entrada.

Tomo asiento en el extremo más alejado del sofá de piel de color chocolate, y el chico se sienta en el medio. Deja un espacio considerable entre nosotros, pero no se acobarda y se sienta en el extremo opuesto. Es un chico de pelo en pecho.

—Primero de todo, dejadme decir lo obvio —empieza mi madre, con una moderación comedida—: estáis los dos castigados. —Me pregunto cómo mi madre tiene la autoridad para castigar al señor Misterio, pero ella continúa—: He estado toda la noche al teléfono con tu madre y tu padre, Luke.

¿Luke? Qué nombre más bonito.

Mi madre sigue:

—Es lamentable que haya tenido que conocer a nuevos miembros de nuestra comunidad en estas circunstancias. Pero creo que encontrarás el estado actual de tu padre aún más lamentable. Ha estado fuera buscándoos a los dos toda la noche. Está muy enfadado.

-Luke gruñe a mi lado y baja la cabeza.

Continúa el rapapolvo.

—Los llamaré cuando vayas hacia tu casa para que sepan que estás bien. Pero primero, ¿querría uno de vosotros decirme, por favor, dónde demonios habéis estado toda la noche? He intentado llamaros y mandaros mensajes un millón de veces.

Saco el móvil y encuentro cinco SMS y ocho llamadas perdidas.

—Lo tenía apagado —murmuro, y miro hacia abajo.

Cuando meto de nuevo el móvil en el bolsillo, mi madre cruza los brazos delante del pecho y la habitación se queda en silencio. Miro a Luke. Levanta las cejas a la expectativa, como si pensara que yo le explicaré la situación a mi madre. ¡Como si le pudiera explicar la situación a mi madre! No tiene ni idea.

Me quedo callada.

—Debes de estar de broma —me susurra con dureza, antes de volverse para mirar a mi madre.

—Estuvimos fuera, pasado Old Fox Road, justo al norte de la ciudad\1\2. Planeé todo este asunto de la cena y la película. Mi monovolumen tiene un reproductor de DVD y comimos pizza y miramos las estrellas. No fue nada del otro mundo... hasta que supongo que nos quedamos dormidos. Lo siento mucho, señora Lane.

—¿Qué? —me dice después entre dientes cuando mira en mi dirección y me ve mirándolo a él boquiabierto.

No puedo creer que me haya perdido lo que podría haber sido la mejor cita de mi vida.

Me vuelvo hacia mi madre, con la boca aún un poco abierta, y se funde el hielo. Veo en sus ojos que se da cuenta.

Ahora entiende que no recuerdo la noche. Continuando con el teatro para Luke, pregunta:

—¿Es verdad, London? —su cara me dice que debo estar de acuerdo.

—Sí —respiro, y siento que quiero desesperadamente estar a solas con Luke y hacer que me vuelva a contar cada minuto de la noche. A juzgar por su expresión avinagrada, con una pizca de confusión, no creo que esté interesado en revivir la diversión de momento. Dudo que yo le haya contado algo sobre mi tornillo suelto. Lo dudo, pero no puedo estar segura.

Mi madre habla de nuevo:

—Entonces, de acuerdo. Porque confío en mi hija, y porque parece venir de una familia muy maja, Luke, quiero creer que este ha sido un error sin mala intención, y

lo dejaremos así. No me apasiona la idea de que los dos estuvierais solos tan lejos fuera de la ciudad, pero tampoco puedo decir que yo no haya explorado los alrededores de la zona una o dos veces.

Mi madre sonríe, y la expresión de Luke ahora es confusa. No entiende por qué esta mujer se ha vuelto compasiva. Se pone otra vez el uniforme de madre dura y añade, en un tono más severo:

—Pero aún est is castigados. Luke, será mejor que te vayas a casa. Tus padres están preocupados.

Con eso, sale de la estancia y se dirige a la cocina. S  que esta es su manera de dejarme decir adiós a Luke sin tener su ojo vigilante encima.

Lo acompaño hasta la puerta. Antes de irse, se vuelve y me mira con escepticismo.

— Qu  te ha pasado? —pregunta.

—Lo siento mucho —empiezo, porque lo siento—. Me he quedado helada. Nunca he hecho algo así antes. —Lo digo porque creo que es verdad.

— Y yo s ? No es que sea un degenerado o algo así. Mis padres me van a matar.

—Lo siento de verdad —digo otra vez, y doy un paso más hacia él. Me coge de la mano y me sonríe con la mirada a través de sus pestañas gruesas, y el corazón me echa chispas.

— Ha merecido la pena? —pregunta serio.

—S  —digo, y levanto la mirada hacia él. Aquí de pie, cogiendo de la mano a este ser tan guapo ni que sea por estos breves momentos, merece la pena hasta el último pedacito—. Y t ,  lo crees así? —le devuelvo la pregunta.

—Por supuesto —dice, y me aparta un mechón de pelo de la cara. Se agacha un poco y me roza los labios ligeramente con los suyos, y entonces me susurra al oído —: Hasta pronto, reina del baile.

Son las 2:39 de la madrugada.

El corazón me va a toda pastilla. Estoy sudando como una fuente y tengo un sentimiento de impotencia. Enciendo la lámpara, cojo el bolígrafo y, al final de una nota muy, muy larga sobre chicos y oscuridad y adúlteros y mentirosos, escribo este simple apéndice:

No es papá.

Entonces, de alguna manera, de forma increíble, me sugestiono a mí misma y vuelvo a dormirme.

Lunes

30/01 (domingo)

Conjunto:

Levi's desteñidos.

Sudadera roja.

Instituto:

Llevar libro para inglés.

Revisar ejercicios para el examen de español antes del instituto.

Comprar libro de preparación para las pruebas de acceso a la universidad.

Asuntos importantes:

Jamie. Aún no me habla.

He intentado pedirle ayuda para encontrar a papá (releer y mirar en el sobre grande del escritorio). También, intentar pensar en un plan para ayudarla a terminar su mala relación.

Mamá. Ver el sobre grande mencionado más arriba.

Luke. ¡NOVIO GUAPÍSIMO! Vendrá antes del instituto con café y comida de algún tipo; no preocuparse por el desayuno. Salimos desde hace casi tres meses y medio. Besa superbién. Echar un vistazo a las notas y mirar las fotos que hay por toda la habitación. Mirar la nota del sábado sobre una fiesta en casa de su amigo Adam. Hoy hemos ido al cine a ver La novia elefante y ha sido muy tonta, pero el día ha resultado igualmente muy divertido. Le he ganado a un videojuego de lucha antes de la película. Yo era el Guerrero Rojo.

Cogidos de la mano toda la película y hemos compartido palomitas de maíz. Me ha llamado tragona de palomitas. Después hemos ido a su casa y ha tocado la guitarra para mí durante un rato hasta que mamá ha llamado y me ha dicho que tenía que ir a casa a cenar. Nos hemos besado antes de que saliera del coche. Ah, conduce un monovolumen: no tenérselo en cuenta.

Lo que pienso ahora mismo es *madre mía*. Lo que sale de mi boca, milagrosamente, es un simple y sensual:

—Eh.

—Eh a ti también —dice a contraluz y guapo, de pie en el porche de mi casa con un vaso de café con tapa en la mano. Puedo distinguir en el aire helado el aliento que se le escapa de la boca.

Hay algo abrumador en este momento. Su mirada inquebrantable, su sonrisa relajada y su obvia desenvoltura, combinadas con el amanecer del mes de febrero, me dan la sensación de que las piernas me van a fallar.

—¿Lista? —me pregunta educadamente.

—Sí —digo con un tono cauteloso que me sorprende ver que soy capaz de usar.

Lo sigo desde el porche hasta el monovolumen, que tiene el motor en marcha en la entrada del garaje.

Pensaba que estaba preparada.

Esta mañana he leído notas de meses enteros. He mirado docenas de fotos. Pero Luke en la vida real es demasiado. Luke en la vida real es algo para lo cual no hay suficientes notas que me puedan reparar. Mi novio en carne y hueso es maravilloso.

Trato de aparentar que recuerdo haber hecho esto antes, me deslizo en el asiento del copiloto y me abrocho el cinturón de seguridad. Una vez instalada, Luke me señala un café que me espera en el portavasos del copiloto.

—Hay magdalenas en la guantera —dice despreocupadamente mientras da marcha atrás. Abro el compartimento y me encuentro el desayuno de la que será mi panadería preferida hasta que cierre dentro de pocos años.

Sé por las notas que esto se ha convertido en nuestro ritual: Luke me lleva en coche al instituto cada día y me sorprende a menudo con regalitos matutinos. Pero, gracias a mi falta de memoria, hoy parece como si fuera la primera vez, y me encanta.

—¿Jamie te llegó a devolver la llamada ayer? —pregunta Luke mientras conduce. Mis notas no dicen que la he llamado, pero lo dirían si me hubiera devuelto la llamada.

—No —digo, bastante segura de que digo la verdad.

—Qué palo.

Al cabo de un rato entramos en el aparcamiento de los estudiantes. Aunque seamos uno de los primeros coches en llegar allí, Luke gira hacia un espacio en la fila de atrás.

—Huida fácil —dice cuando lo miro curiosa.

Pone la palanca del cambio de marchas en la posición de aparcar pero deja el motor y la calefacción en marcha. Me pregunto si Luke siempre aparca al fondo y

tomo nota mentalmente para incluirlo esta noche y así no tener que preguntármelo otra vez.

—¿Tienes frío? —pregunta.

—No, estoy bien. Más bien tengo calor con esta chaqueta.

Baja la intensidad del ventilador.

—Te queda bien el pelo así —dice tan naturalmente como lo diría.

\\1.lguien con el que salgo desde hace un tiempo.

Toma un sorbo de su café despacio, y pienso que me gustaría que mi vaso de café casi vació se volviera a llenar por arte de magia. Me cojo un mechón liso de pelo. Me lo debo de haber planchado la noche anterior; no me lo he lavado esta mañana.

—Gracias —digo, y miro a sus ojos azules.

—Así que, ¿qué me cuentas de nuevo? —pregunta.

No tengo ni idea, así que hablo un poco más sobre mi mejor amiga.

—Estoy preocupada por Jamie —comienzo crípticamente, esperando sacarle más información sobre si ya he hablado de este tema en particular con él. De acuerdo con mis notas, no lo he hecho. Pero, claro, las notas pueden estar equivocadas.

—¿Y eso? —pregunta Luke inocentemente, y vuelve a beber.

El aparcamiento se empieza a llenar delante de nosotros, pero estamos en nuestro propio mundo.

—¿Puedo contarte algo en confianza? —pregunto.

—Pues claro, sabes que puedes confiar en mí, London.

Lo sé, me digo a mi misma.

—Vale —empiezo—. No se lo puedes contar a nadie.

—Por supuesto —dice, como si lo diera por hecho.

Me siento durante un momento, miro a los ojos atentos de Luke e intento pensar en una manera de amortiguar el impacto de lo que voy a decir. En lugar de eso, finalmente lo digo tal cual:

—Jamie tiene una aventura con un profesor. Un profesor casado.

Luke se queda en silencio, pero se le queda la boca un poco abierta, y luego se recupera.

—Caramba —dice, y trata claramente de que su cerebro asimile la nueva información.

—He tratado de convencerla para que lo dejara, pero es demasiado testaruda para hacerme caso —continúo.

—¿Cuánto hace que dura? —pregunta.

—Empezó más o menos cuando nos conocimos.

Creo distinguir un destello de dolor en sus ojos: quizá porque no se lo he dicho antes. Yo misma estoy sorprendida de no haberlo hecho, pero realmente no soy quien para contar el secreto de otra persona. Y ahora.

\1. quí, contándolo de todos modos, no puedo evitar sentirme un poco culpable.

—¿Con qué profesor? —pregunta Luke, e inmediatamente me pongo a la defensiva.

—Y qué más da —digo tajante.

—Bueno, bueno, cálmate —me contesta bruscamente, y me pregunto a mí misma si vamos a tener nuestra primera pelea—. Era solo una pregunta —dice, mientras mira hacia la cola de coches que entran en el aparcamiento.

—Perdona, lo que pasa es que es un tema delicado. Aunque a veces sea estúpida, Jamie es mi mejor amiga. Pero no pretendía saltarte a la yugular. —Luke me mira de nuevo a los ojos y sonrío. Puedo ver que no nos hemos enfadado por esto, pero solamente para estar segura, añado—: Es el señor Rice.

—¿El profesor de educación vial? —pregunta Luke.

Asiento con la cabeza.

—Supongo que puedo entenderlo —dice Luke—. Es joven y todo eso. Al menos no es el señor Ellis.

—¡Ay, qué asco! —chillo, y nos reímos un poco de algo que realmente no es tan divertido, pero sirve para descargar la tensión del ambiente.

Un coche aparca en el espacio de al lado de Luke y salen dos chicas que lo miran a él con envidia y luego me miran a mí con el ceño fruncido. Mientras caminan hacia el instituto, me acuerdo que una de ellas se va a quedar embarazada al final del curso que viene. Me siento como si debiera gritarle: ¡usa protección!

En lugar de eso, continúo con la conversación.

—Realmente, no sé qué hacer. Quiero encontrar una manera de terminar con la relación sin que Jamie se entere de que he sido yo.

—¿Cómo? ¿Quieres decir chivándote?

—De alguna manera, sí —digo.

—¿Qué pasa si se mete en un lío? —pregunta en voz baja. Luke vacía su vaso de café y yo admiro su perfil.

—Eso no es lo que quiero. Pero quiero que se acabe, y Jamie no tiene intención de escucharme. De hecho, ni siquiera me habla porque le dije que estaba preocupada.

—Eso tiene que ser duro —dice Luke con sinceridad.

—Lo sé. Pero ya veré cómo lo hago. Tiene que haber una manera —me digo más a mí misma que a él.

—Te ayudaré como pueda —contesta, aunque creo que también sabe que me hablaba a mí misma.

Luke me coge la mano por encima del reposabrazos y me la aprieta con suavidad. El aparcamiento a esta hora prácticamente lleno.

—Tenemos que entrar —dice en un tono decepcionado.

—Supongo.

Gira la llave y la furgoneta se queda en silencio. Me desabrocho el cinturón de seguridad y tiro de la mochila que está en el suelo delante de mis pies. Al abrir la puerta, noto una ráfaga de viento helado que contrasta con el calor de la furgoneta.

Salto fuera, cierro la puerta y voy temblando hasta el frente del coche para reunirme con Luke. Parece imperturbable.

—¿No tienes frío? —pregunto.

—Pues no —contesta, y se encoge de hombros—. Esto no tiene ni punto de comparación con el Charles —añade para mayor confusión mía.

Luke me coge de la mano y andamos rápido hacia el edificio. Tiene los dedos callosos, y me pregunto si es de tocar la guitarra.

A medio camino a través del aparcamiento, un coche entra en uno de los pocos sitios libres. Es un sedán azul de cuatro puertas que podría conducirlo la madre de alguien. Entonces me doy cuenta de que Brad, de la clase de matemáticas, lo conduce. Lo saludo con la mano. Me mira por toda respuesta.

Desconozco qué le he hecho a Brad para provocar ese desdén. Pero ahora mismo, mientras camino de la mano de mi novio perfecto en una soleada y fresca mañana de febrero, no me importa Brad de matemáticas.

No me importa nada, excepto Luke.

—¿Está segura que no puedo cambiar de compañera? —le pregunta Jamie a la señorita García sin demasiada discreción. Unos cuantos de mis compañeros de clase me miran para calibrar mi reacción.

—Señorita Connor, como le he dicho media docena de veces, la compañera que escogió al principio del curso es la compañera que tendrá hasta el final. No quiero volver a oír una palabra al respecto.

La señorita García le da la espalda a Jamie y empieza a escribir la agenda de clase de hoy en la pizarra blanca. Jamie pone los ojos en blanco y camina penosamente de vuelta a su escritorio, lo coge y lo deja caer, dando un golpe fuerte, para que esté de cara al mío.

—Lo que usted diga —murmura al dejarse caer es su asiento.

—Hola, J —digo en voz baja.

—No me hables —dice bruscamente.

—Tengo que hacerlo: tenemos un trabajo.

—Entonces háblame solo en español —ordena.

—*Hola*, Jamie —digo en broma.

No se ríe, sino que opta por poner los ojos en blanco otra vez. Decido intentar una táctica nueva, gracias a la nota de esta mañana.

—Necesito que me ayudes —digo con calma.

—Pídele ayuda a tu tesoro Luke —dice Jamie en voz alta, sin ni siquiera levantar

la vista de nuestra tarea.

—Quiero dar con el paradero de mi padre.

Jamie se estremece un poco. Se le suaviza la expresión de la cara. Sin embargo, su respuesta sigue siendo amarga:

—Búscalos en Google.

—Lo he intentado —digo, sin saber si realmente lo he hecho.

—Eres tan transparente... —dice Jamie, todavía sin mirarme. Como no estoy segura de lo que quiere decir, me quedo callada. Suspira y me mira directamente a los ojos—. Intentas parecer muy natural, pero lo que realmente quieres es que mire en los archivos de mi madre, ¿verdad? —pregunta, haciéndose la ofendida. Y, sin embargo, hay una brizna de suavidad en el tono de su voz.

Sé que la tengo; no puedo identificar la razón, pero Jamie siempre accederá a ayudarme. Quizá se piensa que estoy perdida sin ella. En muchos sentidos, lo estoy. Aun así, no tengo ni idea de a qué archivos se refiere.

—¿Es a eso a lo que quieres llegar? ¿Quieres que busque la información de tu padre en los archivos legales de mi madre?

La palabra *legal* provoca que todo haga clic. La madre de Jamie será abogado de divorcios durante muchos años; probablemente llevó la ruptura de mis padres. Dejo que Jamie asuma que este era mi plan desde el principio y asiento.

—Me has pillado —digo con una expresión lo más inocente posible, sin sentirme en realidad de esa manera—. Escucha, Jamie, sé que estás enfadada conmigo y lo acepto, pero esto es importante. No recuerdo a mi padre para nada. Tú lo sabes. Pero quiero, y en realidad necesito, tu ayuda. ¿Me ayudarás?

Vale que haya empezado la conversación para conseguir que Jamie me hablara, pero mi objetivo final es encontrar a mi padre. Así mato dos pájaros de un tiro.

—Quizá —dice Jamie, y se encoge de hombros antes de concentrarse de nuevo en nuestra tarea.

—Gracias —le susurro a través de la mesa.

Me ignora por completo durante el resto de la clase.

Es casi la hora de acostarse, y mi madre está todavía fuera enseñando casas. A pesar de que estoy enfadada por todo lo que me ha escondido, me siento mal por ella, porque haya de estar fuera tan tarde.

En pijama, la cara lavada y los dientes cepillados, saco el sobre del cajón de mi escritorio. El cierre de metal está gastado de haberlo abierto y cerrarlo tantas veces.

Sé que encontré las cosas de su interior hace solo tres meses y medio. Sé que no he hecho nada útil con la información.

Vacíó las fotos y las tarjetas sobre la cama y las miro despacio, meticulosamente. Fotos de vacaciones, fotos en el patio trasero, días de fiesta. Parecemos felices.

Observo la cara de mi padre y no puedo volver al único recuerdo del futuro que tengo de él. El que me acosa.

No sé cómo llegué hasta ahí. Simplemente estoy ahí, entre decenas de asistentes al funeral que experimentan varios estadios de pena.

El hombre como un muro de ladrillos se aguanta las lágrimas. El hombre más joven, con el peinado de los años ochenta, solloza sin reparos. Mojada por la lluvia, sacudida por la pena, mi abuela se derrumba. Detrás de mí, mi madre llora con aspecto joven... vulnerable. Una mujer con un vestido corto intenta mantener la serenidad, probablemente por el bien del niño pequeño que tiene enfrente. Las pisadas llenan el camino fangoso como si fueran migas de pan que llevan tristeza. Incluso la estatua de piedra a mi izquierda llora por el invitado de honor desconocido.

Cojo mi cuaderno y vuelvo a leer cómo solía pensar que se trataba del funeral de mi padre. Ahora me burlo de mí misma, pues me acuerdo de que mi padre llega tarde, se queda de pie cerca de la parte de atrás — lejos a la vez de mi madre y de él mismo — y lucha contra las emociones mientras el sacerdote que no puede oír pronuncia su sermón.

Recuerdo querer mirar hacia otro lado, y ver al vigilante que nos mira en la distancia. Que me mira.

Está de pie delante de un cobertizo para herramientas camuflado como si fuera un mausoleo y sonrío. No es una sonrisa amplia. Es la que usas cuando quieres que alguien se sienta mejor y todo lo que puedes hacer es sonreír.

Me entran ganas de correr hacia allí y darle una patada, pero no lo hago. En vez de eso, le devuelvo la mirada hasta que tira el cigarrillo al suelo y deambula hacia el interior del cobertizo.

El funeral ha terminado y mi padre se ha ido.

La abuela se ha ido.

Todos se han ido.

Y a pesar de todo, incluso al darme la vuelta para seguir a mi madre, no puedo ver

la tumba. Por mucho que lo intento, no puedo mirar hacia abajo. En algún lugar dentro de mí, no voy a dejar que recuerde quien hay en el hoyo en el suelo.

Mis pensamientos se vuelven hacia Luke. ¿Es él?

No puede ser él.

¿Por qué volvería mi padre después de años de ausencia para atender el funeral de mi novio? ¿Y mi abuela? No cuadra.

No es Luke.

Y, sin embargo, cuando busco otra vez un recuerdo real en la libreta que hace de sustituta de mi memoria, una verdad se hace evidente: el recuerdo más oscuro apareció cuando él también lo hizo.

Me siento agotada por el día y por la carga de lo que queda por venir, así que pongo las fotos y las tarjetas delante de mí en un montón ordenado y las guardo dentro del sobre grande. Doblo la pestaña metálica para mantenerlo cerrado, lo pongo de nuevo en el cajón del escritorio y dejo mis notas en la mesita de noche.

Después de deslizarme bajo las sábanas, releo la nota que me he dejado a mí misma, simplemente para estar segura de que todo está ahí. Añado unos cuantos detalles sobre el recuerdo, y una pregunta: ¿cómo está Luke involuntariamente en todo esto?

La puerta del garaje se empieza a abrir; mi madre está en casa.

En lugar de esperar para darle las buenas noches, pongo la nota en la mesita de noche, cierro el interruptor de la lámpara y me doy la vuelta, mirando la pared.

En mi mente, dos preguntas van de un lado a otro de la pista:

¿Por qué no puedo recordar a Luke?

¿De quién es el funeral?

Estoy mirando este partido de tenis con los ojos cerrados cuando mi madre abre un poco la puerta y susurra, casi inaudiblemente:

—Buenas noches, dulce London.

Sus palabras son como una pastilla para dormir; instantáneamente me relajan.

Pronto, el partido de tenis ha terminado.

El resultado es nada-nada.

No hay solución.

Mientras voy sola del vestuario al gimnasio, lamento el hecho de que sea jueves. Los jueves son días de bloques impares: noventa minutos de cada una de las clases que menos me gustan.

Sin poder disfrutar de Luke.

Por otro lado, tampoco de Jamie.

Estoy pensando qué hacer con Jamie cuando me apoyo sobre la barra que atraviesa por la mitad las enormes puertas del gimnasio y pongo un pie en la cancha reluciente. Es ruidosa y está llena de vida, con el chirrido de las zapatillas y los gritos y las respiraciones agitadas, y la sobrecarga sensorial me distrae hasta el punto de que no la veo venir.

Antes de que tenga tiempo de saltar, agachar la cabeza o incluso esquivarla, mis pensamientos son arrasados por el peso de una pelota de goma gigante que me golpea en la parte derecha de la cara. El ímpetu me empuja a un lado y luego me desequilibra. Tropiezo con mi propio pie y caigo al suelo son pizca de elegancia.

Un fuerte y vergonzoso *¡uff!* me sale de la boca mientras la cadera golpea primero el suelo seguida de las costillas, y después de la cabeza. Siento un pitido en la oreja derecha y un hormigueo en la mejilla, que también me quema; me pongo la mano en la mejilla y me doy cuenta de que la pelota de goma me ha dejado la piel marcada.

Me aparto el pelo de la cara, que no he tenido la oportunidad de recoger en una cola de caballo, y luego parpadeo una vez para limpiar el agua de los ojos, con solo una oreja buena y viendo parcialmente, experimento el ridículo.

Todos los de primera hora de educación física se ríen de mí. Algunos tratan de disimular, otros me señalan. Gilipollas. Tengo que esforzarme para volver a ponerme en pie, pero los sentidos todavía no me funcionan, y es mucho más difícil de lo que debería de ser. Me siento como si estuviera un poco borracha, y sí, sé cómo se siente una en esos casos. Me acuerdo.

Una vez que me pongo de pie y el grupo empieza a dispersarse, mis ojos se encuentran con los de Page Thomas. Desvía la mirada con rapidez, pero antes observo que tiene una mueca desagradable en la cara. Antes de que tenga demasiado tiempo para pensar en ello, se oye un silbato estridente. La señorita Martínez da órdenes en la sala, y me integro en uno de los dos equipos de mala gana.

Durante el resto de la clase, intento defenderme lo mejor que puedo mientras practicamos un deporte insufrible que debería estar prohibido en el instituto y en la práctica general para siempre.

No es nada más que dolor y humillación.

Debería ser evitado a toda costa.

Esta es la razón por la cual la nota de esta mañana advertía: estar alerta en la

primera clase.

Es el infierno en la tierra.

Es Dodgeball.

Horas más tarde, durante la clase de anatomía humana de la señorita Harris sobre el hipocampo, Ryan Greene continúa mirándome desde el otro lado del pasillo. Aunque la marca de la pelota ya ha desaparecido, la cara y el ego aún me escuecen desde esta mañana, pero sonrío y no puedo parar.

Me duelen las mejillas, y Ryan está embobado —probablemente porque el hipocampo no es tan emocionante—, pero no importa.

He visto a Luke antes de clase.

—¿Encuentras algo gracioso, London? —me interrumpe la señorita Harris.

Ha parado de escribir a mitad de una frase y sujeta un rotulador azul en el aire. Tiene una mano, con la manicura hecha, apoyada en una de sus perfectas caderas redondeadas, ligeramente inclinada hacia afuera, esperando.

Recuerda un poco a una de las animadoras de esta mañana. Lo que es un poco preocupante, ya que la señorita Harris es una profesora y todo eso. ¿No debería pensárselo mejor?

Aunque estoy bastante segura de que la mayoría de ellos están tan aburridos por culpa de la anatomía del cerebro como yo, los alumnos que capto en mi campo de visión ahora parecen irritados por la interrupción. Probablemente están irritados sin más porque la señorita Harris se ha dado la vuelta.

—¿London? ¿Me he perdido alguna broma? —pregunta de nuevo al ver que no respondo. Se toca su pelo rojo teñido y me pregunto si está celosa de que el mío sea real.

—No, señorita Harris —digo en voz baja. Intento pensar en algo deprimente, pero la sonrisa sigue ahí.

La señorita Harris me mira fijamente, sin parpadear, durante lo que parecen días, cuando está convencida de que o bien soy una manzana podrida o bien estoy loca, suspira y se da la vuelta hacia la pizarra.

Los demás los alumnos se sientan bien en sus taburetes, y yo también me relajo. Tomo una bocanada del aire rancio del aula de ciencias y dejo de agarrar con fuerza la mesa de metal. Una vez que mi momento feliz se ha fastidiado, me centro en lo que dice la señorita Harris; la mayor parte es un completo somnífero. Pero entonces dice algo que capta mi interés.

—... posible que almacenemos diferentes tipos de recuerdo en diferentes partes del cerebro.

Intrigada, me siento un poco más erguida. Necesito oír lo que dirá a continuación. Se da la vuelta y escribe *Tipos de recuerdos* en la pizarra.

Justo cuando subraya el titular, suena la campana.

—La clase se ha terminado.

Un poco más de una hora después, mi madre conduce en dirección opuesta a nuestra casa con aspecto decidido.

—¿A dónde vamos?

—A picar algo fuera —dice.

—No tengo hambre —protesto.

—No me importa —dice—. No tienes que comer si no te apetece. Pero creo que necesitamos pasar tiempo juntas.

Ay-ay-ay.

Mi madre se para en una cafetería y aparca; entramos y nos sentamos directamente en una mesa, como indica el cartel. Cuando la camarera ha tomado nota de nuestras bebidas —baja en calorías para mi madre, normal para mí—, mi madre inicia la conversación.

—¿Un buen día? —pregunta.

—No —respondo.

—¿Por qué no?

La camarera nos trae las bebidas, y mi madre saca las pajitas del papel y las pone dentro de los vasos. Toma un sorbo mientras espera que responda.

—En gimnasia, una pelota me ha golpeado la cara —respondo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

—Bien —dice. Otro sorbo—. ¿Algo más?

—Carley Lynch.

—¿Qué ha hecho esta vez? —pregunta mi madre.

—Simplemente, ha hecho un comentario sobre la ropa que llevaba puesta.

—Me encanta ese conjunto.

—A mi también —digo.

—Ya sabes que solo te tiene celos, London.

—No, no lo sé, mamá. No me acuerdo.

—¿Estaba Jamie allí? —me pregunta mi madre distraídamente.

—No, por supuesto que no —murmuro.

—¿Aún peleadas?

—Obviamente —digo, y pongo los ojos en blanco.

Una familia se mete en el reservado de al lado, y miro cómo se instalan mientras mi madre habla con un tono más bajo. Le agradezco que lo haga.

—No hay necesidad de ponerse insolente, cariño. A Jamie se le pasará; siempre es así y Carley está celosa por un chico. Christopher algo. Salieron durante un tiempo y rompieron, y entonces tú le pediste que te acompañara a un baile.

—¿Le pedí a un chico que me acompañara a un baile?

—Era un baile al revés en el que las chicas se lo pedían a los chicos. Jamie te convenció. De todos modos, no seguiste interesada en él después de su única cita, pero Carley siempre te ha guardado rencor.

—¿Te he contado yo todo eso?

—Solíamos hablar más —dice mi madre con una mirada llena de dolor. Soy culpable de haber sacado el tema. No digo nada más.

La camarera vuelve y pregunta qué nos gustaría comer. Mi madre pide un plato de aros de cebolla para que lo compartamos; me encantan los aros de cebolla. La camarera va a la mesa de al lado, y veo al padre que pide para su familia. Soy consciente de la envidia que me dan mientras habla con su hijo y su hija.

—¿Cuándo se fue papá? —la pregunto a mi madre sin venir a cuento. Los ojos se le hacen más grandes mientras traga el sorbo de refresco que acaba de tomar.

—¿A qué viene esto? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—¿Es eso lo que te ha inquietado últimamente? ¿Quieres saber más sobre tu padre?

—Quizá —digo.

Mi madre se agita un poco nerviosa en el asiento y luego se aclara la garganta.

—De acuerdo —dice en voz baja—. Te he dicho esto antes y te lo diré otra vez. Tu padre y yo no estábamos hechos el uno para el otro. No nos llevábamos bien, y él se fue cuando tenías seis años. Ese es realmente el final de la historia.

Pienso en mis notas.

—Mi memoria se volvió loca cuando tenía seis años. ¿Crees que el hecho de que papá nos abandonara me traumatizó?

—Lo he considerado —admite mi madre, que parece increíblemente incómoda.

—¿Así que simplemente os desenamorasteis el uno del otro? —pregunto.

Mi madre me mira a los ojos cuando responde:

—Sí.

—¿Y nunca hemos vuelto a saber de él?

—No —dice.

Las cartas que tengo en casa me dicen que mi miente, pero escondo mi enfado.

Pongo presión en el asunto.

—¿Nunca intentó hablar conmigo o algo así?

Juraría que veo un destello de culpabilidad en los ojos de mi madre cuando contesta:

—No, corazón, lo siento, nunca lo intento.

«No te creo», pienso.

Y entonces traen los aros de cebolla.

Cuando llego a casa, intento hablar con Jamie. Se pone al teléfono a la tercera llamada.

—Tienes que dejar de acosarme —dice bruscamente.

—Buenas tardes a ti también —digo.

—En serio, he recibido tu mensaje antes. He recibido todos tus mensajes. Cuando esté preparada para hablar contigo, te llamaré.

—Pero, Jamie, ¿no crees que deberíamos simplemente hablar de ello?

—¿Te acuerdas siquiera de qué se trata, London?

—Sí —digo en voz baja. Tengo mis notas apoyadas en el regazo.

—Pero en realidad no te acuerdas —me dice Jamie con sequedad—. Mira, tú te vas a dormir y lo olvidas todo. Yo no tengo ese lujo.

—No es un lujo —protesto.

—Lo que sea, no me importa, me tengo que ir.

—Pero, J, ¿alguna vez vamos a hablarnos de nuevo?

—No lo sé, London, ¿lo haremos?

Clic.

—¿Qué pasa? —pregunta Luke por teléfono.

—Nada —miento.

—No, de verdad, ¿qué es? Puedo notarlo en tu voz.

Sonríó débilmente. ¿Por qué no puedo acordarme de ti?

—Un mal día —contesto, y me encojo de hombros, aunque no puede verlo.

—¿Qué ha pasado? —Luke presiona. Decido contarle un poco.

—Mi madre y yo de verdad no nos llevamos muy bien, y después del instituto me hizo ir y hablar sobre cómo me siento. Entonces intenté llamar a Jamie y básicamente me cortó y me colgó el teléfono. Estoy hasta la coronilla de su drama —digo con amargura, recordando en el futuro lo que yo consideraría discusiones demasiado largas—. Está demasiado absorta en sí misma. Todo gira en torno a ella. ¡A veces me vuelve loca!

Luke se ríe un poco.

—¿Qué? —respondo enfada.

—Nada, simplemente nunca te he oído enfadada. Es muy tierno.

—¡No es tierno! —le grito en broma.

Se ríe más fuerte, y yo me uno a él. Cuando paramos, Luke pregunta:

—Ahora, en serio: ¿qué puedo hacer para ayudar?

—Es agradable hablar contigo —digo en voz baja—. Esto ayuda.

—Perdona que no haya llamado antes —dice Luke con humildad, lo que me provoca escalofríos por toda la espalda—. Estaba pintando.

—No es nada grave —digo, y me encojo de hombros otra vez—. De todos modos, estaba comiendo aros de cebolla y hablando de sentimientos con mi madre.

—Entonces hálame de... —Luke para de hablar abruptamente al otro lado del teléfono—. Es solo un segundo —susurra.

Oigo como la mano de Luke se mueve sobre el micrófono, y luego la voz apagada de una mujer. La respuesta de Luke es más fuerte pero igualmente confusa.

—Perdona —dice cuando reanuda la conversación—. Era mi madre. No quiere que esté al teléfono. Dice que es demasiado tarde para hablar.

—Ah —digo, e intento no parecer decepcionada, aunque sé que mi madre se sentiría igual—. Vale, entonces supongo que podemos ponernos al corriente mañana.

—Vale —dice Luke.

—Buenas noches, Luke.

—Dulces sueños, London.

Cuelga.

Me quedo mirando al teléfono en la oscuridad durante unos minutos, deleitándome en el sentimiento cálido que me ha proporcionado la corta conversación con Luke. Sé que debo añadir detalles de la llamada a la nota de mi mesita de noche, pero no me quiero mover todavía.

Cuando finalmente logro encender la luz y estropear mi momento zen, suena otra vez el irritante tono de llamada del móvil, y el corazón me da un salto.

—¿Sí? —digo rápido.

—Se me ha olvidado decirte que hoy estabas muy guapa —me susurra Luke.

En la oscuridad, noto cómo me ruborizo.

—Gracias —le contesto también susurrando.

—De nada.

Durante unos segundos, permanecemos callados. Tengo todos los músculos del cuerpo tensos, en un sentido positivo; es algo terriblemente íntimo.

Estoy echada en la cama, agarrada al teléfono como a un salvavidas, sin oír nada más que a Luke como inspira y expira acompasadamente y mi propio latido que se acelera.

Si estuviera aquí en este preciso momento, lo besaría.

—Bueno, supongo que me tengo que ir. Mi madre podría volver —susurra Luke, rompiendo el encanto.

—Vale —contesto, incapaz de decir nada más.

—Hasta mañana —dice.

—De acuerdo, adiós, Luke —no puedo conseguir que me salga nada más.

—Adiós, London —dice antes de colgar. El sonido de mi nombre saliendo de sus labios me provoca escalofríos por todo el cuerpo una vez más.

Aprieto el teléfono contra el pecho y respiro con fuerza, luego me siento en la cama y enciendo la lámpara de la mesita de noche. Actualizo la nota de esa noche, y, mientras lo hago, mi propia madre asoma la cabeza en mi habitación.

—Es tarde —dice.

—Lo sé, ya acabo —respondo sin mirarla.

—Que duermas bien —dice mi madre.

—Gracias.

—Te quiero, London —dice.

Suspiro profundamente y digo con poco entusiasmo:

—Yo también te quiero. —Todavía tengo la mirada en el papel.

Continúo escribiendo, y en algún momento antes de que termine la crónica de mi conversación con Luke y apague la luz, mi madre desaparece con sigilo.

Al otro lado del pasillo, la bolsa de flores de Jamie está preparada. Quedan cinco minutos de clase, y no hace ningún esfuerzo por aparentar que aún presta atención.

Me pregunto si intenta que la castiguen otra vez.

La idea me pone enferma.

Jamie me ha ignorado con éxito durante toda la clase, una tarea más fácil por el hecho de que hoy no hemos tenido laboratorio de idiomas. Sin ser compañeras. Sin ejercicios de práctica. Sin tareas compartidas.

Sin hablarnos la una a la otra.

Suena la campana, y Jamie se levanta tan rápido que me hace dar un salto. Se da la vuelta para mirarme y deja caer algo pesadamente en mi escritorio.

—Aquí lo tienes —dice. Luego se da la vuelta y sale de la clase.

En quince segundos, el aula está vacía. Incluso la señorita García está en su oficina adyacente, preparándose para la siguiente clase.

Despacio, desdoble la pequeña pieza de papel arrancado de una libreta. No hay ninguna nota; nada. Solo un número de teléfono.

Pero sé lo que es.

Enfadada conmigo o no, Jamie no me ha fallado.

Ahora depende de mí decidir si quiero ponerme en contacto con mi padre o no.

—¿Crees que lo mío se puede arreglar?

Mi madre me mira severamente, sorprendida. Hemos cenado en silencio hasta este momento.

—¿Arreglarse? —pregunta—. Yo no diría que estás averiada. Eres especial.

Pongo los ojos en blanco por culpa de su visión de la vía apta para todos los públicos.

—Lo que sea, mamá —respondo bruscamente.

—¿Qué te ha hecho pensar en esto? —pregunta mi madre, ignorando mi tono.

—Anatomía —respondo. Me llevo un trozo de pollo a la boca y luego continúo —: La señorita Harris habló sobre almacenar diferentes recuerdos en diferentes partes del cerebro. Cosas fáciles, como saber tu nombre o montar en bicicleta o matemáticas, van a un lugar; los recuerdos tipo experiencias van a otro.

—Yo no diría que las matemáticas son fáciles —bromea mi madre. Me irrita.

—Lo son para mí —digo con aspereza—. Quizá tus matemáticas se almacenan en la parte más difícil. De todos modos, este no es el asunto.

—Perdona —dice mi madre—. Continúa.

—Obviamente, eso significa que solo una parte de mi cerebro está estropeada. No

todo. Así que me pregunto si puedo hacer que me arreglen la parte estropeada.

«Y entonces sabré lo que ha pasado antes», pienso, pero no lo digo. Y quizá también dejaré de recordar lo que pasará en el futuro.

—No creo que funcione así —dice mi madre en voz baja.

—¿Por qué no lo crees? —le exijo.

—Porque uno de los expertos que hemos visitado es un neurólogo. ¿Sabes lo que es?

—No soy una taruga, madre.

—London, ya he tenido suficiente de ese tono tuyo. Justo iba a decir que te hizo una resonancia magnética en el cerebro, y nada parecía estar fuera de lo normal. Dijo que tu cerebro está perfectamente sano. No hay partes estropeadas.

—Lo que sea —digo a la defensiva—. Ya he terminado.

Aparto la silla de la mesa, llevo mi plato al fregadero y dejo a mi madre que termine de comer sola, lo que me molesta a cada paso que doy hasta mi habitación.

De acuerdo, estoy preparada —susurro, aunque no es necesario susurrar. Estamos completamente solos.

Una música prácticamente inaudible suena en el estéreo del dormitorio de Luke, y el sol del final de la tarde está en el otro lado de la casa, lo que hace que la habitación empiece a oscurecerse.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —pregunta Luke. Los pelos de los brazos se me ponen de punta.

—Sí —respondo rápido. Luego añado—: Eso creo.

—No hay prisa —ofrece—. Podemos esperar.

—No, tiene que ser hoy —digo con tono más autoritario de lo que pretendo.

Luke se ríe y coge su móvil.

—De acuerdo, ahí va —dice.

Marca el número del trozo de papel, y yo me muerdo la uña del anular derecho con anticipación. Imagino una llamada, luego dos, luego...

A Luke se le agrandan los ojos y su postura se vuelve más rígida. Menos de un segundo después, se relaja de nuevo.

Hace un gesto con la cara al finalizar la llamada.

—Número equivocado —dice, decepcionado.

—¿Con equivocado quiere decir que era el buzón de voz de otra persona? —pregunto en busca de una aclaración.

—No, que el número está desconectado. Puede haber sido el número de tu padre hace mucho tiempo, cuando se divorciaron, pero que lo haya cambiado desde entonces.

Como si estuviera ensayado, desde la cocina salen chillidos amortiguados, y Luke y yo instintivamente nos movemos para sentarnos en los pufs. Sabemos, él por experiencia y yo por mis notas, que su madre entrará sin llamar para ver en qué andamos.

Algo tan inocente como una llamada anónimo a mi padre ausente puede parecer cuestionable si lo hacemos desde la cama de Luke.

De hecho, cualquier cosa que hagamos mientras estamos tumbados en la cama de Luke podría provocar que la señora Henry levantara una ceja, y una inquisición materna es lo último que necesito en este momento.

Luke enciende la tele justo a tiempo para la interrupción, y su madre nos encuentra disfrutando de un documental que habla de la pesca sobre hielo. Nos invita a ir a la cocina para merendar, y aceptamos complacidos porque por ahora no hay nada que se pueda hacer en lo que se refiere a mi padre.

Después de unos nachos, nos acomodamos en el grandioso sofá del salón para

que nos entretengan dos niñas iguales que tienen casi tres años. Sé que he pasado tiempo con ellas antes, así que intento esconder mi completo asombro por las fotocopias que tengo ante mí. Qué raro debe de ser verte a ti mismo en otra persona.

Las hermanas en miniatura de Luke se visten con cada pieza de ropa de disfraz que caben en sus pequeños cuerpos y actúan en una obra de teatro sobre «monos y mamás en el zoo». Las ovacionamos de pie, y luego les explicamos que significa que te ovacionen de pie.

Lo siguiente es un juego de habilidad llamado *pon en fila los animales de peluche*. Como pequeñas hormigas, las niñas se mueven del cesto de los juguetes a la fila y vuelta a empezar de nuevo, llevando un montón de peluches en los brazos: osos, elefantes, jirafas y demás. Cuando acaban, una Gran Muralla de Peluches se extiende desde la chimenea hasta la arcada de la entrada.

Después de consultarse la una a la otra durante cinco segundos enteros dividen los territorios: la mitad izquierda del salón, que incluye el sofá, es para *mayores*, mientras que la mitad derecha estrictamente reservada para *princesas*.

Cuando Luke el Mayor se levanta del sofá y salta dentro de la zona de las gemelas, es recibido con gritos, risas y un júbilo general que se contagia. No puedo evitar unirme a ellos durante un rato, y hago cosquillas y me río no sé si con Ella o con Madelyn, no estoy segura.

Muy pronto se hace casi la hora de cenar, y el padre de Luke llega con una caja enorme y un cálido saludo para todos nosotros. El señor Henry es un hombre apuesto, y veo que Luke se parece a él. Por un momento, dejo que la mente divague y me pregunto si Luke tendrá el mismo pelo entrecano y la cara ligeramente curtida cuando tenga la edad de su padre.

De vuelta a la realidad, veo a las niñas abrir la caja con la ayuda de su padre y no puedo evitar sentir una punzada de celos por la relación que tienen. Me traslado al sofá y miro los momentos simples que los niños con padres en sus vidas dan por sentados. La manita de una de las gemelas se apoya en el hombro de su padre mientras este corta la parte de arriba para abrirla; otra cara de muñeca se ilumina como si fuera el día de Navidad por la mañana mientras su padre abre camino por entre las bolitas de porexpán y plástico de burbujas para embalar. En el núcleo, la caja contiene un caballo balancín de madrea hecho a mano, pintado de color rosa y listo para jugar.

Pero después de subirse una cada vez, el verdadero atractivo reside en la caja, enorme como una fuente, que ha servido de embalaje.

—¡Es un coche! —grita directamente en la cara de Luke la gemela que creo que es Ella.

Sus ojos son tan brillantes que, ¿cómo podría no ayudarla a meterse dentro y hacer burrum-burru por el suelo enmoquetado de la sala? La niña que tiene que ser

Madelyn quiere subirse, y Ella quiere más. Y ahora se oye:

—¡Mi coche! ¡No, mi coche! ¡No, es MÍO!

Claramente acostumbrado a solventar minibatallas, el señor Henry desaparece y vuelve a aparecer con un cortador de cajas, cinta adhesiva de embalar y un montón de rotuladores. Diez minutos más tarde, hay.

Los coches preciosos iguales, cada uno listo para transportar su propia gemela al «centro comercial», «la casa de la abuela» o «la escuela», según sus deseos.

Ella está sentada con la espalda erguida, se sujeta fuertemente a los lados y hace un reconocimiento topográfico del paisaje en su imaginación. Madelyn opta por reclinarse en el coche y lo convierte más bien en una cama móvil, lo que le permite mirar hacia el techo. Mientras Luke la arrastra hasta mis pies, me río de su expresión serena y me pregunto en qué pensará mientras está ahí tumbada mirando el cielo.

Y entonces algo pasa. Una pieza encaja en su sitio. Luke detiene su desfile de carrozas y se vuelve para mirarme.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

—Sí digo rápido—. ¿Por qué?

—Acabas de pegar un salto, como si algo te hubiera asustado.

—¡Va, VA! —Madelyn da órdenes desde dentro de la caja cuando se da cuenta de que su carruaje se ha parado.

—Chis —le dice Luke con gentileza a su hermana—. Solo un minuto.

Ella hace lo que le dice, y Luke se levanta con facilidad del suelo. Se sienta a mi lado en el sofá y me coge de la mano.

—¿Te encuentras bien? —pregunta suavemente—. Estás muy pálida. — Me aparta de la cara un mechón de pelo, y creo ver al señor Henry que sonríe al mirarnos.

—Me siento mareada —digo más alto de lo que quiero, de forma que llamo la atención de dos padres y de dos niñas gemelas. Ahora toda la familia de Henry me mira, con diferentes grados de curiosidad y preocupación.

—¿Quieres tumbarte, London? —dice la señora Henry de una manera que me hace querer ver mi propio reflejo. No puedo tener tan mal aspecto.

—No, estoy bien —respondo—. Creo que solo necesito volver a casa.

Luke se levanta, y las gemelas protestan al unísono. La señora Henry tranquiliza a las niñas, mientras que el señor Henry nos acompaña a la puerta. Fuera, respiro profundamente el aire helado, y, aunque me quema los pulmones, me ayuda. Luke me sujeta la puerta de la furgoneta abierta y me da un beso en la mejilla antes de cerrarla.

Hacemos el trayecto en silencio. Luke me mira de vez en cuando con expresión de preocupación y, cuando para el coche en la entrada del garaje de mi casa, se ofrece a entrar.

—Gracias, pero estoy bien —digo, sin desear otra cosa que correr dentro.

—¿Al menos está tu madre en casa? —pregunta mientras mira con ojos

entrecerrados hacia la ventana iluminada del comedor.

—Estoy segura de que sí está —digo. Me vuelvo y le doy las gracias antes de cerrar la puerta de golpe sin siquiera un beso.

Subo los escalones del porche al galope antes de que Luke tenga la oportunidad de salir del coche. Una vez dentro de la casa, voy directa arriba a mi habitación, cierro la puerta y me meto en la cama con la ropa puesta. Estiro las sábanas hasta la altura del cuello, cierro los ojos con fuerza e intento controlar mi respiración irregular.

Dejo que la mente viaje hasta el cementerio húmedo; me permito sentir que estoy ahí, de pie en medio de un mar de negro.

Sé por mis notas que he tenido alguna versión del recuerdo de este funeral desde hace tiempo. Se ha construido y ha crecido en las profundidades de mi cerebro, recordándome en silencio que en algún momento alguien morirá.

Pero, hasta esta noche, ese *alguien* es todo lo que sabía.

Entonces la hermana pequeña de Luke, tumbada dulce y serenamente en una caja de embalaje, ha encendido la bombilla, y lo veo tan claro como el día: el agujero más pequeño de lo normal delante de mí, bien abierto, se traga un ataúd diminuto, hecho a medida para la minipersona que seguro está tumbada dentro.

Ese *alguien* es un niño.

Como si no bastara con eso, otro pensamiento me da un puñetazo en las entrañas y me tumba hasta tal punto que me planteo si seré capaz de levantarme de nuevo alguna vez.

Está borroso —falta mucho tiempo—, pero recuerdo estar embarazada. ¿Y si es mi hijo?

Aislada y aterrorizada por lo que recuerdo, estiro la ropa de la cama aún más hasta debajo de la barbilla, porque eso es todo lo que se me ocurre que puedo hacer.

Mi madre no está aquí; mi padre se fue hace tiempo. La única persona en mi vida en estos momentos es un chico al que no puedo recordar. Y en algún momento en mi futuro enterraré a un niño.

Es demasiado.

De camino a español, miro los pósteres del Baile Formal de Invierno que salpican los pasillos; el evento es mañana por la noche. Sé por las notas que Luke me va a llevar, y después de haber pasado la última hora de clase con el chico con el que aparentemente salgo desde hace casi cuatro meses, me parece bien.

Estoy nerviosa, pero bien.

En español tenemos una profesora sustituta. Jamie ha elegido como compañera a Amber Valentine para las prácticas de pronunciación y me deja que me las arregle sola contra una veterana profesora ayudante llamada Andi, que obviamente tenía otros planes para esta hora. No tengo claro cuáles son los prerrequisitos para obtener un curro como ayudante de profesor, pero obviamente no incluyen ser bueno en la asignatura en la que ayudas: el acento de Andi es peor que el mío.

Me ha puesto los ojos en blanco diecisiete veces, y sigo contando, de acuerdo con la lista que llevo en la libreta. Mi venganza es no decirle nada sobre la partícula de comida de color verde que tiene encajada entre los dos dientes de delante.

Después de la clase, corro para alcanzar a Jamie.

—Hola —digo cuando se da cuenta de que camino hacia su lado hacia el comedor.

—Hola —dice tajantemente.

—¿Cómo estás? —pregunto con la esperanza de empezar a enterrar el hacha de guerra.

—Bien —dice con un tono todavía más tajante, si es eso posible. Este no va a ser el día de la reconciliación.

—Mira, Jamie, solo quería darte las gracias —ofrezco.

—¿Por qué? —pregunta desinteresadamente, y evita mirarme a los ojos.

Creo que incluso se ha alejado más de mí.

—Por el número. El de mi padre —digo.

—De nada —dice Jamie. Luego da la vuelta en dirección opuesta y me deja plantada en medio del pasillo lleno de gente.

Limpia como una patena y metida en un vestido rojo de cóctel que enseña más piel de la que tocaría enseñar hoy, doy golpecitos en la mesa antigua al ritmo de Chopsticks.

—Te vas a fastidiar las uñas —me advierte mi madre desde el otro lado de la cocina, señalando con la cabeza en dirección a mis uñas acabadas de pintar. Se apoya contra el mostrador y me mira mientras toma sorbos de té de una taza humeante.

Dejo de dar golpecitos pero no respondo.

—¿Estás nerviosa por el baile? —pregunta mi madre, tratando de entablar una conversación.

Oigo el reloj del abuelo que toca la media hora en el salón. Llegará en cualquier momento.

—Supongo —digo mientras me sacudo un rizo por encima del hombro. En realidad, no estoy nerviosa por el baile. Lo estoy por mi vida.

Intento sacarme de la cabeza los pensamientos oscuros y me concentro en las notas que tengo delante de mí, esparcidas por toda la mesa como el diario de una persona desequilibrada. He destinado toda la tarde a estudiar a Luke lo mejor que he podido, empollando más para esta cita que lo haré para el examen de acceso a la universidad más adelante. Aun así, quizá me olvide algo. Este pensamiento hace que me sienta incómoda; sigo leyendo.

Mi madre y yo damos un salto cuando suena el timbre de la puerta.

—¿Quieres que abra yo? —pregunta mi madre, viendo que me quedo helada en mi asiento.

—¿Eh? Ah, no. Ya voy. Quiero decir, salgo con él, ¿no?

—Sí, lo haces —dice cálidamente—. Y es un chico muy majo. Estás guapísima, London. Que te diviertas esta noche.

Camino hacia la puerta de la cocina como si mis pies fueran de plomo y continúo por el pequeño pasillo que lleva a la entrada. Giro a la derecha, abro la puerta y ahí está.

Ahí. está.. él.

Luke.

Alto, pero no muy alto, fuerte pero sin pasarse, pelo perfecto, ojos gloriosos, parece cómodo enfundado en su sencillo traje negro, aunque sé por las notas que es más partidario del estilo rockero chic.

Sujeta un lienzo gigante con un lazo atado alrededor.

—En lugar de un ramillete —dice, y me ofrece una pintura de lo que parece ser mi oreja.

Se puede ver la sombra del agujero curado que volveré a abrirme en la

universidad. Se ven mechones de pelo del color correcto detrás de la oreja. El pequeño montículo en la parte de arriba.

—Es tu oreja de duende —dice Luke mientras me sonrío.

No puedo evitar reírme y tocarme tímidamente la parte del cuerpo en cuestión.

Da un paso hacia mí.

—Es mi oreja favorita —me susurra en el lóbulo izquierdo, lo que me provoca un escalofrío que me recorre la espalda. Da un paso hacia atrás y me mira el vestido—. Estás preciosa —dice sin dudar—. Qué zapatos más bonitos.

—Gracias —digo, y sonrío toda yo. La mayoría de los chicos no se fijan en los zapatos—. Tú también estás muy guapo. Debajo de la americana esperaba una camiseta de un grupo o algo así.

—No. —dice Luke con una carcajada, y muestra un hoyuelo prominente en su mejilla derecha.

Apoyo la pintura con cuidado contra la pared del recibidor y cojo el abrigo. Luke me ofrece la mano, y justo cuando estamos a punto de irnos, mi madre aparece en el momento oportuno para desearnos una buena velada. Le daría un beso por ir armada con una cámara digital y por forzarnos a parar y posar antes de irnos.

Luke se inclina hacia adelante y me abre la puerta, y una vez estamos fuera del alcance del oído de mi madre se agacha y me susurra:

—El vestido es sexy.

Un escalofrío me recorre la espalda, y estoy muy emocionada de saber que voy a pasar toda la noche —bueno, casi toda la noche— con él.

Luke conduce hacia el instituto, y como el baile es en el gimnasio, aparcamos en el aparcamiento de los profesores. Aunque esta noche está permitido, me parece escandaloso.

Dentro, las luces de discoteca rugen y la música está un nivel por encima de ensordecedora. Miro alrededor de la sala y veo a Carley Lynch rodeada de Alex Morgan y otras animadoras. Todas llevan unos vestidos tan escotados que siento vergüenza ajena.

En la esquina opuesta, veo a Jamie justo cuando su mirada se encuentra con la mía. Nos miramos un momento, y entonces desvía la vista.

Lleva un vestido negro muy bonito y está de pie a la derecha de un chico que no reconozco.

Pasa un segundo antes de que desaparezca el dolor y recuerde que Jamie y yo continuaremos siendo amigas durante mucho después de esta noche.

Quizá ella no lo sabe en este momento, pero en realidad no me odia.

Sigo la línea de su mirada, y el estómago me da una pequeña sacudida cuando me doy cuenta de que mira al señor Rice, que hace de carabina esta noche. Me entran ganas de vomitar de verdad cuando él la mira de manera incitante, cosa que ningún

profesor casado debería hacer a una chica de dieciséis años.

Luke también lo debe de haber visto.

—Venga, vamos a bailar —dice antes de que pueda quedarme ensimismada en mis pensamientos.

Vamos hacia el centro de la pista de baile e inmediatamente estamos inundados por un mar de estrellas brillantes, gracias a la bola de discoteca. Cuelgo las muñecas sobre los hombros de Luke, y, de repente, la fuerza de sus brazos alrededor de mi cintura y el ritmo de la canción melódica con el que nos mecemos hacen que fantasee en casarme con él.

Esta podría ser nuestra canción.

Dejo que la letra suave me lleve y disfruto del momento hasta que la fantasía deriva hacia los hijos. Entonces la oscuridad está ahí, mi mente hace preguntas que no quiero contestar.

¿Es el niño muerto de Luke y mío? ¿Por eso no lo recuerdo? ¿Porque lo que compartimos juntos será demasiado doloroso?

Acerco a Luke hacia mí, aprieto la mejilla contra su hombro y me esfuerzo en cerrar los ojos para hacer que se vaya la oscuridad.

De algún modo, él también sabe que debe abrazarme más fuerte, y aunque no ve la lágrima que se me escapa, me frota la espalda como si dijera: «Todo irá bien».

No quiero soltarme nunca.

Luke y yo bailamos como si estuviéramos pegados el uno al otro durante tres canciones lentas, antes de que el disk jockey acelere la marcha.

Las orejas se me llenan con una versión remezclada de un clásico de la música disco que sonará en prácticamente todas las bodas y fiestas a las que acudiré el resto de mi vida. Los chicos valientes bailan, mientras que los que son demasiados guays o demasiado vergonzosos se mueven hacia el extrarradio.

No tengo claro en qué grupo estamos, pero poco a poco nos abrimos paso hacia el margen.

—¿Quieres ponche? —pregunto.

—¿No debería preguntártelo yo? —Luke me devuelve la pregunta.

Me encojo de hombros y Luke accede.

—Voy a saludar a Adam, pero nos encontramos para rodar por la nieve —dice señalando hacia unos bancos decorados con nieve artificial.

Río, sacudo la cabeza, camino hacia la mesa del ponche y cojo dos vasos de plástico transparente. Espero mi turno, los lleno, voy hacia un banco nevado y me siento.

Gabby Stein, de educación física, y su acompañante, Christopher Osborne, están sentados en un banco dos más allá del mío. Los dos me miran como si oliera a calcetines sucios.

Ninguno de los dos sabe todavía, pero Christopher será el que dará el discurso de despedida cuando nos graduemos el año que viene.

Sin embargo, ahora mismo, a pesar de que se parece misteriosamente a Superman, Christopher no es nada más que un pequeño, indefenso animal que ha caído preso del abrazo de boa constrictor de Gabby. No puedo evitar desear que alguien les prohíba esta exhibición pública de afecto mientras rápidamente desvíe la mirada y espero con todas mis fuerzas que Luke se dé prisa.

—Perdón —dice Luke cuando finalmente se instala a mi lado—. Adam está muy charlatán esta noche.

—No pasa nada —digo; y le doy a Luke su ponche. Lo bebe rápido y deja el vaso en la nieve al lado de un montón de otros vasos vacíos que ensucian el falso exterior.

—¿Te lo pasas bien? —pregunta. Sus ojos deambulan hacia la sesión de morreo dos bancos más abajo, y rápidamente vuelve a mirarme.

—Pues, claro, siempre me lo paso bien contigo —contesto sintiéndome un poco culpable por haber usado la palabra *siempre*.

—Pero bailar no es lo tuyo —inquire, leyéndome la mente.

Espiro y me río.

—Pues la verdad es que no. Quiero decir, ha sido divertido durante unos minutos. Las baladas me han gustado. Pero estos zapatos me están matando y tengo hambre.

Se ríe conmigo; luego se pone en pie y me levanta con facilidad de un tirón.

—Vámonos entonces —dice.

—De acuerdo, pero deja que primero vaya rápido al servicio —digo.

—Muy bien, te esperaré en la puerta —contesta, y me besa con suavidad antes de que me abra paso hacia el servicio de las chicas, el más cercano al gimnasio.

Dentro hay al menos cinco chicas admirándose en el espejo gigante que hay sobre los lavabos. Sin mirar a nadie a los ojos, encuentro un sitio vacío y me deslizo entre satén y tules hacia el lavabo libre.

Mientras me lavo las manos, observo que alguien me mira fijamente en el espejo.

—Sé que nunca le preguntaste lo que te pedí —dice Page Thomas con una voz de lo más acusadora.

Este es el motivo por el cual nunca debería venir a actos sociales: no soy social.

Me niego en redondo a ir al baile de promoción.

—¿Me has dicho algo? —digo, fingiendo no haberla oído. Quizá pueda buscar evasivas durante el tiempo necesario para secarme las manos y salir.

—Lo sabes perfectamente —dice con los ojos apretados y la cara fruncida. Se da la vuelta, su pelo rubio platino tras ella, y sale del lavabo.

He terminado, y las otras chicas me miran fijamente. Así que me veo forzada a seguir a Page.

Al final del pasillo, Luke me está esperando. Brad también está ahí, esperando a

Page. Luke se apoya contra la pared y parece un modelo de trajes. Brad observa con curiosidad la vitrina de los trofeos.

Page debe de haberse dado cuenta de la presencia de Luke, porque gira la cabeza y me ve detrás de ella. Me pone los ojos en blanco, se da la vuelta, y acelera el paso. Cuando llega a la altura de Brad, lo coge de la mano y se dirige de nuevo hacia dentro del gimnasio.

No puedo estar segura, pero creo que la oigo murmurar una palabra desagradable sobre mí mientras se van.

—Estás haciendo nuevos amigos esta noche, ¿eh? —dice Luke con una sonrisa compasiva.

Me sujeta el abrigo abierto.

—Vámonos —dice una vez estoy envuelta en mi abrigo y lista.

Me coge de la mano, y nos apresuramos a través del viento en dirección a su monovolumen, lejos de todo. En la amarga oscuridad, mi mente deambula hacia una pregunta que, de acuerdo con mis notas, he deseado contestar: ¿he cambiado alguna cosa con Page, o se precipita igualmente hacia la vergüenza y a que le partan el corazón, gracias a Brad el de matemáticas?

Aunque ella claramente quiere matarme, espero en silencio que de alguna manera el destino de Page sea distinto al que vi unos meses antes. Por muy desagradable que pueda ser, nadie se merece ese sufrimiento.

Estás segura de que no está en casa? —susurra Luke mientras mira la parte frontal de mi casa desde el asiento del conductor de su furgoneta.

—Sí, estoy segura —digo con un volumen normal—. ¿Por qué susurras?

—No lo sé —susurra Luke. Me mira y me lanza una sonrisa enorme y cursi, se vuelve en dirección a la casa y dice—: Me siento como si pudiera oírme.

—¡No está en casa! —grito para demostrar que es cierto lo que digo.

—¿Dónde está? —pregunta.

—Está en el cine —respondo llanamente.

De repente, estoy nerviosa. Luke y yo salimos desde hace unos meses. ¿Espera algo?

¿Y yo?

Sé que me puedo obsesionar hasta la muerte con esto, así que me lanzo y salgo de un salto de la furgoneta. Antes de que cierre la puerta de un golpe detrás de mí, me vuelvo hacia Luke y le pregunto:

—¿Vienes o qué? Necesito un sándwich caliente de queso.

Se ríe y apaga el motor, y después me sigue. Estamos en la cálida entrada en un santiamén y nos quitamos las chaquetas y los zapatos. No puedo evitar preguntarme qué hubiera pasado si hubiera continuado, quitándome el vestido...

—Ha dejado todas las luces encendidas. ¿Estás segura de que no volverá pronto?

—¡Luke! ¿De qué tienes tanto miedo? —le gritó en broma. Mira hacia atrás, en dirección al salón, para asegurarse de que mi madre no está ahí.

—Perdona, sé que parezco un poco paranoico. Simplemente, dudo que a tu madre le gustara que estuviéramos aquí juntos y solos tan tarde.

—De acuerdo, primero de todo, ¿eres de los años cincuenta o qué? Y segundo, no es tan tarde. Solo son las... —Miro el reloj de pared ornamentado situado sobre el piano de la habitación contigua—. No son ni las nueve. Mi toque de queda es a media noche. Y, tercero, aunque no quisiera que estuviéramos aquí solos, nunca lo sabrá. ¡Está en el cine!

—¿A qué hora termina la película? —pregunta Luke.

—A las diez y media.

—Bien, me voy antes de la diez y media.

—Bien —digo con una sonrisa.

—Bien —dice Luke dulcemente. Está de pie delante de mí, finalmente calmado, y se sube las mangas de la camisa blanca de vestir que lleva por fuera. Tiene un aspecto que me para la respiración.

Doy un paso hacia adelante y tenemos la cara a solo centímetros de distancia uno del otro. Antes de pensar demasiado lo que hago, me pongo de puntillas, tomo la cara

de Luke entre mis manos y le planto un beso firme en sus labios suaves. No se aparta, sino que se inclina sobre mí. Baja lo suficiente para que yo no tenga que estar de puntillas. Me envuelve con sus brazos alrededor de la cintura, me estrecha y noto cómo las fuertes palmas de sus manos me aprietan la parte inferior de la espalda. Muevo las manos a la parte posterior de su cuello. Pierdo la noción del tiempo y del lugar y simplemente me dejo llevar y disfruto de los besos, que cada vez son más acalorados.

Se me acelera el corazón y me vuelve a la cabeza el pensamiento de quitarme la ropa. Me aprieto contra Luke, y, pegados por los labios, los dos tropezamos hacia atrás, hasta que su espalda da un golpe sordo contra la puerta cerrada de la entrada. Me apretujo contra su pecho, que me parece mármol cálido. Pone las manos en mi pelo, y cuanto más lo beso, lo beso y lo beso, más se me acelera la respiración.

Los cinco teléfonos conectados a la línea de casa berrean al unísono, y Luke y yo damos un salto cada uno en una dirección distinta, como si hubiéramos sido sorprendidos por una alarma de castidad. Cuando caemos en el origen del ruido, nos sentimos los dos tontos por habernos asustado y por el subidón hormonal; me río nerviosa, y él me sigue.

Doy dos pasos hacia atrás, tropiezo con mis zapatos y caigo al suelo, lo que me ocasiona un ataque de risa histérica. Incapaz de respirar, me acurruco avergonzada como una pelota, y Luke se une a mí en el suelo, sentado primero, y después tumbado y mirando al techo.

Finalmente, el teléfono deja de sonar. Me las apaño para recomponerme.

—Me encanta tu risa —dice cuando me he calmado.

—Gracias, me encanta reírme —contesto.

—Lo sé. Esta es una de las cosas que más me gusta de ti. ¿Te acuerdas del ataque que te dio en nuestra primera cita? Fue muy tierno.

Es bueno saberlo, me digo a mí misma.

—Cuéntame más —digo, tan perfectamente cómoda en la alfombra persa como lo estaría estirada en un sillón o en una cama. Estamos cabeza con cabeza, nuestros cuerpos en ángulo; si alguien nos observara desde arriba, vería una uve.

—Hum, ¿quieres saber las razones por las que te quiero? —me pregunta sin darle importancia, como si me hubiese dicho esas palabras antes. Pero si recuerdo mis notas correctamente, esta es la primera vez.

Mi corazón amenaza con salirse del pecho, pero presento una apariencia calmada.

—Sí, una lista, si quieres.

Deja escapar una risita sofocada.

—Hay demasiadas razones para tener una lista completa, pero nombraré unas cuantas.

—Por favor, continúa —digo, intentando mantenerme firme, cuando en realidad

me siento como si saltara. Contengo la respiración.

—Bueno, está lo que es obvio. Eres muy atractiva.

—Sí, obviamente —digo como si nada, disimulando el hecho de que mi estómago ha dado unas volteretas.

—Me encanta tu pelo. Esto te parecerá una locura, pero cuando te vi por primera vez con aquel conjunto ridículo y con tu pelo largo pelirrojo que volaba por todas partes, solo quería tocarlo. Es suave, y siempre huele bien. De hecho, espera un momento... —Luke se inclina un momento y entierra su nariz en mi pelo. Respira profundamente, luego se tumba sobre su espalda.

—Ah, es lo mejor que hay —murmura.

—Eres un verdadero bicho raro —bromeo. Me ignora.

—Veamos... ¿qué más? Te quiero porque eres el tipo de persona que se hace amiga de un chico nuevo en su primer día de instituto. Ah, y hablando de amigos, me encanta que no hayas tirado la toalla con Jamie, aunque esté enfadada contigo y no se porte nada bien.

—Se lo merece —digo en su defensa.

—Sí, eso es lo que quiero decir. No estás metida en pandillas y toda esa porquería. Eres madura.

—Exacto. ¿Qué has dicho sobre los ataques de risa?

—Bueno, sí, los hay. La mayor parte del tiempo, eres madura. —Luke me da un codazo en las costillas y sonrío antes de mirar al techo otra vez.

—¿Qué más? —lo apremio—. ¡Esto es divertido!

—Veamos —dice Luke, que dobla el antebrazo izquierdo detrás de la cabeza y mira hacia la pared donde se apoya su cuadro—. Me gusta que no pienses que es raro que me guste pintar orejas.

—Bueno, a veces lo pienso. Pero me gusta lo raro —digo—. ¿Qué más?

—No lo sé, London —dice rodando sobre sí mismo para mirarme y sosteniendo la cabeza con la mano—. Creo que es todo el paquete completo. No puedo escoger un trozo. Sencillamente, te quiero toda entera. Creo que siempre lo he hecho.

Me preguntó qué quiere decir con *siempre* mientras me acaricia la cara y nos quedamos quietos un rato. No encaja bien del todo, pero, para no arruinar el momento, digo:

—Yo también te quiero todo entero.

Las palabras son de peso, pero lo digo con sinceridad, y creo que Luke también. Y, extrañamente, con lo pesadas que son, me siento ligera. Parece fácil.

Estamos aquí tumbados, Luke y yo, inhalando la respiración del otro y escuchando el tic-tac del reloj, cuando un desagradable rugido sale de mis adentros.

—¿Eso era tu estómago? —pregunta Luke, mirando en dirección a mi abdomen.

—Sí —dejo escapar, antes de lanzarme a una nueva oleada de delirio—. ¡Te...

he... dicho... que... tenía... hambre! —consigo decir entre jadeos para respirar.

Sacude la cabeza en mi dirección y se pone de pie despacio. La visión de Luke como una torre encima de mí en toda su magnificencia me desata la risa.

—Vayamos a prepararte un sándwich de queso caliente —dice, y me ofrece las manos.

—¡Por fin! —respondo, permitiéndole tirar de mí para levantarme del suelo.

Cuando estoy de pie, tiemblo: el frío de las baldosas debajo de la alfombra se me ha calado en los huesos.

—¿Frío? —pregunta.

—Sí, voy a buscar un jersey. Ve a la cocina y haz como si estuvieras en tu casa.

Subo las escaleras al galope y busco en mi habitación algo confortable y cálido. No encuentro nada a simple vista, así que prendo la luz del armario y empiezo a sacar prendas dobladas de la estantería. Evalúo las opciones y me conformo con una sudadera con capucha de color marrón claro que sé por mis notas que es de Luke.

Observo mi reflejo en el espejo y decido usar un minuto extra para recogerme el pelo en una cola de caballo. Mientras le doy una, dos, y después tres vueltas a la goma del pelo, miro la habitación, intentando verla como lo haría Luke.

Si es que le permito subir aquí esta noche.

La cama está muy bien hecha: mi madre debe de haber recogido todo después de que no marcháramos al baile. Los almohadones están perfectamente puestos en fila.

Hay una foto de Luke y de mí en un marco de madera oscura en el escritorio. No me acuerdo cuándo fue tomada.

En la esquina, el cesto de la ropa sucia está vacío.

En la mesilla de noche están la lámpara y un posavasos vacío en lugar de una taza de té usada que había antes. Mi madre realmente debe de haber limpiado...

Espera.

Por un instante, miro hacia atrás, a la mesilla de noche, en el espejo. Entonces me doy la vuelta en el taburete para verlo directamente.

Tiene un aspecto tan... vacío.

Porque lo está.

¡Porque lo está!

Se me acelera el pulso mientras me pregunto a mí misma:

—¿Dónde están mis notas?

¿Las habrá movido mi madre? ¿Las habrá guardado?

No, ella no lo haría. ¿O sí? Me pongo de pie y me apresuro hacia el otro lado de la habitación.

Miro en el cajón de la mesilla de noche y también en los cajones del escritorio.

Me muerdo la uña del dedo índice, pensando. Doy la vuelta despacio alrededor de la habitación y escudriño cada superficie.

¿Las he puesto en algún lugar?
¿Dónde las puedo haber puesto?
¿Dónde las tenía la última vez?

Inspiro con fuerza casi antes de darme cuenta de lo que ha pasado.

Sé dónde están mis notas.

Están exactamente donde las he dejado.

Exactamente donde las estaba leyendo antes de que Luke viniera a buscarme esta noche.

Exactamente donde he mandado a Luke a esperarme.

Están en la cocina.

—¡Luke! —grito, y salgo a toda prisa de mi habitación y bajo las escaleras, como si esto fuera a producir alguna diferencia—. ¡Luke! —grito de nuevo en vano.

Sé incluso antes de llegar al pie de las escaleras que ya las ha visto.

No llega ninguna respuesta de la cocina. Acelero el paso y casi resbalo en el suelo de madera barnizado mientras doy la vuelta a la esquina hacia la cocina.

—Luke —digo otra vez, a su espalda. Está de cara a la mesa y no habla.

—¿Luke? —lo intento por enésima vez.

Se da la vuelta con una sola nota en la mano.

Me quedo de pie, helada, y lo miro fijamente.

Al final habla.

—Me preguntaba cómo lo hacías —dice.

Aún helada, estoy confundida.

—¿Hacía que? —pregunto.

—Cómo te acordabas de mí esta vez —dice—. Quiero decir que te he pillado unas pocas veces olvidándote cosas. Pero la mayor parte del tiempo, pareces... normal. Pareces reconocerme cada día.

Mi ceño fruncido se levanta y mis ojos se abren como platos cuando me doy cuenta de que lo sabe.

Luke lo sabe. Por un momento, es casi un alivio. No tengo que esforzarme tanto. No tengo que...

Un momento, ¿Luke lo sabe?

Entonces me doy cuenta. Desde hace cuatro meses, el chico que tengo delante me ha estado mintiendo.

Es tan malo como mi madre.

¿Hay alguien en mi vida que no me decepcione?

El alivio se ha esfumado; la ira lo sustituye. Se me caen los hombros y los brazos se cierran, como para protegerme a mí misma del mundo. La sangre me sube a la cara y me martillean los oídos. Se me acelera el corazón.

Se me hace difícil hablar. Pero finalmente soy capaz de hacerlo.

—¿Lo sabías? —pregunto, hirviendo.

—Sí, London, lo sabía —dice con una sonrisa vacilante, como sin saber si debería.

La sonrisa es la gota que colma el vaso. Las manos se me aprietan en puños, y siento la urgencia de gritar a todo pulmón.

—¿Desde cuándo? —digo entre dientes, y pongo una mano en el mostrador para sujetarme. Pienso en las tarjetas de mi padre. En la traición de mi madre. Y ahora esto.

—Desde que teníamos once años —dice Luke sin rodeos, alimentando el fuego que hace estragos en mis venas.

—Luke, ¿de qué demonios hablas? —grito.

Me quedo mirándolo fijamente y siento que me ha engañado. Quiero que se vaya. Pero quiero que se explique antes.

—De acuerdo —empieza—. ¿Te acuerdas...? —Busca entre el montón de notas—. ¿Recuerdas haberme oído mencionar que pasé unos cuantos veranos con mis tíos?

Contenta de haberme tomado hoy el tiempo para estudiar mis notas, murmuro:

—Sí.

—¿Y te acuerdas también de que fuiste a un campamento de día a la Asociación Cristiana para Jóvenes cuando eras más pequeña?

—No.

—Pues fuiste. Y yo también. Mis tíos viven aquí, London. Al menos, mi tía. Están en pleno proceso de divorcio. Una de las razones por las cuales nos mudamos aquí fue para que mi madre estuviera más cerca de su hermana.

Espiro con fuerza. Aún estoy agarrada al mostrador con una mano; las uñas de la otra están a punto de sacarme sangre de la palma de la mano. Con la mandíbula apretada, me imagino a mí misma mordiéndome a través de mis propias muelas. Luke ve mi expresión y capta la pista.

—Todo eso no importa —dice—. El caso es que fuimos al mismo campamento durante un verano. Éramos amigos. Tú eras mi única amiga. Y estoy bastante seguro de que yo también era tu único amigo en aquel entonces.

Luke hace una pausa para asegurarse de que asimilo la información. Lo miro atentamente pero con dureza, y él toma mi silencio como una señal para continuar.

—Ninguno de los otros niños me dirigió la palabra, simplemente porque no vivía aquí. Y además, había la cuestión del Dodgeball.

Levanto las cejas ligeramente, sin decir una palabra. Estoy lívida, pero también tengo curiosidad.

Luke se encoge de hombros como si no fuera nada del otro mundo.

—Jugábamos todos a Dodgeball, y uno de los niños más mayores me tiró la pelota a la cara a propósito cuando el monitor no nos miraba. Me rompió la nariz,

pero tengo una alta tolerancia al dolor, así que me peleé con el niño y le sonreí mientras me golpeaba. Pensé que me haría parecer muy duro. Por el contrario, todo el mundo pensó que estaba chalado. Todo el mundo excepto tú.

Pongo los ojos en blanco al oír el piropo. No me voy a dejar convencer tan fácilmente.

—Me llamaste la atención el primer día del campamento. Te observé leyendo sola en una esquina, a tu rollo. Quería hablar contigo, pero era un gallina. Y en serio que también quería tocarte el pelo por aquel entonces. Lo de antes no era ninguna broma.

Recuerdo la conversación en la alfombra y experimento un tipo distinto de calor por un instante. Pero luego me digo que, justo como mi madre, mi novio es un mentiroso.

Cruzo los brazos sobre el pecho, y Luke se aclara la garganta ansiosamente. Creo que sabe que está a punto de que lo echen, así que se apresura a contar el resto de la historia.

—De cualquier modo, viniste a verme después de la pelea y me ayudaste. Me diste tu jersey para parar la hemorragia. Lo dejé completamente inservible. Pensé que fue una ironía poética darte mi sudadera aquel día fuera del gimnasio —dice al margen mientras señala la sudadera con capucha que llevo puesta—. Pero, por supuesto, no lo pillaste —añade.

—¡No puedo evitarlo! —grito.

—Lo sé —dice Luke—. No quería decir eso.

Cambia de postura y yo miro al reloj. Espero con todas mis fuerzas que mi madre no venga a casa e interrumpa la conversación.

—Son casi las diez —dice Luke.

—Puedo distinguir la hora —le disparo de vuelta.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí —digo con dureza—. Pero primero termina.

—De acuerdo, bueno, sea lo que sea, en el campamento, el día después de la pelea, vine a verte y a saludarte, y tú no te acordabas de quién era. Al principio estaba dolido. Pensé que fingías no conocerme. Como si fueras demasiado guay o algo así. Pero eras muy amable y habladora.

Así que pensé que tenías amnesia o algo. Te pregunté si tenías algún problema en el cerebro. Tú dijiste: «No, ¿tienes algún problema con el tuyo?».

Una esquina de la boca de Luke se levanta un poco cuando recuerda el intercambio. Espera un segundo, y luego continúa:

—De todos modos, seguí preguntándotelo de diferentes maneras, y al final me empujaste a una esquina y me contestaste que tenías un gran secreto, que te acordabas del futuro pero no del pasado. Me hiciste jurar no contárselo a nadie, y nunca lo he hecho.

Luke hace una pausa, y yo lo miro atentamente en silencio. Se da cuenta de que no gana puntos por ser capaz de guardar secretos y continúa:

—Entonces, cada día nos encontrábamos otra vez. Tuvimos un montón de conversaciones repetidas una y otra vez. Pero también tuvimos muchas nuevas. Algunas veces nos sentábamos en la parte de debajo de una de esas cosas para escalar que parecen un queso suizo, e intentábamos adivinar quiénes eran los niños por los zapatos que llevaban puestos. Era muy divertido. Tú eras muy buena en ese juego.

Estoy sorprendida al darme cuenta de que el juego de los pies, que practicaré toda mi vida viene de mi relación con Luke en la infancia. Tengo curiosidad sobre eso, pero me controlo. La ira es más fácil en este momento.

Luke sonríe con melancolía, lo que me hace sentir aún más enfadada. Pongo los ojos en blanco y resoplo, y él lo pilla. Con la cara limpia de nostalgia, continúa:

—Cuando me mudé aquí, pensé que quizá me recordarías. Pero entonces, especialmente aquella noche que nos quedamos dormidos en la furgoneta, lo supe con seguridad.

Noto un pequeño tirón en mi corazón cuando oigo la tristeza en su voz. Pero me mantengo firme.

—¿Eso es todo?

—London, lo siento mucho por no habértelo dicho antes —dice, y da lentos pasos hacia mí, como si se acercara a un animal salvaje.

Instintivamente, me muevo despacio hacia atrás, apartándome del tío del que no podía estar lo bastante cerca hace unos minutos.

—Quieres decir que lo sientes por mentir —digo duramente—. Por traicionarme. Por aprovecharte de mi situación.

—Eso me parece un poco exagerado —dice Luke con una pequeña risa—. O sea, tú me has mentido bastante, si lo piensas. —Ahora casi muestra una sonrisa afectada, lo que me provoca una caída en barrena.

—¡No es lo mismo! —le grito—. No tienes ni idea de qué se siente al olvidarse por completo de cada uno de los días. Me levanto sin saber lo que me puse para ir al instituto el día anterior, y mucho menos qué cosas estúpidas puedo haber dicho o hecho. Recuerdo cosas que nadie, NADIE, debería experimentar. Cosas horribles. Cosas que me pasarán a mí.

Ahora me corren lágrimas por la cara. Luke da otro paso hacia mí, y levanto una mano para pararlo. Sigo hablando entre sollozos.

—Ya me pasaban suficientes cosas, y ahora esto. Mi mejor amiga se ha lanzado al precipicio. Mi madre me miente, y aparentemente tú también me has mentido.

De repente me doy cuenta de algo y me interrumpo a mí misma.

—Un momento, si yo te conocía, ¿por qué mi madre no me lo dijo cuando te vio de nuevo? ¿O fue otra de sus mentiras? ¿Estáis compinchados?

Luke desvía la mirada y mira hacia abajo. Se pone rojo.

—Nunca la había conocido en persona, y ella no sabía mi nombre porque por aquel entonces me hacía llamar de otra forma.

—¿Qué? —pregunto, curiosa a pesar de la ira.

—L.J. —dice Luke inocentemente—. Pensaba que era un tío duro y que todos los tíos duros se hacían llamar por sus iniciales. —Da otro paso.

—Para —ordeno sin encontrar ninguna diversión en la infantil confesión de Luke—. Cualquiera que sea o fuera tu nombre, el caso es que mentiste. Podrías haber juntado para mí algunas piezas de mi pasado. Podrías incluso haberme ayudado, Luke. ¿No lo ves? Pero no lo hiciste. Me has decepcionado a conciencia. No puedo creer que me hayas hecho.

\1.sto. Que se lo hayas hecho a alguien que se supone que quieres. A alguien que pensaba que te quería.

La cara de Luke se hunde, y se queda en silencio durante unos segundos. Luego se sacude un par de lágrimas que se le han escapado de sus ojos azules. Parece indefenso, y parte de mí quiere abrazarlo.

En lugar de eso, cuando me puedo controlar a mí misma lo suficiente para hablar otra vez, digo, casi ahogándome:

—Vete.

—London, lo siento muchísimo. No pensaba que te disgustaría tanto. No intentaba. —Su voz se desvanece y la cabeza le cuelga por un momento. Luego levanta la mirada hacia mí y nos miramos a los ojos—. Simplemente, no quería que te sintieras insegura conmigo.

Sacudo la cabeza y me aparto de la puerta de la cocina para que pueda marchar. Tiene los hombros desplomados cuando pasa de largo hacia el recibidor.

Desde la cocina, oigo como se pone los zapatos y luego abre y cierra despacio la puerta de la entrada detrás de él. Oigo la furgoneta que se pone en marcha y acelera. Cuando su zumbido suave se desvanece en la noche, me desplomo en el suelo de la cocina y me desmorono.

A pesar de que ya es más de medianoche, el tono de llamada de mi móvil silenciado se oye a través de la almohada por tercera vez en una hora. Hay mensajes de voz que eliminaré cuando pueda tocar el teléfono sin responder por accidente a sus llamadas.

Es increíble cuántas cosas puede acumular una después de salir con alguien solamente cuatro meses. Una minimontaña de notas y fotos está apilada en lo alto de mi armario, en la elegante caja de los sombreros. La caja de sombreros estaba destinada a guardar recuerdos, pero ahora será una cápsula del tiempo que nunca más verá la luz del día.

Las chicas de todo el mundo envidiarán mi capacidad para otorgar la cantidad

justa de venganza al chico que me ha decepcionado. Después de terminar de llorar, convoco la capacidad que yo y solo yo parezco poseer y canalizo lo que seguro sería el buen consejo de Jamie si estuviera aquí para darlo.

«Olvídalo», diría.

—Buen plan —digo en voz alta.

Me deshago de la dulzura y, centrándome en lo malo, aprieto la pila de la caja de sombreros para dejar espacio a los últimos elementos. Antes de poner la tapa, añado la nota garabateada, con la tinta aún fresca, que explica lo que él ha hecho para merecer este destino en caso de que abra la caja en el futuro.

La nota para mi madre está en la mesa de la cocina; resume que hemos roto y le da instrucciones para que no hable de Luke nunca más.

La tarea está prácticamente terminada.

Borro los mensajes de voz sin escucharlos y borro su número de móvil. Cuando estoy segura de que mi madre está fuera de combate, voy al sótano a hurtadillas para esconder mi relación fracasada entre viejos electrodomésticos de cocina, cajas de notas de años pasados y juguetes viejos que están esparcidos en el armario de los trastos debajo de las escaleras.

No me detengo a considerar las consecuencias de borrar a Luke de mis pensamientos. En lugar de eso, apago la luz del sótano, corro escaleras arriba y me deslizo bien al fondo debajo de las sábanas. Pienso en Luke hasta que me duermo.

El sueño llega demasiado rápido esta noche.

Una mano me coge del codo izquierdo justo cuando me preparo para sacar el libro de anatomía de las profundidades de mi taquilla. La nota decía que no había terminado los deberes este fin de semana, así que tengo que hacerlo en la clase de estudio.

Hago una mueca de dolor al notar que me agarran, no porque lo hagan especialmente fuerte, sino porque aún me duele el brazo de cuando me las arreglé para caerme sobre él durante la clase de educación física de primera hora, jugando a voleibol, ni más ni menos. En el voleibol no tienes que moverte mucho, y sin embargo se me desplazó un trocito del hueso del codo. Al menos así es como me siento. Probablemente sea solo otra magulladura.

—Ay —digo, y me doy la vuelta para ver la cara del que me ha cogido. No sé a quién esperaba, pero seguro que no era a él.

El chico guapísimo me suelta el brazo y retrocede como si se hubiera quemado. En sus ojos azules perfectos veo confusión, ira, dolor e incluso un toque de súplica.

No lo conozco, pero me encantaría hacerlo.

—No quería hacerte daño —dice con suavidad. Tiene una voz suave y extrañamente relajante.

—Ah, no, no es culpa tuya —digo mientras me froto el codo—. Me caí sobre él en la clase de gimnasia. Soy un poco patosa.

El chico sonrío entonces con tristeza, y un inicio de hoyuelo aparece en su mejilla derecha. El estómago me da la vuelta, y de repente soy muy consciente de todo lo que hago. Cambio el peso del cuerpo de un pie al otro, incómoda.

Al darme cuenta de que lo miro fijamente, dejo de hacerlo y me doy la vuelta hacia la taquilla para coger el libro que había ido a buscar.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto, aún de cara a la taquilla en un esfuerzo por parecer despreocupada.

—Necesito hablar contigo —dice el chico en voz baja.

Meto el libro, una libreta y un bolígrafo de repuesto que estaba en la repisa de arriba en la bolsa enorme de rayas color gris y blanco que he encontrado en el armario de la entrada esta mañana, y cierro la puerta de la taquilla de un golpe. El pasillo ahora está abarrotado, y la chica de la taquilla de al lado de la mía espira con fuerza mientras intenta ir a coger sus propias pertenencias. El chico le bloquea el paso.

—Ay, perdona —le dice cuando se da cuenta de su torpeza.

—Lo que tú digas. —La chica se abre paso a empujones.

El chico se ha movido y ahora me bloquea la salida a mí, y empiezo a reconsiderar mi deseo de acordarme de él. Transmite un sentido de la urgencia un

poco repelente.

—¿Te encuentras bien? —le digo mientras me pregunto si le pasa algo. ¿Va a hacerme una escena este chaval? ¿Por eso no lo recuerdo?

Me agarro a mi bolsa como si fuera un osito de peluche y yo fuera solo una niña y doy un paso a la derecha para esquivarlo, pero él se adelanta a mi movimiento y me bloquea el paso otra vez. Se inclina ligeramente y me mira directamente a los ojos antes de hablar.

—No, London, no me encuentro bien. ¿Tenemos una pelea y se termina todo? No me devuelves las llamadas. No estabas en casa ayer cuando pasé a verte. Tenemos que hablar de esto.

Cuando termina, se endereza ligeramente, pero no deja de mirarme a los ojos. No sé qué hacer, así que opto por ser sincera.

—Lo siento muchísimo, pero no tengo ni idea de lo que dices. Ni siquiera te conozco. —Sonrío débilmente, como si intentara consolar a un amigo.

Entonces es como si una bombilla se encendiera en la cabeza del chico. Está de pie, completamente recto, y entrecierra los ojos. Sacude la cabeza y me mira con más veneno todavía.

—Muy madura, London. Muchas gracias —susurra el chico. Se da la vuelta y avanza por el pasillo principal en la dirección que yo tengo que ir.

La chica de la taquilla de al lado de la mía suelta una risita cuando pasa; ha oído toda la conversación:

—Si no lo quieres, me lo quedo yo.

Espero hasta que no hay rastro del chico antes de zigzaguear hacia la clase de estudio. Mientras voy para allá, repaso lo sucedido y termino tan confundida como estaba antes. Abro las grandiosas puertas de la biblioteca y paso a través del detector de metales, contenta de tener toda una hora de clase para reflexionar sobre la situación.

Y, ah sí, hacer los deberes de anatomía.

Pero entonces, al acercarme al banco de mesas reservadas para la hora de estudio, me doy cuenta de mi mala suerte.

El chico melancólico está sentado solo en la única mesa con asientos libres.

No podía ser de otra manera.

Sorprendentemente, el chiflado guapo está ocupado toda la hora con otras cosas, así que me las apaño para terminar los deberes con tiempo de sobras. Aun así, no puedo evitar observar cómo sopla y resopla mientras escribe furiosamente en su libreta. Estás enfadado, ¿eh?

Ahora, mientras estoy sentada con todo recogido y lista para salir en cuanto suene la campana en cuarenta y cuatro, cuarenta y tres. cuarenta y dos segundos, el chico sigue escribiendo. No puedo evitar mirarle los músculos que se tensan cuando

flexiona el antebrazo izquierdo y mueve el bolígrafo por la página. Su camiseta gastada parece tan suave como la piel de un bebé y cuelga muy bien de la percha perfecta que forman sus hombros y su pecho. Me descubro a mí misma queriendo tocar el mechón de pelo ondulado que le sale por detrás de la oreja derecha.

—¿Qué? —me dice el chico con brusquedad, y me mira a los ojos. Unos cuantos alumnos que vigilan el reloj se vuelven en nuestra dirección.

—Nada —susurro, y miro hacia atrás, al reloj industrial colgado de la pared que me dice que estaré libre de esta incómoda situación en veinte. diecinueve. dieciocho. segundos.

Oigo cómo el chico arranca las páginas de la libreta en las que ha estado trabajando, lo que me parece raro, ya que imaginaba que las querría mantener bien guardadas hasta que las necesitara en clase.

Finalmente, suena la campana, y me levanto tan rápido para irme que prácticamente tiro la silla.

—Espera —dice él en un tono más suave. En lugar de echar a correr, me doy la vuelta para darle la cara.

—Por favor, lee esto —dice, y me ofrece lo que ahora veo que es una carta. Está doblada por la mitad y tiene mi nombre escrito en la parte de fuera.

—De acuerdo —digo mientras pasa rozándome, y me quedo confundida y sola en una biblioteca desierta junto con un olor cálido y extrañamente familiar que deja detrás de sí.

Me salto el viaje a mi taquilla antes de mates y en su lugar opto por llegar pronto a clase y ver por qué demonios este chico está tan enfadado conmigo.

Minutos más tarde, me doy cuenta de que llegar pronto ha sido una buena opción.

Querida London:

Antes de nada, déjame solo decir que te quiero. Recuérдалo mientras leas...

Me llamo Luke Henry y he sido tu novio desde que empecé en Meridian en octubre. No te acuerdas de mí en tu futuro por algún motivo que aún no hemos resuelto, pero me gustaría tener la oportunidad de averiguar por qué.

En estos momentos estás seriamente cabreada conmigo, y con toda la razón. Nunca te dije que nos habíamos conocido antes, pero es así.

Cuando éramos más pequeños, fuimos juntos a un campamento. Estaba fascinado contigo y por cómo cada día te hacías amiga mía otra vez, aunque no te acordabas de mí del día anterior. Tú fuiste mi primer flechazo de verdad, y ahora eres mi primer amor de verd.a,d.

Después del Baile Formal de Invierno, el sábado por la noche, encontré las notas que usaste para acordarte de mí y te dije la verdad. Tenías razón cuando dijiste que te había estado mintiendo durante todo este tiempo. Lo siento muchísimo, London, y todo lo que quiero es la oportunidad de redimirme. No tengo ni idea por qué lo hice. Quizá pensé que tú pensarías que te acosaba. Quizá solo quería ver si te despertarías alguna vez sabiendo quién era.

No lo hiciste.

Pero, London, estamos bien juntos. No quiero perderte. Cometí un error tremendo, pero espero que pueda.s perdonarme. Porque, como he dicho al principio, te quiero, London Lane.

Siempre.

Luke.

Después del instituto, tengo una caja de sombreros con adornos florales ante mí, con sus vísceras expuestas. Con la carta de disculpa de Luke en una mano y la foto de una pareja feliz en la otra, me siento como si mis vísceras estuvieran también expuestas.

Mi madre no parecía sorprendida cuando le he preguntado sobre él. Me llevó derecha a la caja de sombreros, con un aspecto al límite de parecer condescendiente.

—Vaya, no te ha durado mucho —dijo.

—No ha terminado todavía —respondí, y cogí la caja de sombreros y me refugié en mi habitación.

Ahora, en una palabra, estoy desconcertada.

He empezado por el principio, y después de haber leído sobre las primeras veces que Luke y yo hablamos, estaba lista para marcar su número y aceptar su disculpa allí mismo y en aquel momento.

Pero luego seguí leyendo, con su traición en la mente. Cada momento que podía parecer placentero se volvía más oscuro, más sucio, filtrado por esta nueva lente de mentiras. Me había ocultado un secreto todo el tiempo, sin dejarme conocer nunca al Luke real.

Por otro lado, yo también le había ocultado un secreto.

De alguna manera, los dos éramos culpables.

Pero, aun así, su mentira era peor.

¿Lo era?

El móvil suena detrás de mí y sé que es él, aunque el número no está guardado en el teléfono. Pienso si ignorar la llamada, pero no puedo evitar contestar.

—¿Diga? —digo tranquilamente.

—Hola. —Una voz suave respira en el teléfono y me provoca escalofríos que suben por mi espalda.

¿Por qué mintió? Si no estuviera enfadada con él, en estos momentos podría estar mirando sus ojos azules.

—Hola —respondo.

—Sé que dijiste que necesitabas tiempo, pero tenía que llamarte —empieza Luke.

—No me das exactamente tiempo para asimilarlo —digo, determinada a no dejarme seducir tan fácilmente. Guapo o no, me ha hecho daño.

—Lo sé —dice con suavidad, y parece indefenso—. ¿Qué puedo hacer?

—No puedes hacer nada —digo firmemente—. He dicho que necesito tiempo para resolver esto, y si realmente te importo, lo respetarás.

Hago una mueca de dolor y creo que él también podría haberla hecho, aunque no puedo estar segura. Se queda en silencio durante unos segundos.

—De acuerdo, London —dice finalmente, con una tristeza que me parte un poco el corazón—. Te dejaré en paz.

En lugar de decirle «es igual, déjalo estar», como querría desesperadamente hacer, simplemente digo:

—Gracias, Luke. —Y cuelgo antes de hacer ninguna promesa que no podría ser capaz de mantener.

Me apoyo contra la cama, con la caja de los sombreros destripada delante de mí y las crónicas de nuestra relación esparcidas por el suelo, y no puedo evitar llorar. No quiero ser sensata. No quiero pensar en cosas. No quiero tener que perdonarle.

Para empezar, no quiero que me haya mentido.

Aparto los restos que había encima de mis piernas y me subo a la cama, me tumbo boca abajo en la almohada y sollozo durante quién sabe cuánto tiempo. No la oigo entrar, pero mi madre aparece, me acaricia el pelo, me da palmaditas en la espalda y me dice que todo saldrá bien.

No, no saldrá bien, me digo a mí misma.

No saldrá bien en absoluto.

La vida me ha cogido por sorpresa esta mañana.

Apenas son las siete de la mañana de un miércoles, y ya estoy cansada. Parece que todo está mal, así que me concentro en algo pequeño.

Page Thomas.

La nota de ayer decía que hizo de capitana en la clase de gimnasia. Cuando solo quedaba yo en el banquillo para escoger, Page le dijo a la señorita Martinez y a la clase que ella prefería jugar con una persona menos antes que tenerme a mí en su equipo.

Qué bonito.

Sigo adelante y leo sobre Luke, pero entonces algo en una nota de hace cuatro meses me llama la atención. Es de cuando Luke se mudó a la ciudad, y dice así:

Llevar pantalones de yoga, camiseta para gimnasia (tuve que pedir ropa prestada a Page el viernes).

Ayer, Page no me hubiera prestado ni un trozo de papel higiénico, así que mucho menos una camiseta. La recuerdo de mañana, y de ninguna manera me prestaría algo tampoco entonces. Curiosa, paso la siguiente hora buscando entradas sobre ella entre las notas. Y llego a la siguiente conclusión: he salvado a Page Thomas.

De acuerdo, no ha sido de un edificio de cuarenta pisos en llamas ni nada por el estilo. Pero, cuando ahora miro hacia atrás, veo claramente que hubo un tiempo en que recordaba a Brad partiéndole el corazón a Page. De hecho, destrozándoselo.

Pero esta mañana, cuando pienso en Page y Brad, los recuerdo juntos hasta que no los puedo recordar más. En la fiesta de los del último curso oí que van a ir a la universidad juntos; esa será la última vez que sabré algo de ellos.

Por lo que puedo decir a partir de lo que está en las notas, las cosas cambiaron cuando mentí sobre que a Brad no le gustan las chicas. Page se vio forzada a buscar otra manera de llegar a los brazos de Brad, y parece que esto ha supuesto una gran diferencia.

Así que no tengo amigos. Y, sí, aparentemente he sido engañada por un chico guapísimo y maravilloso. Vivo con una madre de la que no me puedo fiar y temo el peor tipo de angustia posible: la muerte de un hijo.

Como mínimo, se puede decir que mi vida está fastidiada.

Pero el minúsculo trocito de pedazo de migaja de resquicio de rayo de sol de esta triste mañana de miércoles es que he salvado a Page Thomas del desengaño. Con una

simple decisión, hace meses cambié algo para mejor.

Y si puedo ayudarla a ella, seguramente me puedo ayudar a mí misma.

Tengo la puerta de metal situada de una manera que me permite vigilar la taquilla de Jamie Connor, al otro lado del pasillo, sin que se note mucho. Miro fijamente al espejito de bolsillo y espero. Por supuesto, parece como si estuviera enamorada de mí misma, pero, de todos modos, nadie me presta atención.

Como puedo ver lo que hay detrás de mí, sé que el chico que supongo que es Luke, gracias a las fotos que he visto en mi dormitorio esta mañana, ha pasado de largo antes, despacio, vacilante, como si quisiera parar.

Pero no lo ha hecho. Está esperando; eso es bueno.

Finalmente, un extremado corte de pelo rubio que me es familiar me llama la atención y me doy la vuelta para confirmar que Jamie ha llegado. Lleva unos vaqueros desteñidos demasiado ajustados y un top rosa fuerte que parece suficientemente inocente por la espalda, pero sé, sin tener que mirar, que es muy escotado en la parte delantera.

Cierro la puerta de metal de un golpe, de manera que el cierre encaja bien, y avanzo sorteando por entre dos carriles de estudiantes, los ojos fijos en la espalda de Jamie todo el tiempo. Cuando llego a donde está, tengo que aclararme la garganta antes de que se dé cuenta de que estoy de pie a su lado.

—Hola, J —digo alegremente.

—Hola —murmura, y se da la vuelta hacia su taquilla.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—¿Te importa? —dice sin darse la vuelta.

—Por supuesto que me importa, Jamie, ¡eres mi mejor amiga! —Me mira a mí, y luego de nuevo a la taquilla.

—¿Lo soy? —dice—. ¿O soy demasiado guarra para volver a ser tu amiga?

—¡Jamie, eso no es justo! —digo.

Jamie cierra su taquilla de un portazo y se vuelve hacia mí. Tiene la mirada fría, ausente.

—No, London. No, no lo es —dice amargamente, antes de alejarse en dirección a su primera clase.

Me sonrojo y estoy tan furiosa que quiero perseguirla y zarandearla y decirle todo lo que sé que ella no sabe. Pero justo entonces suena la campana que marca el inicio de la hora de clase, y perseguir a Jamie podría significar un castigo de detención con su novio, quiero decir el señor Rice. Así que, en lugar de eso, corro a la biblioteca.

La señorita Mason me lanza una mirada por llegar tarde, y Luke se sienta erguido y expectante cuando me derrumbo en la silla frente a él. Pero algo de mi expresión les dice a los dos que me dejen en paz. Trabajo en los deberes de español toda la clase, y me voy rápido cuando suena la campana. Puedo notar la desilusión de Luke, y el

sentimiento de culpa se apodera de mí hasta que me acuerdo de las notas de esta mañana. Este es el chico que me mintió durante cuatro meses. Cuatro meses. Se merece un poco de indecisión. Se merece tener que currárselo un poco.

Me salto el viaje a la taquilla y me instalo en la silla en Español y vigilo la puerta. Estoy preparada para enfrentarme a Jamie antes de clase, pero los segundos pasan y su escritorio continúa vacío. Suena la campana y Jamie no está.

Diez minutos más tarde, todavía no está aquí.

Cuando he decidido que debe de haber hecho novillos, se ha ido a casa enferma o tiene una cita con el médico, me enfrento al hecho de que hoy no habrá confrontación. Jamie ha dicho la última palabra, y era una palabra desagradable. Mi ira se calma porque debe hacerlo, y la reemplaza la tristeza. No puedo evitar sentir que mi mejor amiga me ha abandonado.

Y lo entiendo, al menos un poco. Sé que está enfadada. Sé que tiene celos de Luke. Sé que desearía que no desaprobara a su novio, si es que se puede llamar así al señor Rice.

Pero entenderlo no hace que deje de doler.

Compartiré mis pensamientos y sentimientos con Jamie para siempre. Para siempre, excepto durante este momento. Y justamente en este momento necesito la verdad.

Debería estar aquí para intercambiar notas sobre si debo o no perdonar a Luke. Debería estar aquí para susurrar conmigo conversaciones sobre mi padre. Debería ayudar a que me calmara —simplemente por el hecho de estar cerca— y olvidara cosas que son demasiado horribles para saberlas. Debería querer ser mi compañera para hacer estas prácticas estúpidas de pronunciación.

Pero estoy sola, no solo para las prácticas de pronunciación. Para todo. Cada mañana cuando me levante y descubra todo esto de nuevo, se abrirá una herida fresca, hasta el día en que Jamie decida perdonarme.

Y entonces estaremos bien otra vez.

Porque así es como lo recuerdo.

El teléfono de casa suena dos veces antes de que mi madre responda. Puedo oír su voz amortiguada desde la cocina, debajo de mi habitación. Un minuto más tarde, llama rápido a la puerta.

—London, ¿estás levantada? —susurra a través del batiente de la puerta.

—Sí mamá, estoy despierta. Pasa —digo desde la silla de mi escritorio. Estoy sorprendida de que no me haya oído moverme por la habitación antes. Llevo levantada desde hace horas.

—Hay una mujer al teléfono que quiere hablar contigo —dice.

—Qué raro —digo, antes de empujar hacia atrás la silla del escritorio y andar hasta la mesa del teléfono en el pasillo.

Cojo el auricular y espero hasta que mi madre llega a la cocina y cuelga el otro aparato.

—¿Diga?

—¿London?

—Sí, soy London. ¿Quién es? —digo mientras doy vueltas al cordón del teléfono alrededor del dedo índice.

—Soy Abby Brennan. Nos conocimos hace unos meses.

Tengo la mente en blanco. Estoy callada.

—Viniste a mi casa. Buscabas a tu abuela, Jo Lane.

—Ah, sí —miento por el teléfono. No tengo ni idea. Esto no estaba en mis notas —. ¿Cómo está?

—Estoy bien, gracias —dice la mujer amablemente. Puedo distinguir en el fondo la voz de un niño que canta una canción sobre un desfile de serpientes—. Chelsea, mamá está al teléfono, cariño. Perdona, London.

No puedo oír la respuesta de la niña pequeña, pero tampoco vuelvo a oír la canción de la serpiente.

—No pasa nada.

—Bueno, llamaba porque me he acordado del nombre de la residencia de la ciudad donde está tu abuela. Me ha vuelto loca durante meses, y por fin esta semana me he acordado. Se me hace un nudo en el estómago. He estado leyendo notas toda la mañana: ¿cómo se me ha pasado esto por alto?

—¿Ah, sí? —le digo a la mujer, esperando parecer serena.

—Sí, se llama Lingering Pines.

—Es genial —digo como un robot, aunque la cabeza empieza a darme vueltas descontroladamente.

—Sí, bueno, solo quería que lo supieras. Estoy segura de que ahora tienes que prepararte para ir al instituto. Cuando hables con ella, por favor, dile a Jo que la casa

está bien cuidada. Dile que le deseamos lo mejor.

—Lo haré —digo sin pensar, antes de despedirme de la mujer y colgar el teléfono.

En los cuarenta y cinco minutos que quedan antes de ir al instituto me visto con esmero, pongo maquillaje y me plancho el pelo; durante todo el rato no paro de meditar sobre lo que acaba de pasar.

De algún modo, está claro que me las apañé para averiguar que el nombre de mi abuela es Jo Lane. Después, aparentemente fui a casa de Abby Brennan en busca de la mencionada abuela. Y ahora imagino que mi abuela, Jo Lane, está en un asilo de ancianos.

Llamado Lingering Pines.

En la ciudad.

Lo que no entiendo es: ¿por qué? ¿Por qué no me he escrito una crónica de todo esto?

Todo lo que alcanzo a comprender mientras me pongo una capa de brillo en los labios es que cuando busqué a mi abuela pensé que saldría con las manos vacías. Todo lo que puedo racionalizar es que no quería torturarme sabiendo que fracasaría. Todo lo que puedo pensar es que tiré la toalla.

Pero ahora tengo el nombre de la residencia de ancianos de mi abuela. Puedo ponerme en contacto con ella, si quiero. Y ella me puede llevar a mi padre.

Me miro al espejo y le sonrío a mi reflejo. Me siento fuerte gracias a esta nueva información, con mi cabello lacio, pestañas largas y oscuras y la camisa negra ajustada con cuello abotonado.

Y sentirse fuerte es algo bueno, porque aparentemente hay un chico en mi vida que necesita que le recuerden que no debe mentirme nunca jamás.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —me preguntaba mi madre horas más tarde, durante la cena.

—No lo sé —digo, y evito mirarla directamente a los ojos—. Quizá veré una película.

En realidad, no veo el momento de buscar Lingering Pines en Google y llamar para confirmar que mi abuela es una sus residentes. Después de eso, ¿quién sabe?

—No creo que llegue muy tarde —dice mi madre—. Son solo dos casas.

Me encojo de hombros; por lo que a mí se refiere, puede estar fuera toda la noche.

—He comprado palomitas de maíz —ofrece mi madre, que insiste un poco demasiado.

—De acuerdo, gracias —digo mientras pesco los últimos guisantes, y deseo que se vaya ya, o al menos que deje de mirarme mientras como.

Le dedico una sonrisa amplia y cursi (artificial) y, por suerte, se la cree. Mi madre atraviesa la estancia, me da un beso en la cabeza y coge las llaves.

—Supongo que entonces será mejor que me ponga marcha. Que tengas una buena noche, cariño. Hagamos algo divertido mañana, algo para chicas, ¿vale? —Hace una pausa en la puerta que va al garaje, esperando.

—De acuerdo, mamá —le digo para que se tranquilice y se vaya. Segundos más tarde, ha funcionado.

Enjuago el plato, impacientemente, y lo pongo en el lavavajillas antes de subir las escaleras de dos en dos y despertar al ordenador de su estado de ahorro de energía. En menos de un minuto, no solo tengo el número de Lingerin Pines, sino que ya he visto media galería de fotos de las imágenes de sus amplios terrenos, de residentes felices, y de sus instalaciones bien conservadas. Aunque asumo que las personas de las fotos son modelos, inspecciono con atención cada foto por si acaso, y luego imprimo la página principal y algunas fotos como recordatorios.

Me dan escalofríos cuando reflexiono sobre lo que voy a hacer. Paso numero uno: encontrar a la abuela. Paso número dos: encontrar a mi padre.

Antes de que tenga la posibilidad de convencerme a mí misma de que no debo hacerlo, abro el móvil y marco el número principal de Lingerin Pines. Se oye un tono largo y remoto. Me imagino un teléfono anticuado que suena sin ser atendido, una llamada estridente que pasa desapercibida por culpa del volumen demasiado alto de los televisores que chillan desde las habitaciones de los pacientes.

Deseo que una recepcionista descuelgue de una vez justo un segundo antes de que lo haga. Excepto que es una grabación y me dice que Lingerin Pines está cerrada y que, por favor, llame de nuevo mañana o marque el uno para la enfermera de guardia.

Aparentemente, los ancianos residentes de Lingerin Pines están solo abiertos al público entre las 8:00 de la mañana y las 5:00 de la tarde cada día.

Como considero que no se trata del tipo de situación lo bastante urgente para molestar a una enfermera, cuelgo. Guardo el número en mis contactos y me permito imaginar un momento cómo sería tener una abuela para llamarla y visitarla de vez en cuando.

Más adelante, mucho después de haber dejado el instituto, envidiaré la relación de mi amiga Margaret con su abuela. Lloraré cuando se muera de cáncer, no porque la conozca tan bien, sino porque veré a Margaret perder un poco de sí misma cuando la dulce anciana se vaya.

Sin poder hacer nada más esta noche en lo que se refiere a la búsqueda de mi abuela, apago el ordenador, me lavo los restos del día de la cara y me dirijo al piso de abajo a hacer palomitas de maíz y a ver una película, justo como le he dicho a mi madre que haría.

En la cocina, saco los granos aceite y la sartén para las palomitas. Miro con atención las instrucciones en el paquete, luego añado aceite y los granos a la sartén, enciendo el fuego de la cocina y empiezo a dar vueltas despacio a la manivela. El

primer grano explota, luego el segundo, luego doce o veinte o cincuenta más. Sin concentrarme en nada más que en el espacio de tiempo entre las explosiones diminutas para que mis preciadas palomitas de maíz no se quemen, casi no me doy cuenta del ruido en la entrada principal. De hecho, cuando hago una pausa para escuchar, me pregunto si realmente he oído algo.

Luego lo oigo de nuevo: un tímido toque en la puerta principal.

No el timbre.

Un toque.

Sujetando aún el mango de la sartén de las palomitas de maíz, lanzo una mirada al reloj. Da la sensación de que es medianoche. En realidad son las 6:58, una hora perfectamente adecuada para aceptar visitas un viernes por la noche. Lo sería si esperara alguna visita.

Inmediatamente, me pregunto si el conjunto que llevaba hoy ha funcionado: me pregunto si es Luke. Aunque aún estoy dolida por sus acciones, desearía que lo fuera.

Dejo las palomitas de maíz a un lado y me apresuro a salir de la cocina. Enciendo la luz del porche y pienso que ojalá la puerta tuviera una mirilla.

—¿Quién es? —grito.

Hay una pausa, y me planteo apartarme de la puerta y llamar a mi madre para que venga a casa. Quizá no es él.

Finalmente:

—Soy Luke.

Inspiro hondo. Entonces espero un segundo y abro la puerta.

El viento de invierno agita las ondas del pelo de Luke, que tiene las mejillas sonrojadas por el frío. Se saca una mano de los vaqueros brevemente para saludar sin decir propiamente hola, y luego la vuelve a guardar en el bolsillo.

Tiene un aspecto infantil y se le nota un toque de vergüenza por estar aquí, y arrastra los pies cuando abro más la puerta.

Me envuelvo el torso con los brazos para protegerme del frío del exterior, pero no es de gran ayuda. Me estoy congelando, pero no me importa.

Luke está aquí.

Mira alrededor, y de repente sus ojos azules encuentran los míos e invaden mi espacio y mi alma. Me siento cohibida por su mirada penetrante, pero no hay ninguna parte de mí que quiera escapar de ella.

—¿Está aquí tu madre? —pregunta Luke con un tono suave pero fuerte a la vez.

Me siento débil y aprieto los brazos contra el torso para protegerme.

—No, ha ido.

Antes de que pueda terminar la frase, Luke ha subido el peldaño de la entrada y me besa.

Fuerte.

Las palmas de sus manos están a los lados de mi cara, y la poca distancia que había entre nosotros se ha encogido a centímetros. Quizá, un par de centímetros.

Dejo caer los brazos en señal de rendición, y luego, despacio, los envuelvo alrededor de este chico que tengo delante, todavía más y más fuerte. Luke cierra la puerta de la entrada tras él con el pie, sus labios todavía pegados a los míos, y nos besamos como si uno de nosotros se fuera a morir.

—No puedo estar lejos de ti —susurra cuando se toma un descanso para respirar.

Me mira fijamente a los ojos con su frente apretada contra la mía, y sus manos aún me sujetan la cara con fuerza, como si quisiera mantenerme ahí y asegurarse de que lo miro a él también.

Para asegurarse de que lo veo. Y, madre mía, si lo veo.

Sus ojos parecen dolidos pero decididos. Puedo ver en ellos que no va a soltarme, y ahora sé con toda seguridad que tampoco quiero que lo haga.

—Entonces, no te apartes de mí —contesto con un susurro, mientras pongo las manos cuidadosamente sobre suyas y las bajo hacia mi cuello y luego hacia los costados. El movimiento lo relaja un poco, y puedo ver cómo disminuye su angustia.

—¿Me perdonas London? —pregunta Luke con una mirada que todavía me corta.

—Sí, te perdono —digo sincera.

Sí, me mintió. Pero me quiere, y yo lo quiero, y la gente comete errores. No puedo verlo en mi futuro para saberlo con certeza, pero creo que aprenderá de esta experiencia. Parece ser ese tipo de persona.

Luke me besa de nuevo, más suave esta vez. Intento no pensar en nada y solo disfrutar del momento, pero no puedo evitar pensar cuándo volverá mi madre.

La casa hace un ruido, doy un salto y me aparto de Luke como si nos hubieran pillado.

—¿Qué? —pregunta, mirando alrededor.

—Nada —digo mientras echo una ojeada detrás de mí solo para estar segura—. Pensaba que mi madre había vuelto.

—¿Quizá debería irme?

—¡No! —digo con tanta rotundidad que se ríe—. No —digo otra vez más suave. Esta vez doy dos pasos hacia él y le cojo la mano derecha—.

Quédate un rato.

Estoy avergonzada y emocionada a la vez, y seguramente ha habido un tono sugerente en mis palabras, porque Luke ahora se sonroja un poco.

—¿Quieres ir arriba? —pregunta, y me aprieta más la mano.

—Sí, pero.

—¿Pero qué? —pregunta, y se agacha un poco para mirarme a la cara con curiosidad.

Sin encontrar una respuesta más amable, simplemente lo digo tal cual.

—Pero no vamos a hacer.

—¿Hacer qué? ¿Quieres decir *eso*? ¿Sexo?

Aún me mira fija y directamente al decirlo, y ahora soy yo la que se sonroja y se siente infantil por tan solo mencionarlo.

—Sí, eso es lo que quiero decir.

—No he pensado que íbamos a hacerlo —dice sin desviar la mirada.

¿Cómo es posible que esté tan tranquilo en este momento? ¿Ha tenido esta conversación un millón de veces antes? Estoy a punto de responder cuando me interrumpe al añadir—: Al menos no esta noche.

Siento mariposas en el estómago.

—Bien, me alegro de que esto esté claro —digo, y me vuelvo para dirigirme a mi habitación, aún con su mano en la mía.

Detrás de mí, Luke dice:

—Les he dicho a mis padres que iba a pasar la noche en casa de Adam.

A medio camino de las escaras, me paro y me vuelvo hacia él.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —dice con un aspecto un poco travieso.

—¿Dónde tienes pensado dormir?

—En la furgoneta.

—¿Por qué?

—Porque no sabía si estarías fuera esta noche. Tú y Jamie podríais haber hecho las paces o algo así; podrías haber ido a su casa. Pensé que podría necesitar acosarte un poco más —dice con una carcajada.

Se me forma una sonrisa lentamente en la cara. El gesto es dulce. Luke se arriesga a tener problemas con sus padres y a pasar toda la noche en una furgoneta solo para reconquistarme.

—Mira, estoy segura de que mi madre no estará en casa durante un buen rato. Al menos te puedes quedar en esta casa calentita hasta que vuelva.

—Me parece bien —dice Luke, mientras doy la vuelta y termino de subir, tirando del delincuente de mi novio hasta arriba de las escaleras, por el pasillo y hacia dentro de mi habitación. Después, cierro la puerta detrás de nosotros.

Dónde has aparcado? —susurro, presa de un súbito sentido de la urgencia mientras oigo abajo la puerta del garaje abrirse y cerrarse.

—Al final de la calle; te estaba acosando, ¿te acuerdas?

—Métete en el armario —respondo con un susurro y tomando una decisión rápida de la que espero no arrepentirme después.

—¿Lo dices en serio? Puedo irme —ofrece, pero se dirige hacia el armario mientras habla.

—No, quiero que te quedes. Pero date prisa, mi madre estará aquí arriba en un minuto —digo mientras le doy un puntapié a una montaña enorme de notas para esconderlas debajo de la cama; al mismo tiempo examino la habitación para ver si hay algún rastro masculino visible.

Oigo el grifo de la cocina; debe de estar cogiendo un vaso de agua.

Echo un vistazo al reloj y me pregunto si mi madre pensará que es raro que esté dormida poco después de las nueve. Quizá. Pero no tengo otra manera de deshacerme de ella rápido, así que doy un salto al otro lado de la habitación y me meto debajo de las sábanas. Intento respirar con normalidad y parecer tranquila, aunque el corazón me va a toda pastilla.

Los pasos de mi madre se oyen cada vez más fuertes, y cuando quedan solo segundos, susurro un casi inaudible *chis* a Luke.

¡No me puedo creer que ahora mismo haya un chico en mi armario! ¿En qué pienso?

No hay tiempo para reflexionar sobre mi estupidez. La puerta se abre despacio y me quedo inmóvil. Estoy de cara a la pared, pero mantengo los ojos cerrados igualmente, por si acaso se acerca para comprobar si finjo.

Muy poco probable.

—Buenas noches, London, te quiero. —Las palabras que mi madre susurra flotan por el aire de la noche con tanta suavidad que casi ni siquiera están ahí.

¿Es este su ritual nocturno? No puedo evitar sentir una punzada de culpabilidad por el engaño que tiene lugar ante sus narices.

Pero, por otro lado, ella me ha engañado durante años.

Después de que la puerta toque en silencio el marco y oiga a mi madre dejar el tirador despacio; después de que las pisadas desaparezcan hacia su propia habitación; después de que el agua corra para llevarse la pasta dentífrica y el jabón de la cara hacia las cañerías; después de que se oiga la televisión en su habitación; después de eso, espero cinco enloquecedores y largos minutos más.

Y entonces voy de puntillas al armario.

—Hola —le susurro a Luke.

Está oscuro como la boca del lobo. No puedo ver nada. Desde la esquina de atrás del armario sale su voz suave.

—Hola.

Le oigo ponerse de pie y veo cómo su cuerpo perfecto se materializa en la oscuridad.

En lugar de pararse, Luke anda hasta que su cuerpo cálido se aprieta contra el mío en la puerta del armario.

—Hola —vuelve a decir, todavía más suave esta vez, si es eso posible, antes de propinarme un largo y casi inapropiado beso en los labios.

Quizá los dos estamos cargados por la excitación de portarnos mal, o quizá es la negra oscuridad que nos dirige, pero muy pronto estamos en el suelo de mi armario-vestidor y unos cuantos artículos de ropa no están exactamente donde deberían estar.

Me ciño a mi promesa anterior de no hacer. eso. Pero durante al menos una hora, quizá más, Luke, lo hace muy, muy difícil.

—Tengo que irme a dormir —digo, cuando la respiración por fin se me ha calmado hasta un punto que puedo hablar.

Estoy tumbada sobre el pecho desnudo de Luke, que es cómodo, por extraño que parezca teniendo en cuenta que está duro como una roca.

—Lo sé —dice con suavidad, y se inclina para besarme en la cabeza antes de empezar a desenredar sus largas extremidades de las mías.

—¿Dónde está mi camisa? —pregunto, sorprendentemente cómoda de estar literal y emocionalmente descubierta ante él.

—Aquí la tienes —dice, y la tira en mi dirección.

Una vez estamos los dos vestidos, Luke con lo que llevaba esta noche y yo en pijama, andamos hacia mi cama.

—Duerme aquí conmigo, ¿vale? —digo.

—Creo que dormiré en el suelo del armario —dice, y añade—: por si acaso.

—No, no entrará —prometo, sin saber realmente si nos pillarán.

—¿Qué te parece si me tumbo aquí contigo hasta que te duermas, y luego me voy al armario para que no me encuentre por la mañana?

Demasiado cansada para discutir, y ansiosa por quedarme frita antes de que mi memoria se reinicie a las 4:33, me encaramo de nuevo a la cama. Esta vez, yo me deslizo cerca de la pared y le dejo la mitad de la cama a Luke. Se une a mí bajo las sábanas e inmediatamente nos acoplamos el uno al otro como piezas de lego.

—Mierda —murmuro.

—¿Qué pasa?

—Tengo que escribir una nota. Tengo que anotar esto o me olvidaré.

—Sí, por favor, hazlo —dice Luke—. No quiero que flipes otra vez y me hagas explicarle las cosas a tu madre.

—Muy gracioso —digo mientras le doy un golpe con el codo.

Se ríe en silencio, y yo también, al acordarme de la nota del día después de nuestra primera cita.

Luke ha leído esa nota y muchas de las otras hace un rato esta noche.

—Hum, solo un segundo —dice Luke, y estira el brazo de la parte de fuera hacia la mesilla de noche y coge mi móvil.

Deja libre la otra mano que tenía debajo de mí, escribe rápido un mensaje y aprieta enviar. Inmediatamente, mi móvil hace un zumbido para alertarme de que tengo un nuevo SMS.

—¿Qué dice? —pregunto después de que Luke deja el teléfono de nuevo al lado de la cama.

—El chico en el armario es tu novio. Te quiere y te contará todo lo que pasó la noche anterior.

—Qué mono —digo, y noto que se me caen los párpados y se aproxima el sueño—. No te olvides de contarme la última hora en el armario.

—Mañana te haré una reconstrucción de los hechos —dice Luke, que me arrastra más cerca de él y respira en mi pelo—. Es de verdad, ¿sabes?

—¿Qué es de verdad? —pregunto en una bruma de sueño.

—Te quiero de verdad, London.

—Yo también te quiero, Luke.

El SMS decía que había un chico en mi armario, pero todo lo que he encontrado en él es esta nota:

Querida London:

Roncas.

He oído a tu madre que se iba, así que me he escapado. Volveré dentro de un rato con café y anunciaré mi presencia oficialmente.

Si tu madre vuelve, estaría bien contarle que voy a venir, para que sepa que ya no estamos enfadados.

Ponte a leer... Todas tus notas están debajo de la cama.

Estabas demasiado cansada para escribir una nota ayer por la noche, pero aquí tienes lo más destacado (te cuento los detalles después):

Te rogué que me perdonaras (leerás por qué).

Por suerte, me perdonaste.

Pasamos horas leyendo tus notas; dijiste que para mí esa era una muy buena manera de llegar a conocer a la verdadera London.

Como he mencionado previamente, roncas... y hablas dormida.

Te prometí una reconstrucción de ciertas... otras cosas.

Ayer por la noche fue increíble. Me gustaría que lo pudieras recordar, pero intentaré recordártelo lo mejor que pueda. Ah y PD: besando eres la mejor del mundo.

Te quiere,

Luke.

—Estamos contentas esta mañana, ¿eh? —dice mi madre cuando vuelve del supermercado y ve en mi cara una sonrisa como la del gato Cheshire.

Me meto un trozo de rosquilla de pan en la boca, pero no sirve de ayuda, así que simplemente encojo los hombros como respuesta.

—¿Me atrevo a preguntar? —dice, lo que se podría considerar pregunta, ¿no?

Mi madre se sirve un poco de café, se apoya en el mostrador y me mira con la taza en la mano.

—Luke y yo nos hemos reconciliado —digo con total naturalidad, una vez que me he tragado el mordisco más grande que jamás se pueda imaginar.

—Ah, ya veo —dice con una mirada que me da entender que ya lo sabía.

—Va a venir esta mañana —añado, y señalo mi conjunto como si necesitara explicación. Cada sábado que soy capaz de recordar me lo paso en pijama, al menos hasta mediodía—. Vamos a pasar el día juntos.

Creo ver un destello de pena por los ojos de mi madre, pero en un instante se ha borrado.

—Es genial, London —dice, mientras se aparta del mostrador y pone más café en la taza—. Entonces quizá vaya a la oficina y aproveche para ponerme al día con el trabajo.

—Me parece bien —digo, encantada de que Luke y yo podamos estar solos en la casa un rato. Las notas que me he leído pintan un cuadro de un chico tan atractivo que quiero estar con él sin supervisión. Excepto, por supuesto, que me mintió, pero su nota decía que nos hemos reconciliado. Cuento con él para que me dé los detalles de la noche pasada minuto a minuto.

Justo en ese momento, suena el timbre de la puerta, y prácticamente corro a la entrada para abrir. Abro la puerta de golpe, y casi me quedo boquiabierta al ver al chico que está de pie bajo el sol brillante.

Sí, claro, había fotos, pero no le hacían justicia.

Luke sujeta dos vasos de café para llevar, pero en lugar de entrar, se queda de pie en el porche.

—Vamos —dice.

—¿A dónde?

—Ya lo verás.

Rápidamente, corro y le digo a mi madre que nos vamos al centro comercial —oye, podría ser verdad—, luego cojo mi chaqueta, el móvil y la cartera. Oye mis pisadas y se da la vuelta hacia mí, sus ojos brillantes y preciosos.

—¿Lista?

—Sí —digo, y salto fuera de la casa y cojo el café de su mano estirada. Me besa ligeramente en la mejilla y susurra:

—¿Has visto mi nota?

—Sí —digo, y me sale más íntimo de lo que quería, pero me hace sentir bien.

—Perfecto —dice de una manera que hace que me sonroje. Caminamos hacia la furgoneta, nos abrochamos los cinturones de seguridad y salimos de la entrada del garaje, en dirección a quién sabe dónde.

Y, la verdad, no me importa nada.

Con el café en la mano, la autopista delante de mí, un novio espléndido a mi derecha. Este va a ser un buen día.

Ocho horas más tarde, bajo el sol que se pone, estoy de pie en la entrada del cementerio y me pregunto cómo ha acabado así. El escalofrío que me recorre la espalda me hace reconsiderar la decisión de venir sola. Le hago un gesto a Luke, que está en la furgoneta, y rápidamente apaga el motor y aparece a mi lado.

Le cojo de la mano y me da fuerzas para moverme.

La escena delante de mí me recuerda demasiado al funeral que tengo en mis notas y grabado en el cerebro, una visión ahora tan confusa que duele.

Luke ha sido muy amable al llevarme a la residencia Lingerin Pines. Leyó toda la información ayer por la noche y me ha explicado durante el viaje que encontrarme con mi abuela en persona sería lo mejor. Había imprimido un mapa y había comprado comida para el viaje cuando se fue de mi casa. También había ido a su casa para ducharse y cambiarse de ropa para que sus padres no se preocuparan.

Durante el trayecto, Luke me ha relatado todos los detalles de la noche anterior, que nos han provocado la risa, nos han hecho llorar y nos han inspirado lujuria. Ha habido momentos que quería decirle que parara el coche para poder saltar por encima del reposabrazos y hacer con él lo que me viniera en gana.

Me ha contado cosas sobre mí: todas las notas que había leído y lo que pensaba sobre cómo debe ser mi vida.

Luke ha hablado de cuando nos conocimos de niños, sobre cómo se sentía atraído por mí desde la infancia. Sobre el juego de los zapatos.

Hemos charlado y tomado cafés con leche y comido M&Ms y galletas de manteca de cacahuete, y yo me he sentido tranquila y feliz y querida.

Pero entonces hemos llegado.

Lo que he visto de Lingerin Pines ha sido el mostrador de recepción, donde una enfermera joven y gorda ha comprobado la información en el ordenador y ha llamado a su supervisor antes de llevarme a un lado para susurrarme en la cara con aliento a cebolla que Jo Lane de hecho había vivido allí durante cinco años, hasta que había continuado su camino.

—¿Adónde ha ido? —le he preguntado inocentemente, sin haberlo entendido.

—Siento muchísimo tener que ser la persona que le dice esto, pero Jo falleció el invierno pasado —ha dicho la joven enfermera—. Murió —ha añadido, probablemente debido a mi expresión aturdida.

Más o menos en ese instante me he sentido como si estuviera en una montaña rusa sin haber pedido subir. Después de tener la presencia de ánimo necesario para recabar la mayor información posible, Luke me ha llevado de vuelta a la furgoneta, aún estupefacta, y ha conducido lejos de Lingerin Pines, sin presionarme en ningún momento, pero haciéndome saber que estaba allí.

—Lo siento mucho, London —ha dicho.

—No la conocía —he respondido, con la mente confundida.

Los kilómetros pasaban volando. Nos dirigíamos a casa, y no solo tenía las manos vacías, sino que estaba francamente desconcertada.

Las preguntas que tengo en la cabeza eran las mismas entonces y ahora.

¿Cómo puede estar muerta? Ella está en mi futuro. ¿Estoy equivocada sobre la mujer en el funeral del niño? ¿Es alguien que simplemente se parece a mi abuela? Tengo que comprobar esa foto de nuevo. Quizá debo enseñársela a mi madre. Quizá mi abuela tiene una hermana. Una hermana gemela.

Cada pensamiento espera su turno frente al ojo de mi mente para una selección mental, pero ninguno consigue el papel. Ninguno de los pensamientos es el adecuado.

—Gracias por traerme aquí —digo suavemente, cortando el silencio mientras Luke y yo avanzamos en línea recta por el pasillo central del cementerio.

—De nada —dice Luke con voz calmada.

Mantiene la mirada fija en el mar de piedras que van pasando. Los pies crujen sobre la tierra y las rocas mientras andamos, e intento desesperadamente mantenerme racional, para no imaginarme zombis que salen de debajo de la tierra o fantasmas que me susurran al oído.

Sin estar segura de lo que busco, mis ojos se fijan instintivamente en lo que me es conocido: el cobertizo del cuidador del cementerio disimulado como un mausoleo.

Luke sigue mi mirada y me aprieta la mano que me tiene cogida con fuerza.

—Aquel es el lugar donde estará el hombre que fuma, ¿verdad? —dice.

Su simple pregunta me da una extraña sensación de calma. Incluso de que todo va bien. Desde que había leído mi vida, Luke no solo me entiende, sino que también se acuerda. De alguna manera, él se ha convertido en lo más parecido a una memoria que nunca tendré.

—Sí —digo al tiempo que asiento con la cabeza y mantengo los ojos fijos en el cobertizo.

Estoy tan concentrada que veo el movimiento que hay dentro, algo que, con esta luz moribunda, a cualquier otra persona le habría pasado por alto.

—Vayamos allí —digo, y arrastro a Luke fuera del camino principal y nos metimos en uno más estrecho que corta a través de la tumbas hacia el cobertizo.

Levanto la mano para llamar, pero la puerta se abre antes de que pueda hacerlo.

—Buenas tardes —dice un hombre con cara de querubín y una barba como la de Santa Claus—. ¿Qué puedo hacer por vosotros, chavales?

—Hola —empiezo tímidamente, intentando encontrar las palabras—. Buscamos una tumba. De hecho, la tumba de mi abuela. No la conocía, y nos preguntábamos si hay algún tipo de directorio.

—Un directorio ¿eh? El único directorio que encontraréis aquí está encerrado en

mi mollera —dice el hombre con una sonrisa amable y un golpecito del dedo índice en la sien—. Mi mente es como un cepo: nunca deja que se le escape nada. ¿Cómo se llamaba tu abuela?

Le lanzo una mirada a Luke antes de volverme hacia Santa.

—Jo Lane —digo.

—Murió el invierno pasado —añade Luke.

Santa se rasca la cabeza y murmura:

—Lane. Lane, hum...

Yo lo miro; el cuidador me suena de algo. Quizá es que simplemente se parece a Santa Claus.

Luke y yo nos miramos otra vez, y justo cuando me pregunto si el cerebro de Santa es tan bueno como nos lo quiere vender, su rostro curtido se ilumina.

—Ya lo tengo, pasillo trece, parcela doscientos cuarenta y siete. ¿O es la doscientos cuarenta y ocho? Seguidme, por favor. —Da un paso por el camino y nos lleva en dirección opuesta a por donde hemos venido.

Lo seguimos, más allá de la seguridad del camino principal, directo al reino de la muerte.

Mientras Luke y yo pisamos con cautela detrás del crac, crac, crac de las botas de trabajo de Santa, al menos uno de nosotros se pregunta si puede estar muy cuerdo alguien que escoge trabajar en un cementerio. Mientras camina, Santa murmura en voz baja sobre el funeral de Jo Lane.

—Poca participación en ese. Solo el hombre y el sacerdote. Pobre mujer. Sin tener ninguna culpa, soy igual de culpable.

Estoy preocupada por lo terroríficas que son las tumbas que pasamos, ahora que oficialmente está oscuro. Los árboles colgantes incluso hacen que parezca más oscuro. Da la sensación de que estemos en mitad de la noche, aunque son solo las 6:30.

El cuidador para de andar abruptamente, y Luke me coge de la cintura para evitar que atropelle al viejo.

—Aquí está, doscientos treinta y siete —dice Santa, y hace un gesto hacia el sencillo rectángulo de granito que marca la tumba a sus pies. No puedo evitar pensar que está de pie sobre la tumba de mi abuela.

—Gracias —susurro al acercarme a la piedra.

—Faltaría más —dice Santa, y se da la vuelta hacia el cobertizo—. Quedaos el tiempo que sea necesario; cerraré cuando os vayáis.

Oigo el craqueo de sus botas que se aleja, mientras tengo la mirada pegada en la pieza de piedra como si fuera a crecerle una boca y darme todas las respuestas.

Esposa, madre, abuela, amiga.

Josephine London Lane.

10 de julio, 1936-10 de diciembre, 2009.

Me saltan las lágrimas de los ojos por una mujer que nunca he conocido. Al parecer, mi tocaya. Luke me envuelve con su brazo alrededor de los hombros y me acerca a su pecho.

—¿Estás bien?

—No lo sé —contesto con sinceridad. Me siento como si estuviera fuera de la película, viendo cómo se desarrolla en lugar de viviéndola.

Nos quedamos de pie durante un rato, y cuando siento que es el momento adecuado, doy un paso hacia atrás.

—Vámonos —le digo a Luke.

Me guía en silencio de vuelta por el mismo camino por el que vinimos, a través de las tumbas y en dirección al cobertizo del cuidador. Es imposible para mí no imaginarme la oscuridad: puedo ver al cuidador más joven, más guapo, que parece fuera de lugar fumando y me consuela desde muy lejos. En mi recuerdo, lo miro desde la dirección que tengo ahora frente a mí. En mi recuerdo, estoy de pie mucho más.

El corazón me da un salto y se me paran los pies al verla: la estatua verde del ángel que llora aquel día en el futuro.

Luke se da la vuelta para mirarme y me pregunta qué pasa. En lugar de contestar, echo a correr.

—¡London! —me grita Luke.

Lo oigo correr también; me tranquiliza oír el pesado ruido de sus pasos que siguen mi estela. Al menos, si me doy un golpe con un árbol o tropiezo con un fantasma, me encontrara rápido.

Mi Estrella Polar en la extensión de las tumbas, el ángel que llora, sobresale por encima de sus vecinos silenciosos, vigilando la noche.

Mientras me acerco, las mariposas que tengo en el estómago se reproducen y se multiplican a cámara rápida. Me duele el costado por culpa de la carrera, y el vómito amenaza con subir por la garganta. No sé si es el esfuerzo o la expectación lo que me hace sentir mareada, pero trago con fuerza para mantenerlo a raya.

En un momento estoy en la base del ángel. En lugar de quedarme ahí, doy la vuelta en la dirección que recuerdo, de cara a la localización del funeral que tengo en la mente.

En vez del vacío previsto —la parcela desocupada que espera al ser indefenso, al niño—, hay algo.

Despacio, intento recuperar el aliento, me arrastro hacia allí, y mi mente hace ruidos y gira y da vueltas al problema que parece que no puede resolver. Hasta que está ahí.

La respuesta.

Me encuentro de pie en el lugar exacto de mi recuerdo oscuro, de cara a un espacio que, en lugar de ser un agujero cavado recientemente, es una lápida pulida y elegante, rodeada de plantas crecidas.

La luz que proviene de la farola de la calle, fuera de la verja de hierro, ilumina lo justo; puedo leer el rótulo ornamentado como si fuera de día.

Me trago la bilis mientras Luke pisa con fuerza a mi lado. Por lo menos creo que es Luke. No me doy la vuelta para estar segura.

—Por un segundo te he perdido allí atrás. —Su voz familiar jadea mientras recupera el aliento.

Miro fijamente y no estoy del todo segura de si aún respiro.

Estoy de pie inmóvil, con la mirada pegada en las letras. Por el rabillo del ojo, veo a Luke que también las lee; luego levanta la vista hacia el cobertizo del cuidador en la distancia y hacia el ángel verde a la izquierda.

—Espera, ¿es este.? —Su voz se apaga a media pregunta y, por fin, también lo entiende.

—¡Hala! —es todo lo que dice mi novio, antes de cogerme la mano y mirar la tumba fijamente junto a mí.

Cuando el cuidador se acerca y nos regaña por correr por el cementerio y estorbar la paz, me doy la vuelta y me doy cuenta de que es realmente él.

Ahora es más mayor, está más gordo y lleva barba, pero si sonriera compasivamente en lugar de regañarnos y estar irritado, parecería el mismo. Ahora veo lo que no pude ver antes: puedo verlo a través del paso de los años.

Luke y yo accedemos a irnos a regañadientes, pero no antes de dar un último, largo y duro vistazo al grabado que desbaratará mi vida para siempre.

JONAS DYLAN LANE.

7 DE NOVIEMBRE, 1998 —8 DE MAYO, 2001.

Me da un puñetazo en las entrañas una vez más, justo como la primera vez que lo leí y la vez después de esa.

El funeral fue en el pasado.

El pasado.

Y lo recuerdo.

Estaba tan concentrada en el «quién» que se me pasó completamente el «cuándo».

Mientras nos dirigimos hacia las puertas del cementerio, la cabeza me da tantas vueltas que me duele. Dentro de la furgoneta, Luke enciende la calefacción y empezamos a descongelarnos mientras conducimos en silencio hacia mi casa. Estoy paralizada por culpa de tantas emociones. Hasta que salimos de la autopista y giramos a la izquierda, ya en mi complejo, Luke no habla.

—Tienes que hablar con tu madre —dice.

Miro las casas que pasan y que recuerdo de mañana y me pregunto si parte de mí las recuerda también de ayer. Todas las reglas de mi mundo empiezan a ser cuestionables por culpa de este particular descubrimiento.

Después de todo, la simplicidad de saber lo que viene no es tan simple.

Siento que quiero llamar a Jamie. Ojalá pudiera. Me sacudo el pensamiento de la cabeza y miro las casas un poco más.

Mientras Luke para en la entrada del garaje, la luz del porche parpadea. Miro el reloj del salpicadero y me doy cuenta de que son casi las ocho, lo que no es tan raro, excepto que he salido esta mañana a las once y no he llamado desde entonces.

—Debe de estar preocupada —Luke dice lo que yo pienso.

—Debería de estarlo —digo.

—No te pases con ella.

—Lo intentaré —contesto débilmente, antes de deslizarme fuera de la furgoneta y dirigirme al interior para enfrentarme a mi madre y descubrir la verdad sobre los recuerdos que me faltan.

Quién era Jonas? —le pregunto otra vez. Aunque adivino de algún modo la respuesta, busco igualmente la confirmación. Los ojos de mi madre comparten una mezcla de shock y tristeza que me hacen querer desviar la mirada.

Pero no lo hago.

—¿Quién era, mamá? —le pregunto una tercera vez, ahora más suave.

—¿Cómo sabes...? —Baja la mirada a sus manos.

Me quedo quieta y noto cómo se da cuenta de que el cómo no importa.

Mi madre levanta la mirada una vez más, pero aunque tiene la cabeza alta, su postura se ha derrumbado.

—Jonas era tu hermano —dice casi en un susurro.

Estoy callada, sin ser capaz de pedirle que continúe, pero lo hace igualmente.

—Murió.

—Lo sé. He estado en el cementerio. He visto la lápida.

—¿Por qué...? —Ella misma se para—. Bueno, esa parte no importa.

—Te contaré cómo he terminado allí después de que me cuentes qué le pasó a mi hermano —digo, y me cae una lágrima por la mejilla—. Y por qué me mentiste sobre él. Por qué me mentiste sobre mí.

—Oh, London. No te he mentido. Te oculté una verdad muy triste. Pensé...

—¿Qué, que sería felizmente estúpida toda mi vida?

—Que podía ahorrarte el dolor —dice mi madre, y se toca la cara con la mano, anticipando las lágrimas que le vienen.

Veo que he desenterrado una vieja herida. Una muy profunda y dolorosa.

—Le pasó algo terrible hace mucho tiempo —empieza mi madre, que me mira de vez en cuando, aunque la mayor parte del tiempo mira al estampado de la moqueta, como si él le apuntara lo que tiene que decir—. A tu hermano se lo llevaron. Y lo mataron.

Inspiro profundamente.

—¿Quién lo hizo?

—Nunca lo supimos.

Se le agitan los hombros, y por un momento hago yo de madre y voy hasta el sofá y la abrazo. Lloro sobre mi hombro por un hermano que no puedo recordar.

Quiero saber más, pero veo que hablar de esto es devastador para ella.

Cuando se recompone, se separa, las manos apoyadas en mis hombros.

—No trataba de engañarte, London, tienes que saberlo —dice mientras me mira directamente a los ojos—. Perdiste la memoria del pasado, y lo interpreté como el punto positivo en medio de toda esa negatividad. No conocerías el dolor de la pérdida. Podría protegerte de eso. Eso es lo que he intentado todos estos años.

Cuando lo dice así, aunque no esté de acuerdo, puedo entenderlo. Un poco.

Me libero de las manos de mi madre y me muevo hacia uno de los sillones frente a la tele. Doblo las piernas y me siento encima, aunque aún llevo puestos los zapatos que han paseado por el cementerio.

Las notas me han dicho que mi madre me ha ocultado secretos, pero yo también le he ocultado cosas. Es el momento de ser sinceras.

De pedir ayuda.

—¿Mamá?

—¿Sí, cariño?

—Quiero saberlo todo sobre Jonas. Sé que es difícil para ti, pero quiero que me lo cuentes todo. Es importante.

Me cojo la punta de los zapatos y me acerco los pies al cuerpo.

—Sé que lo es, London. Sé que quieres entender tu vida.

Respiro profundamente y miro a los ojos oscuros de mi madre. Por primera vez, entiendo el tinte de angustia que siempre estará ahí, incluso en las ocasiones felices.

No recuerdo a mi hermano. No recuerdo nada. Pero ella lo recuerda todo.

—Mamá, es más que querer entender. Creo que necesito oír hablar sobre él. Creo que puede ayudarme.

—¿Qué quieres decir? —pregunta confundida.

Finalmente, comparto con mi madre todo lo que se ha estado gestando, lo que sé de anotaciones que he escondido a la persona en la que debería haber confiado hace tiempo.

—Quiero que me lo cuentes todo, porque creo que puede ayudarme a recordar mi pasado —digo.

Mi madre suspira y se frota los ojos.

—London, has ido a médicos que han intentado devolverte la memoria. Una vez incluso te llevé a un hipnotizador. ¿Por qué crees que contarte la historia de la muerte de tu hermano puede cambiar ahora las cosas?

Y aquí está: el momento de la verdad. Miro al reloj de la pared sin ningún motivo en especial. Me muevo en la silla y me tiro más de los pies hasta hacerme un ovillo. Respiro hondo y, finalmente, le digo a mi madre lo que necesita escuchar:

—Mamá, me acuerdo del funeral de Jonas.

Escrito 19/2; incluir en las notas cada noche.

Esta mañana me he levantado con un recuerdo del que estoy segura que estará conmigo para siempre. Es un funeral... el de mi hermano Jonas. Es el único recuerdo del pasado que tengo.

Mamá me lo escondió durante años. Quería protegerme. Es difícil no estar enfadada con ella, pero intento no estarlo. No creyó que fuera necesario añadir el dolor al estrés del asunto de la memoria. Ella tiene que vivir con él cada día, y no

quería que yo también tuviera que hacerlo.

Mamá no estaba allí cuando pasó, pero me contó la historia. Jonas y yo estábamos con papá. Yo tenía seis años y Jonas dos. Estábamos en el supermercado y papá fue a buscar un carro. Nos dejó solos en el coche durante dos minutos. Simplemente anduvo hasta el otro lado del aparcamiento y cuando volvió, Jonas había desaparecido.

Me imagino que papá le dijo a mamá que yo chillaba algo, sobre una furgoneta y señalaba a una que salía del aparcamiento, así que papá saltó al coche y la persiguió. Dijo que era todo lo que él podía hacer. Pero después de un par de manzanas, la furgoneta pasó un semáforo que se estaba poniendo en rojo cuando nos acercamos papá y yo. Intentó pisar a fondo el acelerador. Hubo un accidente. Mamá dice que nuestro coche estaba destrozado; salí herida de gravedad. Estuve en coma, y una mañana temprano, a las 4:33, me morí. Obviamente, me reanimaron, pero mamá cree que ese es el motivo por el que mi cerebro se reinicia a esa hora.

Parece ser que después de eso mi memoria normal desapareció. No me acordaba del accidente. No me acordaba de Jonas.

Mamá echó a papá de casa. Lo culpó por la pérdida de Jonas y por las graves heridas que sufrí. Probablemente, él también se culpó a sí mismo.

Le pregunté a mamá sobre las tarjetas de cumpleaños de papá que guardó en el sobre en el cajón del escritorio. Las encontré en su armario el otoño pasado. Se puso un poco furiosa porque había fisgoneado entre sus cosas, pero dijo que papá intentó ponerse en contacto tres veces, pero cada vez ella le dijo que nos dejara en paz. Me contó que, entonces, ella fue muy desagradable. Ahora., simplemente parece triste. Quizá mamá y papá deberían hablar. Quizá debería hablar yo también con papá.

Dos años después de que fuera secuestrado, la policía encontró algunos huesos de Jonas y su ropa en las montañas al oeste de la ciudad. Lo enterramos entonces. Ese es el funeral que recuerdo.

Escribo esto para poder dejármelo a mí misma cada noche. Sé que será duro leerlo cada mañana, pero es importante. Se lo debo a Jonas.

Se lo debo a mi hermano para poder recordarlo.

Por lo que parece, es una bonita mañana de abril.

Mañana es lunes, así que hoy es fin de semana.

Estoy sentada en una silla giratoria en la mesa de cristal del jardín y tomo un café con leche que mi madre ha hecho sin que se lo pidiera. El sol está en lo alto al otro lado de la casa, así que estoy sentada a la sombra con una brisa ligera que me agita el pelo despeinado.

Todavía llevo puesto el pijama —una camiseta supersuave y unos pantalones cortos ligeros con cordón— y unas zapatillas de forro polar que no recuerdo haber estrenado.

Acabo de terminar una deliciosa rosquilla de pan tostada con queso untado y justo acabo de leer un montón de notas sobre un chico megamaravilloso que se llama Luke. Parece ser que salgo con él desde hace casi seis meses. El día es demasiado bonito para pensar en el hecho de que no parece que sea capaz de recordarlo, hacia atrás o hacia adelante.

Suspiro, como Blancanieves antes de todo el rollo de la manzana, y cojo la otra carta que había en la mesilla de noche esta mañana. Está desgastada y manchada, y no puedo evitar preguntarme cuántas mañanas he leído las palabras que tengo ahora delante de mí.

Suspiro otra vez, me aparto el pelo de la cara, tomo un lento sorbo de café con leche y leo.

Lágrimas y lágrimas salpican las páginas alineadas en mis manos al leer sobre una pesadilla hecha realidad. Rápidamente, seco el agua salada para que no tenga desaparecer la tinta. Porque incluso al hundírseme el pecho y hacerme odiar los pájaros que cantan y todo lo demás, sé que tengo que leer esto hoy y que necesito leerlo otra vez mañana.

Para mí, leer es recordar.

Se hace más llevadero con el tiempo? —le pregunto a mi madre, antes de abrir la puerta del Prius.

Estamos sentadas en la zona donde se deja y se recogen a los estudiantes del instituto. Tengo los ojos enrojecidos e hinchados.

—No lo sé, London —dice mi madre suavemente, y pone una mano sobre la mía—. Para mí, el tiempo hace el dolor más llevadero. No sé cómo será para ti. Cada día para ti es nuevo.

Mi madre parece atormentada cuando dice eso. No contesto. Duda como si quisiera decir algo, como si se debatiera consigo misma. La parte que quiere hablar gana.

—Corazón, creo que deberías pensar en deshacerte de esa carta —dice con cuidado.

—No.

—London, piénsalo. Jonas no querría que estuvieras tan dolida por su culpa cada mañana. No querría que llorases por él de nuevo cada día.

—¿Cómo lo sabes? Era un bebé.

—¡Un bebé feliz! Un bebé que se reía constantemente y te hacía reír y era tu mayor fan. Te enseñaré los videos otra vez, si quieres.

—¿Hay videos?

—Pues claro, London —dice mi madre en voz baja—. No importa, el hecho es que sé que su pequeña alma no querría que su hermana mayor fuera tan desgraciada.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta, lista para entrar.

—Me siento como si se lo debiera —digo con calma—. Para recordarlo hoy y cada día —me cito a mí misma a partir de la nota que he leído esta mañana, pero es como me siento.

Mi madre suspira profundamente. Un coche pita detrás de nosotras, y sé que tengo que salir. Sé que tengo que tener mi día normal en el instituto.

Mi madre mira al padre impaciente del coche de atrás, y luego me mira de nuevo a mí. Tiene la mano todavía sobre la mía.

—¿Por qué, London? —pregunta—. ¿Por qué se lo debes?

Retiro la mano, desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta del coche. Con un pie en la calzada, la bolsa de instituto en la mano, le digo a mi madre:

—Porque yo estoy viva y él no.

—¿Señorita Lane? Oiga. ¿Señorita Lane? ¿Perdone? London Lane, ¿está usted ahí?

Levanto la mirada y me encuentro dos filas de estudiantes boquiabiertos y un señor Hoffman ligeramente nervioso que me mira con atención.

Me he perdido la pregunta por completo, pero, después de una mirada rápida a la pizarra, sé lo que me pregunta.

—F prima —murmuro, agradecida por que he conseguido recordar las partes benignas de las instrucciones de esta mañana, además de esas muy, muy cancerosas que son precisamente las que me distraían.

—Muy bien, señorita Lane. Ya puede volver a las nubes otra vez si quiere —dice el señor Hoffman con un guiño, esforzándose demasiado por parecer un tío legal.

Pobre señor Hoffman, nunca triunfará.

Una chica con pelo de caniche que está delante de mí se balancea tanto hacia atrás en su silla, tan usada que chirría, que sus rizos se apoyan sobre la pagina de mi libreta. Los mechones enredados no cubren nada, ya que no he tomado apuntes. Mi libreta en blanco y mi lápiz portaminas son parte del atrezo, como la mochila en el cesto de debajo de mi asiento y, francamente los libros de texto que hay en su interior.

De todos modos, aparto su pelo fuera del papel, y ella da vuelta hacia atrás con una mirada severa en la cara. Se peina con los dedos mientras suena la campana.

Recojo mis cosas y me dirijo a la puerta del aula, y luego me fundo en el enjambre de estudiantes que zumban de esta clase a aquella.

Cuando llego a mi taquilla, veo a Jamie al otro lado del pasillo, de pie y sola. Ajusto la puerta de metal para ver su reflejo en el espejo.

Jamie cambia unos cuantos libros de sitio, deja la bolsa en el suelo y coge un brillo de labios del estante de arriba.

Después de aplicárselo con cuidado, se cuelga la bolsa del hombro y cierra la taquilla de un golpe.

Se vuelve en mi dirección y duda. Justo cuando pienso que va a venir a hablar conmigo, da la vuelta sobre sus talones y se marcha por el pasillo. Cuando se ha ido, cierro la puerta de mi taquilla de un golpe y la sigo, veinte pasos detrás, deseando todo el camino que fuéramos cogidas del brazo.

Jamie me mira sospechosamente desde el otro lado de nuestro escritorio. Se supone que trabajamos juntas para crear un itinerario de viaje ficticio para unas vacaciones de dos semanas en México.

Es una pérdida de tiempo, y normalmente no me importaría.

Más adelante en la vida haré muchos viajes. Pero hoy no estoy interesada.

—¿Qué? —le susurro. No estoy de humor.

—Nada —dice, sorprendida por la dureza inusual de mi respuesta.

Acerco la guía turística de México hacia mí y la abro al azar por la sección sobre la Isla de mujeres. No puedo evitar reírme. Recuerdo haber estado allí. Con Jamie. Una Jamie un poco más curtida pero aún espléndida.

Buscando entre la sección de los hoteles, encuentro fotos que me dan una sensación de *déjà vu*. Un hotel en una isla privada rodeado por el mar más claro y

azul que se pueda imaginar.

Me recuerda a los ojos de Luke que me miraba fijamente esta mañana durante la hora de estudio.

No puedo evitar sonreír más ampliamente.

—¿Qué te parece tan divertido? —pregunta Jamie mordazmente.

—Nada, este hotel simplemente parece bonito —digo, y doy la vuelta al libro para enseñárselo.

Me pregunto si en estos momentos estoy plantando la idea de nuestra escapada en lo profundo de mi subconsciente. Me pregunto si de alguna manera un pequeño trozo de mí recordará el día de hoy cuando Jamie y yo finalmente organicemos el viaje.

—Supongo —Jamie se encoge de hombros y mira el espléndido hotel—. Los he visto mejores.

Cojo el libro otra vez y empiezo a trabajar en nuestra tarea. Jamie sigue sentada en silencio durante unos segundos, y luego me sorprende con una pregunta.

—¿Estás bien? —dice.

Levanto la mirada hacia ella.

—Sí, estoy bien, ¿por qué?

—Parece como si hubieras llorado —prácticamente susurra mientras comprueba que nadie nos espía. Me gusta que le preocupe avergonzarme en público.

—Sí —digo, y esta vez me encojo de hombros yo—. He tenido algunas historias.

—Oh —dice Jamie, y baja la mirada hacia su regazo.

Por un momento creo que el recuerdo que tengo está equivocado, que no harán falta unas cuantas semanas más para que hagamos las paces. Pero entonces, tan rápido como había llegado, la compasión de Jamie desaparece.

—Ya ha pasado más de media hora de clase. Dámelo. Ya lo hago yo —dice, y me quita el libro de las manos.

Inmediatamente, se pone a trabajar en un itinerario falso para un viaje que no sabe que un día hará, conmigo.

Mientras miro a mi mejor amiga trabajar sola en nuestra tarea conjunta, me siento extrañamente energética. Sé que quiere preguntarme qué me pasa. Sé que le importa que esté disgustada. Sé que me echa de menos.

Y saber todo eso me motiva.

Recuperaré a mi mejor amiga.

Pero primero romperé la relación que no hará nada más que causarle pena.

Adonde vamos? —dice Luke.

—Simplemente, conduce —digo—. Al llegar al semáforo, gira a la izquierda.

Luke hace lo que le mando, y luego protesta.

—Pensaba que querías que pasáramos un rato juntos después del instituto, y no que montáramos una misión de vigilancia.

—Muy gracioso —digo, y sigo dándole órdenes—: Gira a la derecha y luego disminuye la velocidad. Necesito buscar el número de la casa.

En un papel de libreta hay escrito *1553 Mountain Street*. Es increíble lo que se puede encontrar en la guía telefónica.

—Aquí está —digo, y me agacho en el asiento de forma refleja—. La de color blanco ahí a la derecha. La que tiene las persianas negras. Pásala y aparca más abajo en la calle.

Luke sacude la cabeza pero hace lo que le pido. Para la furgoneta en un sitio libre y pone la palanca del cambio de marchas en posición de aparcar. Alargo la mano y bajo el volumen de la radio, aunque ya estaba bastante bajo. Entonces la apago.

—Tendrían que tener oídos biónicos para haber oído esto, ¿sabes? —se ríe Luke.

—Chis —le digo, y estiro el cuello para ver la casa que queda detrás de nosotros.

—Mira, prueba esto —dice Luke, que baja el parasol del pasajero y deja ver un espejito. Lo ajusto y veo la casa sin tener que girar la cabeza.

—Gracias —digo en voz baja.

—De nada —dice mientras me mira con curiosidad—. Oye, ¿y ahora qué? ¿Qué hacemos?

—Vigilar la casa —digo.

—¿Qué esperamos? —pregunta Luke.

—Al mensajero —contesto.

—Al mensajero —repite rotundamente; se inclina hacia atrás en su asiento y mira por la ventanilla sin centrarse en nada en concreto.

Un coche para en la entrada del garaje unas casas más allá enfrente de nosotros, y una mujer se esfuerza para llevar al interior un montón de bolsas que le ocupan los dos brazos. El viento no quiere que lo consiga. La ciega con su propio pelo y la empuja por los hombros.

Intento explicar la situación a Luke.

—Necesito averiguar a quién le da clases particulares la mujer del señor Rice —digo.

—¿Cómo sabes que da clases? —pregunta Luke.

Le pongo los ojos en blanco y le contesto:

—Porque lo sé. Jesse Henson me dirá el año que viene que la señora Rice es

mejor como tutora de matemáticas que la señorita Hanover como profesora.

—¿Quién es Jesse Henson? —pregunta Luke, fijándose en lo menos relevante.

—Es solo una chica de mi clase de mates del curso que viene —digo irritada—. Se sentará a mi lado. Es muy habladora.

—Entonces, qué, ¿quieres averiguar a quién da clases la señora Rice ahora para contarle a esa chica lo del marido? —dice Luke, que ve finalmente la luz.

Asiento con la cabeza una vez.

—¿Pero esta persona no le dirá a la señora Rice que fuiste tú quién se lo dijo? —pregunta Luke confundido.

—No si soy lista —digo.

—Ya veo —dice, y me pregunto si realmente es sincero.

Luke tamborilea sobre el volante como si estuviera aburrido.

No sucede nada en la casa de los Rice, y cada segundo que pasa estoy menos y menos emocionada con mi misión.

Suspiro y cambio de tema.

—¿Qué piensas del hipnotismo? —pregunto.

—A decir verdad, no pienso mucho en ello —dice Luke, me mira con sus suaves ojos azules.

—Pues hazlo un minuto. ¿Crees que pueden hipnotizarme para que recuerde más cosas?

—¿Más qué? ¿Pasado o futuro?

—Cualquiera de los dos —digo, pero en realidad no es lo que quiero decir.

Recordar el futuro es para mí normal. El único recuerdo del pasado que tengo en el cerebro es como una astilla clavada. Está fuera de lugar.

—Quizá un hipnotizador podría refrescarte la memoria sobre mí —murmura Luke, que vuelve a mirar hacia la calle otra vez.

—Quizá —digo, y me concentro otra vez en la casa—. ¿No sería genial salir con alguien al que recuerdas cada mañana?

—Pues claro —dice Luke—. Pero entonces quizá te cansarías de mí.

—De ninguna manera —contesto—. Entonces, ¿qué te parece?

—Creo que depende de ti —contesta Luke.

Su comentario tan diplomático me molesta. Lo miro para ponerle los ojos en blanco, y luego miro de nuevo a la casa.

Todavía nada.

—Quiero lo que tú quieras en lo que atañe a tu cerebro. Te quiero de forma incondicional —dice Luke, y cuando me doy la vuelta para mirarlo, nuestros ojos se encuentran.

Me pregunto si mi corazón tiene noción del tiempo incluso cuando mi cabeza la pierde. Quizá es por ese motivo por el que en este momento siento lo que siento por

Luke, aunque técnicamente lo acabo de conocer esta mañana en la hora de estudio.

Algo me llama la atención y fastidia el momento. Un coche blanco pasa a nuestro lado a toda mecha, e imagino que quien lo conduce no es capaz de ver el peligro que implica una conducción temeraria.

Gira sin aminorar la marcha en la entrada para coches frente a la casa blanca con las persianas negras: 1553 Mountain Street.

El mensajero ya ha llegado.

Espero emocionada mientras la persona apaga el motor del coche, se organiza y abre la puerta. Renuncio al espejo y me doy la vuelta en mi asiento para ver mejor justo cuando una rubia con el pelo largo sale del coche.

Me concentro y luego suelto un quejido.

El mensajero es Carley Lynch, lo que hace las cosas más complicadas. En un principio, solo iba a *motivar* al mensajero para que tropezara con Jamie y el señor Rice. Ahora, con Carley involucrada, tengo que modificar el plan.

Carley Lynch nunca aceptará una sugerencia que venga de mí.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Luke una hora más tarde mientras lanza al aire un pequeño cojín decorativo y lo coge una y otra vez. Quiero coger el cojín y tirarlo por la ventana.

—No lo sé —digo, y recuerdo las muchas veces en las que Carley expresará sus opiniones, desde las ocasiones en las que solamente me fruncirá el ceño hasta aquellas especiales en las que hará comentarios desagradables sobre la ropa que llevo, cómo camino o la vida en general.

—¿No puedes simplemente acordarte de lo que harás y hacerlo? —presiona Luke, que vuelve a lanzar el estúpido cojín al aire.

—¡Luke! —le grito—. ¿Crees que me preocuparía por todo esto si me acordara de cómo solucionarlo? Mis recuerdos de Jamie y el señor Rice terminan más tarde, y de muy mala manera. Lo que ahora intento es cambiar todo eso. Así que voy a ciegas, compañero. Quizás podrías ayudarme un poco en lugar de jugar con ese estúpido cojín.

Justo entonces, el último lanzamiento de Luke aterriza en sus manos y, en lugar de lanzar el cojín de nuevo, lo pone a un lado.

—Perdona —dice, y se sienta erguido y me mira directamente—. Ven a sentarte.

—No quiero —digo como si fuera una niña pequeña enfadada. Pero, de algún modo, los ojos dulces de Luke y su sonrisa amable liman mis asperezas. Muy pronto estoy tumbada en mi cama con él, buscando el camino que conduzca a la defunción prematura de la aventura de Jamie.

Estamos todavía en mi cama cuando, a las 9:45, mi madre llama a la puerta una vez y entra en la habitación. Llega tarde a casa, y francamente, me había olvidado de ella. Me había olvidado de la cena, la hora y todo lo demás.

—¡Ah, Luke! —dice mi madre. Lo mira, tumbado encima de la cama.

—Estamos maquinando un plan —le explico cuando lanza una mirada de advertencia en mi dirección. No es una gran explicación, pero es todo lo que hay.

—Eso está muy bien, pero ¿por qué no continuáis con ello mañana? Se hace tarde —dice.

—¿Qué hora es? —pregunta Luke, y se inclina para ver el reloj en la mesilla de la noche.

—Casi las diez —contesta mi madre.

Rápidamente, Luke se desliza hacia el borde de la cama y se lanza sobre los zapatos.

—Tengo que largarme —dice—. Mi madre se subirá por las paredes.

Luke se levanta y se acucilla delante de mí y me da un beso en los labios justo delante de mi madre.

Muy valiente. Me gusta.

Entonces se echa la chaqueta por encima, nos dice adiós con la mano a las dos y se apresura a salir de la habitación. Lo oigo saltar las escaleras abajo y salir por la puerta, que se cierra con un golpe detrás de él.

—Lo siento —le digo a mi madre cuando estamos solas—. No era consciente de lo tarde que se ha hecho.

—Está bien, cariño —dice, y me acaricia el pelo—. Luke es un buen chico.

—Sí, me gusta de verdad —digo—. Creo que estoy enamorada de él.

Me pregunto si mi madre me va a echar un sermón sobre enamorarse joven y la castidad y todo ese rollo humillante, pero no lo hace. En vez de eso, me sorprende cuando simplemente dice:

—Sé que lo estás.

Después de un abrazo, me deja sola en la habitación, y me siento feliz por el día que he tenido y deseo que pudiera tenerlo para siempre.

En cambio, me pongo a trabajar. Sin la distracción de lo bueno que está Luke, y con la ayuda de mis notas, pienso en ideas. Al final, está claro como el agua: haré que radio macuto trabaje para mí.

Con la ayuda involuntaria de Gabby Stein, Christopher Osborne, el alumno que dará el discurso final en la ceremonia de graduación, Alex Morgan y, fundamentalmente, Carley Lynch, salvaré a Jamie.

Eso es, si todas las fichas del dominó caen de la forma adecuada.

Siguiendo las detalladas instrucciones de la nota de esta mañana, meto el papel doblado en la taquilla de Gabby Stein segundos antes de que los estudiantes empiecen a llegar para vestirse para gimnasia. Sin que se me note mucho, miro como Gabby encuentra la nota, la lee y se sonroja.

En ese momento, sé que la primera pieza de domino caerá: Gabby irá a la clase donde imparten educación vial a la hora del almuerzo en busca de Christopher. A no ser que haya alguna coincidencia incontrolable, evidentemente él no estará allí. Pero sé por mis anotaciones que Jamie y el señor Rice sí estarán.

Ese cotilleo es demasiado jugoso para que Gabby se lo guarde para sí misma.

Cinco clases más tarde, llego pronto a literatura británica y espero ansiosa la llegada de Gabby y la próxima ficha de dominó, la perversa Alex Morgan.

Gabby aparece primero, y cuando la miro sé que los ha visto. Está prácticamente a punto de estallar de ganas de contar su secreto recién descubierto. Intento esconder mi emoción mientras Gabby le susurra algo furiosamente a Alex un segundo después de que esta llegue. Entonces, antes de la campana —y antes de que la señorita Jenkins pueda recordarle la norma de no mandar mensajes de texto en clase—, Alex teclea y manda un mensaje con su móvil que solo cabe esperar que sea Carley.

Cuando salimos del instituto, le pido a Luke que me lleve a una dirección que aparece en la nota de esta mañana.

—¿Otra vez? —pregunta.

—Supongo —me encojo de hombros.

Luke conduce, pero no parece muy contento al respecto. Cuando llegamos, se para en un espacio al final de la manzana y señala con el dedo la casa en cuestión. En unos minutos, un coche blanco entra volando en la entrada del garaje. Carley Lynch sale de él.

—¿Qué buscas esta vez? —pregunta Luke.

Entorno los ojos para estar segura, y luego respondo:

—Eso —digo, y señalo con el dedo.

—¿Qué? ¿Carley?

—No es Carley. Su expresión. Su postura. Parece preocupada.

—¿Y? —pregunta Luke—. ¿Tú crees que eso significa que lo sabe?

Respiro profundamente y dejo salir el aire, aliviada. Es una pequeña victoria.

—Sí —le digo a mi novio—. Lo sabe.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

Lo miro a los ojos, contenta de tenerlo en mi vida.

—Vamos —digo.

—¿Ya está? ¿Eso es todo a lo que hemos venido? ¿A ver la expresión de Carley?

—Sí —digo.

—¿No vas a hacer nada más?

—No. No es necesario.

Luke sacude la cabeza en mi dirección mientras pone en marcha el coche y sale del sitio donde ha aparcado.

—Parece una pérdida de tiempo —murmura.

—Espero que no lo sea —digo calmadamente.

—Por el bien de Jamie, yo también —contesta Luke—que esto sea todo lo que vas a hacer—. No puedo creer que esto sea todo lo que vas a hacer.

—Bueno, hay otra cosa —digo.

—¿De que se trata? —pregunta Luke.

—Voy a olvidar que esto ha pasado.

Esta mañana hay un coche de policía en la rotonda del Meridian High School. No es algo que se vea cada día. Los alumnos susurran; las amigas de Carley Lynch la consuelan en la entrada del pasillo principal.

Todo esto es un poco desconcertante.

Cuando llego a español, me encuentro con que Jamie ya está allí, inclinada sobre su escritorio con la barbilla sobre los brazos. Parece como si hubiera llorado.

—¿Qué pasa, J? —le pregunto dulcemente mientras me siento a su lado.

—¿Tú qué crees? —pregunta sin mirarme.

Pienso hacia adelante en los murmullos sobre Jamie en el pasillo. En un juzgado hostil. En una declaración. En una condena.

Miento.

—No lo sé, Jamie, pero, en serio, estemos peleadas o no, puedes hablar conmigo. Siempre estoy a tu disposición.

Jamie me mira con los ojos irritados y la cara hinchada. Suena la campana, y la señorita García pone una película en lengua española. Después de unos minutos, Jamie se da la vuelta para mirarme otra vez.

—Nos han pillado —susurra. Le brotan lágrimas frescas de los ojos—. La policía se lo ha llevado esta mañana. Esa mala pécora de Carley Lynch se lo ha contado al director. Estoy segura de que es la mejor noticia que has oído en todo el día.

Le mantengo la mirada un rato y entonces respondo en un susurro.

—No lo es —digo honestamente—. Lo siento mucho, Jamie.

Desvía la mirada y no habla por un momento. Luego, finalmente, lo hace.

—No te creo —susurra Jamie en voz tan baja que apenas la oigo. Se le hunde la barbilla otra vez en los brazos.

Recuerdo notas sobre la regla de Jamie en cuanto a contarle su futuro. Si ha habido un momento para romper las reglas, es este.

—Jamie —susurro—. Todo va a salir bien. Te lo prometo.

Luke y yo nos cogemos de la mano al cruzar el aparcamiento a la hora del almuerzo. Hay una extraña ausencia de viento, y esto me hace sentir aún más inquieta de lo que realmente estoy. Está todo demasiado calmado para un día tan turbulento.

—No me puedo creer que los pillaran —le digo a Luke al subir a la furgoneta.

—Ajá —dice con una cara divertida.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada —dice.

—Me siento fatal con ella. Quiero decir que he leído mis notas y estaba bastante disgustada por su historia. Pero no me puedo creer que él vaya a ir a la cárcel. Y pobre Jamie. Tiene que ir a juicio. Y todos se van a burlar de ella. Lo recuerdo.

—Hay cosas peores que podrías recordar —dice Luke.

—Hay cosas peores que recuerdo —contesto, y pienso en la nota sobre mi hermano de esta mañana.

En estos momentos, el error de Jamie no me parece tan grande.

—Menos mal que es el final de curso —digo.

—¿Por qué? —pregunta Luke mientras salimos del aparcamiento.

—El asunto se habrá olvidado para el curso que viene —informo—. Para entonces, Jamie volverá a la normalidad. Casi por completo.

Suelto un suspiro profundo, propio del que sabe lo que va a pasar.

—Se está bien afuera —dice Luke, cambiando de tema—. ¿Te sentirías mejor si hiciéramos un picnic?

—Sí —digo, y me imagino tumbada en la hierba, mirándolo fijamente durante toda la hora del almuerzo—. Sí, creo que sí.

—¿Quieres preguntarle a Jamie si quiere venir con nosotros? —ofrece Luke.

—Eres un cielo —digo—. Es una idea genial. —Saco mi móvil y le mando un SMS con la invitación; Jamie me contesta inmediatamente. Progresamos.

Como en casa. He olvidado un libro. Pero gracias. De verdad. Significa mucho para mí.

Sonrío y le respondo con otro mensaje:

Siempre que quieras, J.

—¿Vendrá? —pregunta Luke.

—No, estaremos solos.

Diez minutos más tarde, espero a Luke en su monovolumen en el aparcamiento del supermercado mientras él compra la comida.

Ojalá se dé prisa.

El sol de primavera me golpea a través del parabrisas, y el calor y la quietud enturbian mi concentración y hacen que respire más despacio y relaje los músculos. Aturdida, miro cómo una madre joven entra en la tienda con su bebé y sale unos minutos más tarde con una caja de pañales. Un hombre alto y una mujer bajita entran deprisa por las puertas automáticas, el hombre mira su reloj mientras camina. Dos niños, aparentemente sin supervisión, corren por el aparcamiento y dentro de la tienda. Me pregunto dónde estará la madre mientras muevo con dificultad la cabeza hacia la izquierda.

Una cara en la ventana de la furgoneta me arrastra de vuelta a la realidad. En un minuto, me daré cuenta de que la mujer es probablemente la madre de los dos niños revoltosos que acabo de ver. En un minuto me daré cuenta de que su furgoneta en el espacio de al lado es casi idéntica a la de Luke y que estaba «simplemente mirando el modelo más nuevo», tal como me gritará para explicarse. En un minuto, el pulso se tranquilizará hasta que vuelva al que tenía en reposo.

Pero en este momento estoy rígida. Estoy aterrorizada por la cara grande de esa mujer, flanqueada por las manos ahuecadas para poder ver a través de los cristales tintados. En este momento cierro las puertas con llave irracionalmente y deslizo el cuerpo hacia el centro del vehículo para que el desconocido no me coja.

¿Desconocido?

¿Cogerme?

Incluso cuando lo pienso, sé que es una locura.

Pero entonces algo empieza a encajar.

Me veo a mí misma como una niña pequeña. Mi padre está al otro lado del aparcamiento y tira de un carro en el lugar donde la gente los devuelve. Un niño pequeño está atado en su sillita delante de mí. Es mi hermano, Jonas. Juego a hacer cucú con él. Se ríe.

Una mujer llama a la ventana de mi lado. Parece amigable. Tiene una sonrisa bonita.

—Soy amiga de tú mamá —la oigo decir a través del cristal—. Abre la puerta para que pueda saludar —dice dulcemente—. Te enseñaré mi perrito —añade, y me enseña una bolsa grande con abierta con un perrito diminuto dentro.

Me encantan los perros, especialmente los pequeños.

Me desabrocho el cinturón. Mientras me encaramo al asiento de delante, veo a mi padre allí delante con los carros. No pasa nada. Está cerca. También estará contento de ver a la amiga de mi madre.

Como hago cuando simulo que conduzco en el garaje, le doy al botón del cierre. Las puertas hacen clic.

Antes de ver al hombre, oigo a Jonas gritar. No le gustan los desconocidos. Me doy la vuelta y veo al hombre que lo saca de la sillita del coche. A Jonas no le gusta: llora y da patadas.

Luego, su llanto se vuelve más tenue porque se está alejando.

—¡Papá! —grito al ver a la amiga de mi madre y al hombre meter a Jonas en una furgoneta. Se supone que no puedo salir del coche en un aparcamiento, pero lo hago igualmente—. ¡Papá! —grito y grito hasta que me oye y corre.

Mi padre escucha lo que ha pasado y conduce rápido y persigue a la furgoneta, pero chocamos con un coche y eso es todo lo que recuerdo.

Me caen lágrimas por las mejillas cuando Luke se reúne conmigo en el coche.

—Llévame a casa —digo en voz baja, y así lo hace.

¿Estás bien? —dice mi madre mientras corre hacia mí.

Cuando llega a la silla en la que estoy acurrucada como una pelota, envuelta en una manta de lana, intentando con todas mis fuerzas protegerme del mundo, instintivamente pone el dorso de su mano en mi frente.

—No tengo fiebre —digo, y me la quito de encima—. Estoy bien, solo necesito que me ayudes.

Da un paso hacia atrás con su traje y sus tacones y me mira con cautela.

—De acuerdo. —dice.

—Tenemos que ir a la policía —digo sin reparos, con la voz un poco ahogada porque la manta se ha deslizado hacia la boca. La aparto y me siento erguida.

—¿A santo de qué deberíamos.?

—Sé quién lo hizo. Sé quién se llevó a Jonas. Me acuerdo de ellos. —La cara de shock de mi madre no me sorprende.

—¿Ellos?

—Sí, ellos. Un hombre y una mujer. Puedo verlos. Puedo ayudar a la policía a encontrarlos.

—Más despacio, cariño —dice mi madre, y se sienta en el sofá a mi derecha—. Dime lo que pasó.

Lo hago, y doy rienda suelta a las lágrimas de nuevo. Todo es culpa mía.

—Corazón, no pasa nada —susurra mi madre, y se acerca para acariciarme el pelo—. No hiciste nada malo.

—¡Sí que lo hice! —sollozo—. ¡Abrí las puertas! Es culpa mía que haya desaparecido. ¡Es culpa mía que esté muerto!

Tiro de la manta otra vez hacia la cara y lloro hasta que no puedo más.

—Chis —dice mi madre una y otra vez, y yo noto que quiero quitarme de encima su amabilidad. No me la merezco. ¿Cómo puede quererme todavía, sabiendo que soy la razón de que Jonas esté muerto?

¿Me querrá todavía cuando oiga el resto de la historia?

—Mamá, eso no es todo —digo entre lágrimas. Por muy terrible que sea el recuerdo del pasado, ya está hecho. Lo que no le he contado es la parte del futuro que no ha pasado todavía. Es una carga tan pesada que me hundo más en la silla.

—¿Qué es, London? —dice mi madre en voz baja mientras me acaricia el pelo hacia atrás y me limpia las lágrimas que otras nuevas reemplazan—. Puedes decirme lo que sea.

Desesperada por contárselo a alguien, abro la boca y escupo las palabras:

—Luke también morirá.

En una voz tan baja que mi madre tiene que acucillarse para oírle, le cuento el

recuerdo del futuro provocado por haber visto la cara de los delincuentes.

Le cuento que será dentro de cinco o seis años, a juzgar por mi reflejo en un escaparate en una calle de la ciudad que no reconozco. Luke está allí.

Tengo agarrado un trozo de papel roto con una dirección garabateada. Estamos vigilando, hasta que alguien sale. Tenemos curiosidad. Tenemos intención de decírselo a la policía.

Un hombre sale del edificio de piedra marrón; lleva puestos unos zapatos de vestir de imitación y una blazer para no parecer un secuestrador y un asesino, pero entonces y ahora sé la verdad.

El hombre se desvía de la calle adoquinada por una lateral, y luego nuevamente por un callejón. Lo seguimos sin quererlo y, con solo un par de giros hacia calles equivocadas, la ciudad bulliciosa que me hacía sentir segura ya no parece serlo. Luke y yo damos la vuelta, pero es demasiado tarde.

El hombre sabe que estamos allí.

—¿Qué pasa? —nos grita. Parece borracho o drogado. Sin duda es peligroso. Durante un momento no decimos nada. Entonces, como un idiota en una película de terror, de mi boca salen palabras que querría volver a tragarme.

—Te llevaste a mi hermano —digo impulsivamente sin parecer convincente.

—London —susurra Luke bruscamente mientras me aprieta la mano. Luke es sensato.

—Eso es lo que crees, ¿eh? —dice el hombre y se acerca a nosotros.

Sé con cada fibra de mi ser que estamos ante el peor de los peligros. Esto ha sido un error. El hombre mastica un palillo y se lo pasa de un lado al otro de la boca como si todo le importara un rábano.

Instintivamente, Luke da un paso hacia adelante para protegerme. El hombre no está a más de tres metros de nosotros.

—Salgamos de aquí —le digo en voz baja a Luke.

Estoy muerta de miedo. Doy un paso hacia atrás y le tiro de la mano.

Sin previo aviso, el hombre busca detrás de su espalda y, por debajo de la chaqueta, su mano derecha sale cargada.

Tiene una pistola.

Tiemblo mientras le describo esta parte a mi madre, y ella se mueve hacia el borde del sofá para tocarme la rodilla en señal de apoyo.

Mi móvil vibra por la llegada de un SMS, y sé sin tener que mirarlo que es Luke. Lo ignoro.

—Adelante, no pasa nada —me anima mi madre.

Le digo que el hombre nos apunta con la pistola y la sujeta firmemente. Por supuesto, el asesino tiene una pistola. ¿Cómo hemos podido ser tan estúpidos?

—Ahora no os puedo dejar marchar, ¿verdad? —pregunta el hombre con los ojos

entreabiertos y oscuros.

Da otro paso, la pistola todavía nos apunta, y Luke debe saber lo que viene, porque en ese momento hace algo heroico. O estúpido.

Luke me suelta la mano, me tira hacia la boca del callejón y grita tan fuerte como puede:

—¡London, corre!

Y lo intento.

Pero las balas me paran.

Mi madre ahora se cubre la boca con las manos mientras le cuento el resto: el mundo que se queda en silencio después de que paren los disparos; las pisadas rítmicas del hombre que escapa de la escena; los minutos cuando creo que me muero y miro fijamente con la cara hacia arriba al cielo sin estrellas de la ciudad. Los gemidos guturales que me sacan del trance y me arrastran hacia mi novio que se muere.

Hago una pausa para respirar hondo unas cuantas veces y le cuento a mi madre los momentos finales de Luke. Sin últimas palabras. Sin sentimientos. Solo Luke, que respira con dificultad, el terror puro en su mirada.

Llego al final de la historia sin parar de gimotear, con la nariz congestionada, los ojos desbordados y los hombros convulsionados. A mi madre se le contagia, y lloramos juntas por el pasado y futuro.

Cuando no nos quedan más lágrimas, mi madre me sobresalta al levantarse y darse una palmada en los muslos.

—Levántate —me ordena. Estoy tan enterrada entre los cojines que alguien me podría confundir con un mueble.

—Levántate, London —dice de nuevo.

—No puedo —susurro.

—Sí puedes —dice, y se inclina sobre mí para ayudarme.

Cuando encuentra una de mis manos, la coge fuerte y tira de ella. No puedo evitar levantarme.

—Tenías razón, tenemos que ir a la policía —dice mientras me seca las mejillas con sus manos—. Tenías razón. Necesitamos ayuda. Vamos a solucionarlo.

—Es tan enorme que no sé si podremos —murmuro.

—Sí que podremos —dice mi madre con una voz tan firme que casi la creo.

Me deja de pie sola en el centro del salón por un momento y luego entra zumbando en la estancia, con las llaves en la mano.

Antes de que tenga tiempo de pensarlo más, mi madre me empuja hacia el coche.

—Vamos.

Una cosa buena de vivir en una ciudad pequeña es que es posible que, hace mucho tiempo, cuando iba al instituto, tu madre fuera amiga del hombre que ahora es capitán de la policía. Significa que a lo mejor te escucha cuando otros no lo harían.

—¿Así que te has acordado de todo esto justo ahora? —pregunta el capitán Moeller, que pasea su mirada de una a otra.

El capitán Moeller tiene barriga y está calvo, pero tiene una cara amable y, francamente, es nuestra única esperanza.

—Sí —digo con dulzura—. Ahora me acuerdo del día del secuestro con mucha claridad. Podría ayudar a hacer un retrato robot. ¿O quizá mirar fotos en un libro?

—Ahora serán mucho más viejos —dice el capitán suavemente.

No sabe lo que yo veo.

—Nos gustaría intentarlo —dice mi madre cálidamente.

Después de respirar profundamente, el capitán Moeller se levanta. Coge un archivador de la estantería y lo tira en la mesa pequeña de la esquina. Entonces saca dos más, cada uno lleno de fotos, de la oficina de afuera.

—Empieza por ahí, London —dice, y luego se vuelve hacia mi madre y le ofrece café. Ella acepta, y nos deja solas.

—No creo que esto vaya a ayudar —susurro.

—Inténtalo —contesta mi madre en un susurro, y acerca su silla para unirse a mí en la mesa.

Mira las caras de los delincuentes conmigo, aunque no reconocería a los culpables si se le acercaran a ella en el banco.

El capitán vuelve y se pone a hacer papeleo mientras mi madre y yo examinamos las fotos de delincuente tras delincuente. Una hora más tarde me duele el trasero por culpa de la silla tan dura, y solo he conseguido esa sensación escalofriante que se tiene al mirar a gente que podría hacerte daño.

Quiero irme a casa y olvidarme de todo esto. Quiero ver una película de la Disney para que me lave el cerebro hasta dejarlo limpio. Pero sé que no puedo. He recuperado esos recuerdos horribles; todo lo que puedo hacer es intentar cambiar los que aún no han llegado.

—¿Y si hacemos un retrato? —ofrezco de nuevo.

—Como he dicho antes, la pareja que recuerdas será ahora será bastante más mayor. Probablemente no servirá de nada —dice el capitán Moeller.

—¿No podrán intentarlo con uno de esos programas que da una imagen actualizada con la edad? —pregunto. Veré demasiadas series policiacas en mi vida—. ¿Lo tienen?

El capitán ríe un poco.

—Tienes una chica muy lista, Bridgette —le dice a mi madre.

—Te aseguro que lo es —asiente mi madre.

El capitán Moeller me mira.

—Sí, lo tenemos —dice—. Es que no estoy tan seguro de que vaya a funcionar con un retrato robot. Y, además, nuestro retratista se ha ido a casa.

Echo una mirada al reloj industrial que hay detrás de su cabeza, al igual que hace mi madre.

—Oh, Jim, siento mucho entretenerte —dice mi madre—. Tienes que irte a casa con tu familia.

—No pasa nada, Bridgette —dice con una mirada compasiva—. Por ti, cualquier cosa. Me acuerdo del incidente como si fuera ayer.

Me desconecto mentalmente y me fuerzo a recordar cualquier cosa que pueda ayudar a la situación. Hay una cosa: el trozo de papel.

El problema es que lo recuerdo del futuro.

Mientras mi madre charla con el capitán, reflexiono sobre cómo hacer que se interese por la dirección. Al final, mentir es la mejor opción.

—Cuando ocurrió, cuando se llevaron a Jonas, a la mujer se le cayó en nuestro

coche un trozo de papel con una anotación —suelto.

Los dos adultos pasan rápidamente a prestar atención, mi madre porque sabe que miento y el capitán Moeller porque parece ser el tipo de persona que responde cuando le enseñan una zanahoria.

—¿Qué decía? —pregunta el perro de caza.

—Bueno, no estoy segura del todo, pero creo que era una dirección. Había algo sobre Beacon Street. Lo recuerdo muy bien porque me gusta mucho el bacón. —Parpadeo dos veces como una niña inocente y me siento como una idiota en cuanto las palabras salen de mis labios. Por suerte, el capitán Moeller ignora esta parte.

—¿No decía una ciudad?

—No —digo, y me encojo de hombros. ¿Espera que se lo ponga en una bandeja de plata?

—Bueno, veré qué puedo averiguar —dice antes de que suene su teléfono. Contesta, habla brevemente y cuelga.

Mi madre se pone en pie para irse. Sigo su ejemplo. El capitán nos acompaña a la puerta y nos da la mano a las dos. Nos vamos, desanimadas y agotadas.

A medio camino de casa, paramos en un restaurante y, antes de que hayamos terminado de pedir comida para llevarla en el coche, suena el móvil de mi madre. Contesta, escucha un momento y luego arranca sin recoger la comida. Hemos dado la vuelta y volvemos a la comisaría antes de que tenga tiempo de preguntar por qué.

—Ha dicho que nos lo explicará cuando lleguemos allí —dice mi madre, que se sienta erguida y agarra el volante como si fuera a salir volando en cualquier momento.

El capitán Moeller nos espera en la recepción.

—Gracias por volver —dice mientras los tres nos apresuramos a entrar en su oficina. Me pregunto a qué viene la prisa.

Cuando estamos instalados, nos lo explica.

—He hecho una búsqueda rápida sobre Beacon, London, y resulta que es una calle de la ciudad —empieza el capitán Moeller—. Hace tiempo que un equipo vigila un edificio allí, alguna actividad sospechosa, supongo. Un amigo del grupo todavía estaba en su puesto: me ha dicho que un hombre y su mujer han alquilado el espacio recientemente (es una oficina en el centro, en la zona antigua) y, bueno, ha habido quejas raras, así que lo están controlando.

—¿Qué tipo de quejas? —pregunta mi madre, y me doy cuenta de que se agarra al bolso como si fuera un salvavidas.

—Niños que lloran tarde por la noche en un negocio que está registrado como una casa de empeños —dice en voz baja—. El equipo que tenemos ya ha hecho comprobaciones rutinarias dos veces, y no hay ningún indicio de irregularidades. Pero, como he dicho, no les quitan ojo.

El capitán Moeller deja de hablar por un momento y se aclara la garganta.

Estoy confundida. Mi madre también debe de estarlo. No puedo estar segura.

—¿Qué significa todo esto, Jim? —dice en voz alta—. ¿Por qué querías que viniéramos hasta aquí?

—Bueno, este es el asunto. Es delicado, y quizá estoy equivocado, pero esta nueva información ha despertado mi interés —dice el capitán, y se inclina hacia atrás en la silla y se pasa una mano por el pelo que le queda.

Comprueba la hora y continúa.

—Nunca hicisteis una autopsia al cuerpo de Jonas, ¿verdad Bridgette?

A mi madre la pregunta le sienta como un golpe en las entrañas, y parece visiblemente herida por un instante. Luego se recupera.

—No, ya lo sabes, Jim —dice—. Estaba su ropa —indudablemente, su ropa—, y con la descomposición, decidimos que era suficiente.

Ahora tengo la boca abierta. ¿Mi madre no ha visto ni una serie policíaca? Quizá solo quería que todo terminase. Quizá solo necesitaba creer, enterrarlo y seguir adelante.

—¿Qué tiene que ver eso? —pregunta mi madre, y ahora parece alterada.

—No lo sé. Niños que lloran por la noche, en una casa de empeños que los del vecindario dicen que no está abierta durante el día. Simplemente, es sospechoso.

—Di lo que quieres decir, Jim —le suelta mi madre, y de repente el capitán Moeller se sienta erguido en la silla.

—Es posible que la casa de empeños sea una tapadera para una agencia de adopción ilegal. Creo que podrían dedicarse a robar y vender niños.

Mi madre se queda con la boca completamente abierta.

—¿Vender niños? —pregunta, claramente horrorizada.

El capitán Moeller se frota los ojos.

—Pasa más a menudo de lo que te puedas imaginar. Hay gente que no puede tenerlos y se impacienta porque la adopción normal lleva demasiado tiempo. Van a intermediarios ilegales y pagan miles de dólares para comprar un bebé, sin que les hagan preguntas.

Mi madre se queda callada durante dos minutos enteros antes de admitir esta posibilidad. Finalmente, se atreve a decirlo en voz alta:

—Tú crees que robaron a Jonas y lo vendieron a unos padres nuevos.

—Es posible —contesta el capitán Moeller—. No quiero que tengas esperanzas, pero si ese fuera el caso...

Mi madre me coge la mano antes de interrumpir.

—Jonas podría estar vivo.

Tengo los ojos todavía cerrados, pero estoy despierta. Noto como se mueve el aire de mi habitación.

—¿London? —susurra mi madre.

La ignoro. Susurra de nuevo, pero no a mí. El sonido es más suave, como si se hubiera vuelto hacia alguien en el pasillo.

—Supongo que se ha quedado dormida.

—Supongo —le contesta la voz, también en un susurro.

Me gustaría que todo el mundo se callara. No puede ser ya hora de prepararse para ir al instituto.

—London, es hora de levantarse, cariño. Vas a llegar tarde al instituto —dice mi madre con voz cantarina.

Finalmente, suelto un largo y sonoro gemido y abro los ojos.

Mi habitación esta iluminada por el sol de la mañana; parece ser que se me olvidó cerrar las persianas ayer por la noche. En el reloj veo las 7:00. ¡Ay! Mi madre está de pie en la puerta y tiene una expresión de sospecha. Oculta de mi vista a otra persona.

—¿Qué haces? —le pregunto, mostrándole mi desagrado.

—Buenos días, London —dice incomoda, e ignora mi pregunta—. ¿Quieres leer tus notas?

Frunzo las cejas, y me sonrío como una participante en un concurso de belleza.

—No —me quejo—. ¿Quién está contigo?

El visitante misterioso se mueve y el suelo cruje.

Me siento en la cama y trato de ver quien esta detrás de mi madre. Se queda quieta unos segundos, y luego levanta las manos.

—Esta bien, ya te pongo al día —dice, y entra en la habitación y se sienta en la silla del escritorio.

El visitante entra en la habitación cautelosamente; trae café y una bolsa con algo que espero sea un bollo. Admiro sus rasgos llamativos, sus ojos penetrantes, su pelo perfectamente desordenado.

—Hola, Luke —digo con un trasfondo de seducción que espero que mi madre no capte.

A mi derecha, mi madre se queda con la boca abierta. No es la reacción que esperaba.

Luke parece sorprendido. Luego entusiasmado. Luego escéptico.

—¿Te acuerdas de él? —pregunta mi madre.

—Pues claro —digo, y le lanzo una mirada dice que creo que ha perdido el seso.

—¿Te acuerdas? —pregunta Luke.

Ahora también lo miro a el con el seño fruncido. ¿Qué le pasa a todo el mundo?

—¿Y hoy todavía no has mirado tus notas? —pregunta mi madre con incredulidad.

Me gustaría que nos dejara solos, porque estoy pensando en una manera mejor de pasar los pocos minutos que tenemos antes de ir al instituto.

—¿Ese café es para mí? —le pregunto a Luke con los brazos extendidos. Entonces le contesto a mi madre—: No, todavía no. ¿Por qué? ¿Por qué te comportas de una forma tan rara?

Suelta una tonta risita de niña, y Luke y yo no podemos evitar reírnos de ella. Cuando todos nos recomponemos, pregunto:

—¿Qué es tan gracioso? —Esto provoca que mi madre se monde de la risa otra vez.

Luke cruza la habitación, me da el café y se sienta junto a mí en la cama. Me da un beso en la mejilla y me dice suavemente:

—Te acuerdas de mí.

Pienso en el Luke de mañana; me acuerdo de él del año que viene.

—Tengo la impresión de que antes no lo hacía —digo, y le hablo en el mismo tono bajo. Entre risas, mi madre se excusa y nos deja solos.

—Pues no —dice Luke, y le brillan los ojos—. Pero lo haces ahora, y eso es todo lo que importa.

—Bueno, déjame ponerme al día —digo y cojo el montón de notas de la mesilla de noche. Después de revisarlas, me cambia el humor.

—Luke, tenemos que hablar.

—¿Es sobre ayer? —pregunta con aspecto de sentirse dolido.

—Sí —digo, agradecida por los detalles—. Es bastante serio.

Luke se pone tenso y se da la vuelta para mirarme.

—No estarás rompiendo conmigo, ¿verdad?

—No —digo con una pequeña risa; y le aparto el pelo de los ojos.

—Continúa —dice Luke con tristeza.

Respiro hondo y, despacio, con cuidado, le cuento a Luke la historia del recuerdo que sé, por mis notas, que tuve ayer. Aún me acuerdo hoy, así que no necesito mirar mis notas otra vez para explicárselo todo. Soy detallada pero voy al grano, sin flaquear hasta el final.

—¿Y entonces me muero?

—Sí —digo, y se me llenan los ojos de lágrimas.

Luke y yo vamos a tener una muy buena relación. Hablaremos de casarnos, pero no tendrá oportunidad de declararse. En lugar de eso, morirá.

A Luke se le va el color de la cara, pero no llora conmigo. Por el contrario, se queda quieto, pensativo.

—¿Te encuentras bien? —pregunto después de secarme las lágrimas.

—No lo sé —dice Luke, aún inmóvil.

Sujeta el vaso de café de una forma extraña, con la pierna izquierda.

Se lo cojo y lo dejo sobre la mesa.

—Siento habértelo dicho.

—No, no lo sientas —dice—. Prefiero saberlo.

No estoy segura si opino lo mismo sobre mi propio final, pero no quiero admitirlo. Luke continúa.

—Creo que saberlo es mejor, porque entonces quizá pueda evitarlo. Podemos evitarlo juntos —dice con una entereza artificial.

—Supongo —digo, y lo miro a los ojos.

—No, en serio. Vale, sí, esto es muy fuerte. Estoy un poco, no sé, en estos momentos no puedo acabar de procesarlo todo. Pero ¿no crees que el aviso anticipado me da ventaja?

—Pero, Luke, yo.

—No, de verdad. Cambiaste algo con Page, también has cambiado otras cosas. Puedes cambiar esto. No va a pasar —dice con autoridad, como si intentara convencerse a si mismo. Imagino que es lo mejor que alguien puede hacer con esta información.

—Quizá tengas razón —digo calmada.

—Tengo razón —dice en voz más alta—. Cambiarás tu futuro. Me salvarás.

—¿Qué pasa si no puedo?

—Entonces, simplemente, no iremos por ese callejón. Confía en mí, no pasará.

Luke me abraza con fuerza y me besa con tal energía que casi me creo su historia. Pero cuando me suelta, veo como un destello en sus ojos.

Miedo.

Con la intención de distraerlo, le ofrezco mis notas para que pueda leer los acontecimientos de ayer mientras me arreglo para el instituto. Mientras me ducho, no puedo evitar preguntarme si he hecho bien en decírselo.

Pero, por otro lado, quizá el tenga razón.

Quizá saber como evitar las situaciones adversas es suficiente. Me estiro para alcanzar mi toalla blanca esponjosa que cuelga del gancho y pienso la misma cosa una y otra vez: por favor, que sea suficiente.

Jamie me mira en clase de español sin hacer muecas, pero el resto del día es poco prometedor. Floto por el instituto como en una niebla y me pregunto a mí misma cosas que no puedo responder. ¿Está vivo mi hermano? ¿Se morirá Luke, como recuerdo? ¿Me encontraré alguna vez con mi padre?

Sorprendentemente, el asunto me preocupa más hoy. Recuerdo trozos de él.

Quiero más.

Quiero un padre.

Quiero a mi padre.

Antes de irme a la cama, arrastro los pies con las zapatillas puestas en dirección a mi escritorio para apagar el ordenador. Justo cuando voy a coger el ratón, emerge en la pantalla una ventana de diálogo.

LJH6678: Hola. ¿Estás despierta?

Reconozco el nombre de usuario de Luke inmediatamente; mantendrá el mismo durante todo el tiempo que lo conozca.

LondonLane: Sí, me preparo para irme a la cama.

LJH6678: No te voy a molestar. Solo quería darte las buenas noches.

LondonLane: ¡No me molestas!

Me quedo de pie delante del escritorio mirando fijamente la pantalla, esperando. Después de unos segundos me contesta.

LJH6678: Me alegro de que me lo hayas dicho.

LondonLane: ¿De verdad? Todavía no estoy muy segura..

LJH6678: Era lo que debías hacer.

LondonLane: ¡Si tú lo dices!

La pantalla diminuta se queda en blanco durante un momento. Compruebo el reloj y cambio el peso de un pie al otro antes de inclinarme hacia adelante para teclear.

LondonLane: Debería ir a dormir...

LJH6678: Vale.

LJH6678: Espera. ¿London? Tengo una pregunta.

LondonLane: ¿Sí?

LJH6678: Hoy he pensado sobre todo esto, sobre ti y sobre nuestra relación entera.

Me deslizo por la silla para leer mejor y escribir más rápido.

LondonLane: ¿Y?

Una mariposa pequeñita me da un golpecito debajo de las costillas mientras le doy al Enter y espero la respuesta de Luke.

LJH6678: Y me he preguntado si te acuerdas de todo.

Reflexiono sobre la pregunta un momento y luego escribo.

LondonLane: Estoy segura de que no me acuerdo de todo. Me acuerdo del futuro de la manera que tú te acuerdas del pasado. Te acuerdas de lo realmente bueno y malo y olvidas cosas del medio, ¿verdad?

LJH6678: Claro.

LondonLane: Lo mismo que yo. ¿Por qué?

LJH6678: ¿Te acuerdas de nosotros haciendo el amor?

Mi mano vuela hasta la boca y miro alrededor en mi habitación por si hay espías, aunque sé que estoy sola. El estómago no para de dar volteretas.

¿Luke se entera hoy de que va a morir joven y todo lo que quiere preguntarme es sobre sexo?

LJH6678: ¿Oye?

LondonLane: ¿La verdad?

LJH6678: ¡Sí!

LondonLane: Sí.

LJH6678: No es justo.

LondonLane: Lo sé, pero escucha. De la misma manera que probablemente tú escoges no pensar sobre cosas que no quieres recordar, yo también hago lo mismo. Ayuda a que las cosas sean un poco más... sorprendentes.

LJH6678: Aun así, no es justo. ¿Cuándo será?

LondonLane: No te lo digo.

LJH6678: En serio, no es justo.

Miro la hora otra vez, me reclino en la silla y me estiro. El día de hoy me ha dejado rendida. Necesito dormir.

LondonLane: Luke, tengo que irme a la cama

LJH6678: Lo sé, lo sé. Yo también.

LondonLane: ¿Te veo mañana?

LJH6678: ¿Quieres que te lleve?

LondonLane: Pues claro.

LJH6678: Si me dices la fecha te tra,eré algo especial.

LondonLane: Me traerás algo especial de todas las maneras.

LJH6678: Voy a tener que sudar para sorprenderte, London Lane.

LondonLane: Sí, vas a tener que hacerlo.

LJH6678: Buenas noches, preciosa.

LondonLane: Buenas noches, Luke.

Es el último día de mi penúltimo año, pero podría muy bien ser el primero. Conozco la distribución del instituto del año próximo, pero todo lo demás se ha desvanecido.

No hay clase de matemáticas mañana para que pueda recordar dónde me tengo que sentar hoy. No hay viajes a la taquilla la semana que viene que me digan dónde está situada la mía ahora. Luke no puede acompañarme como si fuera un perro guía.

—¿Estarás bien? —me pregunta Luke cuando me coge de la mano. Parece casi tan nervioso como lo estoy yo. Entramos desde el aparcamiento de los alumnos y llevamos cafés con leche medio vacíos a juego.

—Estaré bien. Mi madre me lo ha puesto todo por escrito.

—Es genial por su parte —dice—. ¿Ha habido algo ya?

—No, todavía no —digo, y siento una peso en el pecho que puede ser que no se vaya nunca.

—Al menos puedo llevarte a la primera clase sin contratiempos —dice Luke, y tira de mí por el pasillo principal.

Andamos en silencio, y Luke me corrige el rumbo un par de veces cuando casi choco con otros alumnos. Cuando se da cuenta de que les miro los zapatos, se ríe. Me acompaña a la puerta de mi clase de precálculo y me da un beso de despedida.

—Buena suerte —dice.

—Gracias —contesto. Solo quiero esposarme a él y hacer que se siente conmigo en todas las clases. En lugar de eso, me obligo a entrar.

Después de clase, paso por mi taquilla y cojo un libro para leer en la hora de estudio. Luke me ha recordado que lleve uno, ya que, parece ser que la señorita Mason se enfada cuando hablamos.

Mientras me acerco, me encuentro a Jamie de pie, esperándome.

—Hola —dice suavemente cuando me paro delante de la puerta de metal.

—Hola —digo. Estamos las dos calladas; me quedo mirando el candado. Sin tener mañana como referencia, la combinación no me viene a la cabeza. Saco el móvil, donde la tengo guardada.

—Treinta, veintidós, cinco —dice Jamie antes de que tenga oportunidad de buscarla.

—Siempre podré contar contigo —contesto, y le doy vueltas al dial.

—Y yo siempre he podido contar contigo —dice Jamie. La miro a los ojos y sé que ha llegado el momento: hemos hecho las paces.

—Perdona por haberme enfadado tanto contigo por... todo —empieza Jamie.

—Perdona por las cosas horribles que te dije —respondo.

—¿Te acuerdas de lo que dijiste? —pregunta Jamie.

Me estremezco por culpa de esa parte de las notas.

—Sí —digo—. Me he forzado a acordarme.

—Es genial por tu parte —dice Jamie. Espera un instante, y luego me da un breve abrazo.

—Te he echado de menos —me susurra en el pelo.

—Lo mismo digo.

—Mentirosa —dice Jamie en broma al separarse—. No puedes ni siquiera acordarte de mí. ¿Cómo vas a echarme de menos?

—Claro que me acuerdo de ti —digo—. ¿Quieres saber todas las cosas de las que me acuerdo?

—¡No! —grita Jamie con una carcajada—. ¡Guárdate tus visiones del futuro para ti misma!

Jamie y yo nos cogemos del brazo y empezamos a caminar por el pasillo principal. Nos reímos juntas mientras andamos, y no puedo evitar sentirme desbordada por la lealtad de Jamie. Antes de separarnos, se da la vuelta y me mira.

—No nos volvamos a pelear nunca más —dice.

—De acuerdo —contesto, y sé que, realmente, fuera de pequeñas discrepancias en la universidad, no lo haremos.

Me hace comprender lo mucho que aprecio la voluntad de Jamie de confiar en mí sin saber nada. No puede saber lo que se avecina. Para Jamie, nuestra relación es una apuesta. Y, sin embargo, continúa a mi lado. Sigue echando los dados.

Entro en la biblioteca tranquilamente por última vez en este curso, feliz de que mi mejor amiga apueste por nosotras.

Horas más tarde, después de entrar en la clase equivocada dos veces, ver más del cuerpo de Mike Norris de lo que hubiera querido (¡los lavabos de los chicos cerca del ala de historia no están debidamente señalizados!), almorzar con Luke y entregar un proyecto de diseño gráfico de final de curso que podría haber comprado por 29,95 dólares en opiniones.com, que yo sepa, el día escolar y el curso escolar han terminado.

Luke me lleva a casa y me coge la mano por encima del reposabrazos durante todo el viaje. Tengo la sensación de que no solo el curso se termina, pero tengo mis memorias hacia adelante para probar que no es así. Sin embargo, hay algo agridulce en nuestro beso de despedida.

—No te quedes levantada hasta demasiado tarde esta noche —grita antes de que cierre la puerta.

—Sí, señor —digo entre risas, e intento no pensar en por qué quiere que este descansada. Lo sé, pero no quiero escribirlo esta noche.

Algunas cosas deben ser una sorpresa.

Dentro, estoy sorprendida de encontrar a mi madre tan temprano en casa, sentada sola en la mesa de la cocina.

—¿Cómo ha ido el último día? —pregunta, forzando una conversación sobre banalidades.

—Bien —digo—. Al final, he conseguido ir a todas las clases. He entregado aquel proyecto. Supongo que ha ido todo lo bien que podía ir. ¿Qué pasa, mamá?

—Quieren que nos acerquemos a la comisaría —dice nerviosamente.

—¿Saben algo? —Puedo notar como mi cerebro junta las piezas de mis recuerdos y notas para formar una imagen completa.

—Sí —mi madre se pone de pie, lista para salir.

Conduce en silencio los doce minutos que tardamos desde el garaje hasta el aparcamiento que hay frente a la comisaría. Esperamos dos minutos para ver al capitán Moeller. Cuando estamos todos instalados en su oficina, nos dice que tiene los resultados decisivos.

Me muevo hasta el borde de mi asiento. Mi madre se cubre la boca con la mano, posiblemente para impedir un grito inminente.

Esperamos.

El capitán Moeller se aclara la garganta.

Quiero saltar al otro lado del escritorio desordenado y arrancarle las palabras de la laringe.

Finalmente, habla.

—El niño que enterrasteis no es Jonas.

Las palabras del capitán Moeller cuelgan en el aire; casi puedo verlas como flotan ahí. Nadie habla. Nadie se mueve. Cuando ya no puedo aguantar más la tensión, hago una pregunta totalmente irrelevante:

—¿Quién era?

—Un niño que murió de cáncer justo por aquellas fechas. Su cuerpo desapareció del depósito de cadáveres.

Finalmente, un sonido sale de la boca de mi madre en forma de grito.

—Lo sé, es terrible —le dice el capitán Moeller a mi madre.

—Entonces, ¿cuál es el siguiente paso? —pregunta a través de los dedos que le tapan la boca.

—Reabrirnos a la búsqueda de Jonas —dice el capitán Moeller.

Mi madre parece casi como si estuviera en estado de shock. No contesta, así que el capitán continúa.

—Me he tomado la libertad de que el equipo pase la foto antigua que teníamos de Jonas por el programa de envejecimiento. Podemos hacer correr esa imagen y hacer que la gente de la zona esté alerta.

—¿Qué pasa si no está en la zona? —pregunto.

—Lo distribuiremos también en todo el país —me dice a mí.

—¿Puedo verlo? —pregunto.

—Por supuesto —dice.

El capitán revuelve su escritorio un rato y desentierra una carpeta gruesa y gastada. Me pregunto cuántas veces ha sido abierta en la pasada década.

El capitán Moeller pasa las páginas del expediente y saca una foto de 20x25.

—Aquí la tienes —dice, y la desliza al otro lado del escritorio.

Mi madre se inclina para ver, pero no la toca. Le caen las lágrimas silenciosamente por las mejillas; está tan callada que casi ni me doy cuenta de que esta ahí.

El capitán Moeller le da un pañuelo y nos deja a solas.

Cuando se va, cojo la foto para mirarla de cerca.

Por algún motivo, una extraña calma me inunda al verlo: mi hermano. Se me relajan los hombros y espiro despacio.

Me da buena espina.

Me suena.

—¿Lo recuerdas? ¿Del futuro? —pregunta mi madre con una voz tan débil que es como si fuera un ratón.

Emocionada por un momento, exprimo mi cerebro como si en busca de un recuerdo de mi hermano: cualquier recuerdo que no sea aquel tan horrible de cuando lo secuestraron.

—No, mamá, no lo recuerdo —digo. Esto provoca que las lágrimas le fluyan más

rápido. En lugar de consolarla, continuó mirando la foto fijamente.

Ahí no hay nada, y sin embargo...

Hay algo.

Hay algo, como cuando olvidas esa parte del final de un chiste.

Y para mí, ahora mismo, ese algo es suficiente.

Luke aparca directamente sobre el *prohibido el paso* que hay en la valla de alambre de púas que evita que caigamos por la pendiente. Apaga el motor del coche y las luces con él.

La ciudad brilla debajo de nosotros, e inhalo la noche cálida a través de las ventanas bajadas.

—¿Me has traído aquí para matarme? —bromeo.

—Esta noche no —dice cálidamente—. Esto es una segunda oportunidad.

—¿De qué?

—De nuestra primera cita —dice, y me mira a los ojos—. Nos quedamos dormidos; tú te olvidaste de anotarlo. Ya te lo he contado. Probablemente lo leíste la mañana siguiente...

Me ruborizo.

—...pero no pasaste por la experiencia. Así que lo vuelvo a hacer.

—Eres demasiado —digo, sin darle muchas vueltas.

Luke sonrío tímidamente y se dirige a la parte de atrás de la furgoneta para coger la pizza. Después de cenar y una película, Luke sugiere mirar las estrellas y yo acepto de todo corazón. Sube las ventanas, ya que el aire de la noche se está volviendo helado, nos tumbamos juntos debajo de una manta que Luke tuvo el acierto de traer y miramos el universo que tenemos por encima a través del techo solar.

—Deberíamos hablar de ello —dice Luke, de cara a las estrellas.

—¿De qué? —pregunto, pero creo que sé a qué se refiere.

—De tu sugerencia de que rompamos.

Me acerco más a él, si eso es posible.

—No es que quiera romper, solo he dicho que podría ser mejor. Para ti. Podría cambiar el futuro, y así no te matarían —digo las palabras sin convicción.

—Estar sin ti nunca será mejor para mí —dice Luke mientras me mira. Su tono es serio—. ¿Lo entiendes?

—Sí —digo, porque lo entiendo.

Quizá sea una egoísta, pero cedo sin oponer demasiada resistencia. En realidad, no quiero que se vaya. Quizá en el fondo tenga más fe en mi habilidad para cambiar las cosas de lo que quiero admitir.

—Entonces, olvidémonos de todo esto —dice Luke mientras me coge de la mano.

—De acuerdo —susurro, y lo beso ligeramente en la mejilla.

—¿Así que te acordabas de esta noche? —pregunta.

—Es probable, pero imagino que no quería estropearla —digo sinceramente—. No la incluí en mis notas.

—¿Y te acuerdas del verano? —pregunta.

—Sí —digo en voz baja.

—Eso no es justo —bromea.

—¡Pobrecito! —digo—. Pero tú tienes cosas que yo no tengo. Te acuerdas de cómo nos conocimos; yo nunca sabré cómo me sentí.

Luke se da la vuelta y me besa con dulzura y luego con más intensidad antes de que nos instalemos de nuevo a ver las estrellas. Me acerco más al chico que no quiero perder jamás, y espero que de algún modo pueda salvarlo.

El recuerdo de su muerte aún está ahí, pero también está la esperanza. Ahora mismo, en los brazos de Luke, me siento segura de mí misma y capaz de todo. Salvaré a este chico. Conoceré al hombre.

Luke y yo nos quedamos acurrucados hasta que me da un codazo.

—Deberíamos irnos —dice amablemente. Supongo que me he dormido—. No te dejes que te quedes dormida sin una nota otra vez.

—¿Por qué no? —pregunto. Me estiro, lo beso en la mejilla y añado con una sonrisa furtiva—: No tienes que preocuparte, Luke. Me acordaré de ti por la mañana.

15/6 (miércoles)

Conjunto:

Pantalones cortos azul marino y camiseta de tirantes con puntitos. Bikini rojo.

Chancletas blancas (he perdido una en el lago).

IMPORTANTE:

La policía ha encontrado a los secuestradores de Jonas (están cooperando, no tengo idea de lo que eso significa). Mamá se lo ha dicho a papá. Ella tiene las emociones a flor de piel, pero es comprensible. También las tengo yo. Contemplé durante una hora una foto del aspecto que podría tener Jonas ahora e intenté recordarlo. No ha funcionado, pero hay algo... No estoy segura de qué es.

OTROS ASUNTOS:

He pasado todo el día con Luke... hemos estado en el lago flotando sobre neumáticos. Nos hemos besuqueado un poco en el agua... y en la furgoneta... y en mi habitación hasta que mamá ha llegado a casa.

Jamie está en L.A hasta la semana que viene.

Llamar a papá.

Soy un manojo de nervios mientras marco el número de teléfono despacio y con

cuidado.

Es la tercera vez que hablamos por teléfono —la tercera de las muchas más que sé que habrá—. Me he levantado esta mañana y he recordado cosas de él, pero sé por las notas que los recuerdos son nuevos.

Aprieto el último número y me siento como si fuera a vomitar al oír el sonido metálico de la primera llamada. Otra llamada y compruebo la puerta para asegurarme de que está cerrada. Una tercera y me pregunto si se ha olvidado.

De repente está ahí.

—¿Diga? —dice una voz profunda y ronca que me hace sentir feliz y triste a la vez. Estamos reconstruyendo la relación, en tiempo real y en mi recuerdos a la vez, pero no puedo evitar notar su pena oculta.

—Hola, papá. ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, tesoro. ¿Qué novedades tienes?

He observado que esto es lo que hace: desvía la conversación hacia mí. No habla de sí mismo; por lo menos todavía no.

Pero lo hará.

Froto los dedos sobre el delicado broche con forma de escarabajo que era de mi abuela. Una nota de la semana pasada decía que me había llegado por correo poco después de nuestra última llamada telefónica. Parece ser que mi padre quería que tuviera algo de ella.

Podría haberlo guardado y traerlo él mismo cuando venga de visita al final del verano. Será breve, pero vendrá.

Él todavía no lo sabe, pero yo sí.

—Yo no tengo muchas novedades —digo rápidamente—. Solo paso el rato. Disfruto del verano.

—Eso está bien —dice.

—¿Papá?

—¿Sí, tesoro?

—¿Estás bien?

—Pues claro que estoy bien —responde deprisa, como si los padres no pudieran estar disgustados—. ¿Por qué lo preguntas?

—Simplemente porque la nota de hoy me decía que mamá te ha llamado... por lo de los secuestradores de Jonas. —Me siento rara hablando de mi madre; sé por la forma que mi padre la mirará en mi graduación que aún la quiere muchísimo.

—Eso es lo que decía tu nota, ¿eh? —pregunta mi padre con un tono extraño de voz. Mi afección todavía le resulta rara. No ha vivido con ella todos estos años.

—Sí —digo en voz alta—. Bueno, me preguntaba cómo te sientes con todo esto.

—Pues imagino que siento una mezcla de cosas, London —empieza—. Probablemente como os pasa a ti y a tu madre.

Sigo callada, así que continúa.

—Tu madre me ha dicho que los secuestradores están dando nombres y direcciones de las personas que compraron a los bebés, así que eso es esperanzador.

—¿Pero no se sabe nada en particular sobre Jonas? —pregunto.

—No —responde mi padre, y añade—: ¿Tu nota no te ha dicho esa parte?

—No.

—Imagino que diría que la manera en que me siento es acongojado y esperanzado a la vez —dice mi padre, que es exactamente cómo describiría mis propias emociones en estos momentos—. No sé, London. La mayoría de las cosas en la vida tardan bastante en solucionarse, pero al final se solucionan. Creer que todo esto se resolverá me ha ayudado a superar unos años muy duros.

No sé muy bien qué decir; nos quedamos los dos callados durante unos momentos.

Luego cambio de tema.

—Cuéntame algo de él —digo suavemente.

—¿Sobre Jonas? —pregunta mi padre, como si no supiera de quién hablo.

—Sí —digo con tranquilidad—. Algo bonito. Algo que quizá no sepa.

—Hum —dice mi padre, mientras busca entre las páginas de su memoria—. ¿Que le encantaban los boniatos?

Me río y mi padre se ríe, y durante un momento parece como si todo fuera normal.

—De acuerdo... —digo entre risas—. ¿Qué mas?

—Siempre mordía el móvil de tu madre... No espera, ¡tengo una buena! A Jonas le encantaban las pelotas de goma. Andaba como un pato por la casa y coleccionaba cualquier pelota que pudiera encontrar, tanto si era una de verdad o simplemente algo como una naranja que tuviera el aspecto de una pelota. Decía: “ba, ba”, y señalaba cualquier objeto redondo que quería hasta que alguien se lo daba.

»Por Navidad tu madre adornó el árbol unas semanas antes del gran día. Entonces tenía alrededor de un año y medio. Era muy bueno: no tocó los adornos, a pesar de que la mayoría de ellos eran redondos.

»Finalmente, llega la mañana de Navidad, estamos dándonos los regalos de debajo del árbol y creo que Jonas debió de pensar: «¡Oh, así que este es el día que podemos tocarlos!». De modo que fue hasta allí tambaleándose, cogió todos los adornos que pudo e intentó hacerlos botar en el suelo de madera.

—¿Se rompieron? —pregunto.

—Pues claro —dice mi padre con una risita—. Eran los adornos antiguos de tu madre. Se rompieron en pedacitos esparcidos por todo el suelo. A Jonas le encantó el ruido, pero después de eso fue más cuidadoso con las pelotas de goma.

»En fin... —dice mi padre, y su voz se va apagando.

—Es una buena historia, papá.

—Sí —contesta, y parece nostálgico—. Quizá sea mejor que hoy abreviemos la conversación. Tengo trabajo que hacer fuera y no querría mantenerte apartada de ese novio tuyo. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Luke —digo, y sé que pronto empezará a acordarse del nombre de Luke.

—Sí, eso es —contesta mi padre. Tengo la sensación de que la historia de Jonas lo ha afligido y no tiene muchas ganas de seguir hablando.

Pero no pasa nada.

Lo entiendo, porque lo comprendo a él más de lo que se puede imaginar. Está todo ahí, en este cerebro mío deliciosamente retorcido.

Está todo ahí antes de que lo diga. Está todo ahí antes de que lo haga.

Adoro a mi padre, y esa adoración está basada básicamente en esa relación que sé que tendremos algún día. Debido a eso, si hoy hablamos menos no me molesta.

—De acuerdo, papá. Podemos continuar la próxima vez —digo.

—Me parece bien. ¿El mismo día de la semana que viene?

Esbozo una sonrisa; estamos mejorando.

—Sí, papá —digo—. El mismo día de la semana que viene.

Hay un silencio durante unos segundos, y luego dice:

—Te quiero, tesoro.

—Yo también te quiero, papá.

En medio de la noche, el recuerdo me arranca de un sueño profundo. Enciendo la lámpara y espero a que los ojos se ajusten, luego echo la ropa de la cama un lado y echo a correr.

—Mamá —susurro fuerte. No se mueve.

—¿Mamá? —digo en voz normal pero bajito. Nada.

Me muevo más cerca y pongo mis manos en sus hombros. La sacudo ligeramente. Como esto no funciona, la sacudo más fuerte y alzo la voz:

—¡Mamá!

Da un grito sofocado, se incorpora de un salto y parpadea con fuerza.

—¿Qué pasa? —grita. Sus ojos pasan de mí a la puerta, de ahí a la pared del fondo, a la ventana y de vuelta a mí.

—Perdona —digo, y me siento en el borde de la cama—. No quería asustarte. No pasa nada.

Comprueba el reloj digital en su mesilla de noche.

—Entonces, ¿por qué me despiertas a las dos de la mañana? —pregunta.

Levanto la foto de Jonas que tengo sujeta en la mano.

—Este no es exactamente el aspecto que tiene —digo mientras los ojos se me llenan de lágrimas.

Está confundida durante un instante, y luego lo ve claro.

—¿Cómo lo sabes? —susurra, preguntando para estar segura.

—Lo sé porque vamos a encontrarnos con él, mamá —digo y, mientras lo hago, me permito recordar cómo va a venir a vernos por Navidad. Recuerdo a mis padres bromeando sobre que hay que mantener los adornos lejos de él, y su cálida y maravillosa sonrisa.

—¿Está bien? —pregunta mi madre con un tono aún más bajo, como si estuviera asustada de decirlo en voz alta.

Asiento con la cabeza.

—Sí —digo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta mi madre otra vez. Me acerco hacia ella y la envuelvo en mis brazos. Mientras nos abrazamos, hablo por encima de su hombro:

—Lo sé porque me acuerdo.

Escrito domingo, 10/ 7.

Añadir a las notas cada noche.

Luke me ha echado una mirada esta noche que ha hecho que se me retuerzan las entrañas. Estábamos apretujados con centenares de otros chavales en el concierto de los Weezer (alucinante, por cierto) y, sin decir una palabra ni tocarme ni nada, Luke me ha dicho que quería que estuviéramos solos.

De repente me he emocionado al pensar lo importantes que son los pequeños momentos con Luke. Claro que puedo recordar muchos más del futuro. Pero en este instante es nuevo. Quién sabe, quizá esa fue la primera vez que me miró exactamente así. Y en menos de dos horas se habrá desvanecido para siempre.

Meditaba sobre eso cuando llegamos a casa. He releído todas mis notas del instituto hasta ahora, intentando empaparme de las cosas que he olvidado. Pero en lugar de rememorar, me he dado cuenta de algo importante: soy mucho más fuerte de lo que solía ser.

Antes de este curso, mi memoria pasada y algunas partes de mi memoria del futuro estaban bloqueadas, probablemente por la muerte de mi hermano —al menos lo que nos pensábamos que había sido su muerte— y la muerte futura de Luke. Sin mencionar el papel de mi padre en todo ello. Entonces la presencia de Luke de alguna manera me ha ayudado a empezar a recordar. Él ha iniciado una reacción en cadena que, en última instancia, me ha devuelto a mi hermano y a mi padre, lo que también ha mejorado la relación con mi madre. De alguna manera, se podría decir que me ha devuelto a mí misma.

Estoy segura de que he tenido algunos de estos pensamientos antes, pero, por lo que sé, nunca lo había escrito exactamente así. Aunque es tarde, lo hago ahora porque tengo mucho a lo que estar agradecida: una madre que me quiere; un padre que está en mi vida otra vez; una mejor amiga increíble; un hermano con el que me encontraré otra vez pronto.

Y un novio guapísimo que me apoya y que me ha ayudado a darme cuenta de que ser normal está sobrevalorado.

Esta nota es para recordarme todos los regalos que tengo, desde la gente que hay en mi vida hasta la habilidad que yo y solamente yo parece que tengo. Porque, sí, quizá siempre olvidaré el pasado. Pero lo que tengo que recordar ante todo es esto:

También puedo cambiar el futuro.



Cat Patrick se dio a conocer en el panorama literario gracias a su novela dirigida a un público juvenil, *Forgotten*. En breve se va a editar en diez países distintos, y Paramount Pictures ha comprado los derechos para llevar el libro a la gran pantalla. Su segunda novela se llama *Revived* y se publicó en U.S.A. el pasado mayo

Notas

[1] Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Morbi commodo, ipsum sed pharetra gravida, orci magna rhoncus neque, id pulvinar odio lorem non turpis. Nullam sit amet enim. Suspendisse id velit vitae ligula volutpat condimentum. Aliquam erat volutpat. Sed quis velit. <<

[2] Nulla facilisi. Nulla libero. Vivamus pharetra posuere sapien. Nam consectetur. Sed aliquam, nunc eget euismod ullamcorper, lectus nunc ullamcorper orci, fermentum bibendum enim nibh eget ipsum. Donec porttitor ligula eu dolor. Maecenas vitae nulla consequat libero cursus venenatis. Nam magna enim, accumsan eu, blandit sed, blandit a, eros. <<